
LO QUE
NUNCA NOS
DIJERON
AITOR FERRER

LO QUE NUNCA NOS DIJERON

AITOR FERRER

Primera edición.

Lo que nunca nos dijeron

©Aitor Ferrer

©enero, 2026

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Capítulo 1

Asier

Sin ninguna duda, aquel día fue uno de los peores de mi vida. No, miento: fue el peor. Acababa de llegar del cementerio, donde ese mismo día habíamos enterrado a mi madre. No sé por qué, pero siempre pensé que cuando llegara ese momento tendría más entereza. Qué ingenuo.

Cinco meses atrás, mi madre me contó que le habían diagnosticado fibrosis pulmonar idiopática —una de esas enfermedades raras que apenas conoces hasta que te tocan de cerca— y que tenía que empezar un tratamiento de inmediato. Al oírlo, sentí que el mundo se desmoronaba bajo mis pies y, aunque intenté mantener la calma, mi mente empezó a prepararse para lo peor. Dicen que hay que ser positivo, que el optimismo atrae las buenas noticias, pero… ¿cómo se supone que haces eso cuando ves miedo en los ojos de tu madre?

Durante semanas, nos pasamos los días entre médicos, hospitales y conversaciones llenas de palabras que ni entendíamos ni queríamos entender. Aun así, ella no perdió la sonrisa. Y al final, cuando los médicos nos dijeron que el tratamiento estaba funcionando, que todo parecía bajo control, volvimos a respirar —ella y yo— y por primera vez en mucho tiempo, mi corazón volvió a latir sin ese peso insoportable.

Y sí, seguro que estaréis pensando: ¿entonces cómo es que acabo de mencionar que vengo del cementerio? La respuesta es sencilla, porque la vida no siempre juega limpio. A veces te da algo y luego te lo quita, y en el caso de

mi madre, le dio esperanza para dos semanas después quitársela de un plumazo.

Hace unos días salió a hacer la compra sola. Se sentía mucho más animada y con más energía, con ganas de volver a hacer cosas por ella misma, sin necesidad de que nadie estuviese encima de ella, así que se aventuró a salir.

Teníamos planes ese día para comer juntos y quería prepararme mi plato favorito, pero se dio cuenta de que le faltaban algunos ingredientes. Lo de siempre, dijo riendo antes de salir por la puerta.

Y, de regreso a casa, se cruzó en su camino un conductor imprudente que iba discutiendo por el móvil con vete a saber quién y no se dio cuenta del paso de cebra ni de que mi madre lo estaba cruzando en ese momento.

Cuando la policía me llamó, me quedé en blanco. No recuerdo bien qué me dijeron; solo sé que me pedían que fuera al hospital porque mi madre había tenido un accidente.

¿Cómo era posible que alguien pudiera recuperarse de una enfermedad tan grave como la que le habían diagnosticado y que, por ir a hacer la compra, todo se volviese a cubrir de oscuridad?

Decidí no coger el coche, porque con los nervios que tenía, fijo que habría tenido un accidente, y no quería ser el responsable de que le pasase a alguien más lo mismo que a mi madre. Así que opté por coger un taxi.

De camino al hospital llamé a Héctor, mi mejor amigo, para contarle lo que había pasado, y quedamos en que le avisaría en cuanto tuviese novedades.

Al llegar al hospital, no me decían nada. Solo que tenía que esperar, que estaban haciendo todo lo posible por ella. Así que no me quedó más remedio que sentarme en la sala de espera y empezar a rezar. Sí, rezar, yo, que siempre decía que eso no iba conmigo. Pero cuando ves que la vida se te puede venir abajo en cualquier momento, te agarras a lo que sea.

Sin poder contener las lágrimas, y otra vez sintiendo esa opresión en el pecho que me estaba destrozando por dentro, me dejé caer en una de las sillas.

Con los brazos apoyados en mis rodillas y la cabeza agachada, tenía mil pensamientos dando vueltas en mi mente: mil reproches, mil porqués.

De repente, sentí que alguien se sentaba a mi lado y me daba un suave apretón en la rodilla. Al levantar la vista, me encontré con la mirada cargada de tristeza de mi amigo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz rota.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Estoy donde tengo que estar, contigo —susurró, dándome un apretón en el hombro—. Seguro que estando aquí los dos, a Virginia le llegará nuestra fuerza.

—Ojalá sea así. Todavía no he podido hablar con ningún médico, pero la chica de la recepción me ha dicho que ha entrado grave, que la están operando.

—Entonces aquí nos quedamos —dijo sin dudar—. Hasta que salgan a decirnos algo.

Y así, dándonos apoyo y en silencio, nos quedamos los dos sumidos en nuestros propios pensamientos y miedos. Pasaron las horas, para nuestra desesperación, sin ninguna noticia, hasta que un médico entró en la sala y nos informó de que mi madre estaba en estado crítico, pero luchando con todas sus fuerzas por su vida.

No fue suficiente. Dos días después, en la Unidad de Cuidados Intensivos, se fue, dejándome solo.

Y sí, dirás que con treinta y cinco años ya tenía una edad, pero te aseguro que, tengas la edad que tengas, una muerte así no se supera tan fácilmente.

Por lo que allí estaba yo, entrando en casa de mi madre después de haberle dicho adiós por última vez.

Mi amigo —o mejor dicho, mi hermano— Héctor había hecho lo imposible por acompañarme en esos momentos tan difíciles, pero yo me negué. Necesitaba estar allí a solas, lidiando con mis recuerdos.

Pero claro, él no es de rendirse fácilmente, así que al poco rato ya estaba llamándome por teléfono.

—Asier, tío, ¿cómo lo llevas?

—Pues la verdad, acabo de entrar por la puerta. Todavía no me ha dado tiempo ni a quitarme la americana.

—No puedo evitar preocuparme por ti. Mira que eres cabezón… No deberías estar ahí solo. ¿Tanto te costaba dejar que te acompañase?

—Yo seré cabezón, pero tú a pesado me ganas —resoplé—. Te he dicho por activa y por pasiva que esto necesito hacerlo solo. Hoy estaré aquí poniendo la documentación que necesito al día, y mañana ya me incorporo al bufete.

—Nadie te va a decir nada si te coges unos días; al fin y al cabo, eres el jefe.

—Lo sé, pero necesito distraerme —dije, volteando los ojos—. ¿Qué gano quedándome en casa? Comerme la cabeza, ya te lo digo yo.

—Bueno, pues te dejo para que hagas lo que tengas que hacer y puedas irte a descansar. Llevas dos días sin pegar ojo.

—Sí, eso mismo haré. En cuanto termine aquí, me voy directo a casa e intentaré dormir algo. Hasta mañana.

Nada más colgar, me dirigí a la habitación que hacía las veces de despacho. Seguro que allí tendría mi madre los documentos que me hacían falta, esos que debía llevar al gestor para ponerlo todo en orden. Aunque soy abogado, no tengo ni idea de temas de herencias, así que prefería dejarlo en manos de alguien que estuviera acostumbrado a ese tipo de trámites.

Mientras me sentaba en el sillón del escritorio, dejé que la vista vagara por las estanterías llenas de fotos. Los recuerdos fueron invadiendo mi mente uno tras otro, como una avalancha.

Seguía con la cabeza llena de imágenes y pensamientos mientras revisaba los cajones. Estaba tan absorto en lo mío que casi paso por alto una carpeta azul escondida en el fondo del cajón del escritorio.

Una carpeta que llevaba mi nombre escrito a mano en la portada.

Me quedé inmóvil varios segundos, sosteniéndola entre las manos sin llegar a abrirla.

¿Por qué mi madre tenía una carpeta con mi nombre guardada allí, separada del resto de documentos?

Era extraño. Muy extraño.

Sentí el corazón acelerarse con fuerza, como si mi cuerpo ya supiera que lo que había dentro cambiaría algo. Algo importante.

La sostuve con fuerza. Y, aunque dudé un instante… la curiosidad terminó ganando.

Capítulo 2

Asier

Y allí estaba yo, con la carpeta sobre la mesa como si fuese radiactiva, sin saber qué hacer. Hasta que la curiosidad pudo más, y la abrí.

¿Qué eran esos papeles que estaba viendo? Una página, dos, tres… y empecé a entender de qué se trataba: eran los papeles de una adopción.

La mía.

Volví a cerrarla como si quemase, totalmente en shock, intentando asimilar lo que acababa de descubrir. Mis padres no eran mis padres. Bueno, sí, lo eran, pero entendedme, los nervios hablaban por mí. Quería decir que no eran mis padres biológicos.

¿Cómo era posible que me hubiesen ocultado algo así todos estos años? Ni una palabra, ni una insinuación había salido de sus labios.

Ahora entendía por qué no había ningún parecido. Nada. Ni a mi padre ni a mi madre. De pequeño no entendía por qué no tenía nada de ellos: ni color de pelo, ni de ojos, ni rasgos en común. Cuando más de una vez se lo pregunté a mi madre, ella siempre decía que me parecía a mi abuelo paterno, pero que lamentablemente no conservaban ninguna foto para que lo pudiera comprobar por mí mismo.

Tenía una sensación de lo más extraña. ¿Era posible que nunca hubiera conocido realmente a mis padres? Siempre pensé que odiaban las mentiras —

así me lo habían repetido toda la vida—, inculcándome que mentir no está bien.

Ja. Se ve que se referían solo a mí, porque en lo que concierne a ellos… toma mentira. Y de las gordas. Nada de una mentirijilla: no, esta era la madre de todas las mentiras.

¿Me habrían mentido en algo más? ¿Qué más me quedaba por descubrir?

A la mierda ir a casa a descansar. ¿Cómo podría, si estaba más nervioso que si me hubiera tomado tres bebidas energéticas de esas que dicen que dan alas? Alas es lo que querría tener yo, para ir en busca de mis padres y pedirles algún tipo de explicación. ¿Por qué nunca, durante todos estos años, me habían dicho nada? Ni siquiera dejarlo caer como quien no quiere la cosa.

Sin perder tiempo, cogí la carpeta, me puse la chaqueta y salí de casa de mi madre, cerrando la puerta tras de mí.

Esperando al ascensor, caí en que no había cogido los documentos que me habían llevado hasta allí. Joder, si es que tenía la cabeza loca. Volví a entrar, fui al despacho y los cogí. Una vez con ellos en la mano, bajé a buscar mi coche.

En cuanto puse la llave en el contacto, conecté el manos libres y llamé a Héctor.

—Qué, tío, ¿ya tienes todo lo que necesitabas? —fue su saludo.

—Sí, y más cosas que no necesitaba pero que he encontrado en un cajón del escritorio en casa de mi madre —contesté con un tono claramente enfadado.

—No me preocupes. Por tu tono entiendo que no es bueno.

—¿Estás en casa o has salido por ahí?

—No, estoy en casa. Hoy no tenía cuerpo para salir, y preferí quedarme por si necesitabas hablar y desahogarte.

—Si te había dicho que me iba directamente a la cama.

—Sí, sí, pero nos conocemos. ¿Entonces?

—Entonces, ya que estás en casa, me voy hacia allí y te enseño lo que he encontrado. A ver qué narices hago con esto que acabo de descubrir.

—De acuerdo. No tengas prisa, aquí te espero.

Colgué y me puse en marcha. Aunque vivía relativamente cerca, preferí llevarme el coche a casa; lo había aparcado en casa de mi madre porque del cementerio vine directamente.

Subí y, sin pasar por la mía, llamé al timbre de la de Héctor. Me abrió enseguida; parecía que me había estado esperando detrás de la puerta.

—Joder, tío, vaya cara llevas. Vamos, que serías capaz de darle un susto al miedo.

—Ja, ja. Siempre tan gracioso. Cuando te cuente lo que he descubierto, veremos la cara que se te queda a ti.

—Anda, pasa, que voy a preparar unas copas. Creo que las vamos a necesitar.

Fui al salón y me senté en el sofá mientras Héctor preparaba un par de whiskies. Me tendió uno y él le dio un sorbo al suyo.

—Toma —le dije, dándole la carpeta—. Vas a flipar.

La abrió y empezó a leer. Conforme lo hacía, sus ojos se iban abriendo y su cara se transformaba. Ya le decía yo que mi cara no iba a ser la única en dar miedo.

—Hostias… ¿pero esto cómo puede ser? Según estos documentos, eres adoptado. ¿En serio jamás te dijeron nada?

—Nada de nada, tío. Tú has estado junto a mí toda mi vida. Si me hubieran insinuado o dicho algo, habrías sido el primero en saberlo.

—La madre que me parió… ¿y qué vas a hacer ahora? —preguntó, sin dejar de pasar hojas como si en ellas fuese a encontrar la respuesta.

—Ni puta idea. No sé qué hacer con esta información. —Me pasé las manos por la cara, desesperado.

—¿Has visto esto? —Me tendió una fotografía que yo no había visto.

—¿De dónde ha salido? —La cogí, mirándola. Era una chica joven que no me sonaba de nada.

—Estaba dentro de la carpeta, junto a los papeles. —Se encogió de hombros.

—Pues ni la había visto. No he pasado de la tercera página. Cerré la carpeta y no la he vuelto a abrir. ¿Quién cojones será esa mujer?

—Sin ser Sherlock Holmes, yo apostaría que es tu madre biológica. Pero no hay ningún dato, solo una fecha en el reverso.

Empecé a notar un intenso dolor en las sienes. Ya tardaba la migraña en aparecer. Después de dos días sin dormir en el hospital… Aunque no podía ver a mi madre más que en las horas establecidas en la UCI, no quise moverme de allí. Siempre pensando que despertaría y quería que me encontrase a su lado. Cosa que no sucedió, para mi desgracia.

Sin poder quedarme quieto, me puse en pie y empecé a dar vueltas por el salón. Intentaba ordenar mis ideas, asimilar lo que había descubierto, tomar una decisión.

Por una parte, necesitaba saber quién era esa mujer, qué historia tenía, qué la había llevado a darme en adopción. Eso si seguía con vida. Porque, visto lo visto, y siendo el día que era, tampoco podía dar por hecho que siguiese en el mundo de los vivos.

Ya, ya, ese día no era la alegría de la huerta, como comprenderéis. Estaba de lo más pesimista, y en lugar de ver el vaso medio lleno, le veía apenas un dedo de agua.

—Tío, ¿quieres dejar de dar vueltas? Vas a desgastar el suelo y al final te veo en el salón de la vecina —comentó el gracioso de Héctor.

Hoy no estaba yo para bromas, así que lo fulminé con la mirada.

—No sé ni por qué he venido. En lugar de ayudarme, estás ahí haciéndote el gracioso.

—Pues muy fácil: porque no puedes vivir sin mí. —Me guiñó un ojo.

—Capullo.

—Ahora en serio, creo que podrías intentar buscarla y salir de dudas.

—Eso está muy bien, pero con una foto y una fecha no creo que sea suficiente para encontrarla. Según parece, me dejaron en la puerta de una iglesia con esa única foto como compañía.

—Hombre, nosotros mucha idea no tenemos y no sabríamos ni por dónde empezar. Pero digo yo que podríamos avisar a David, que seguro que para él es pan comido.

¡Cómo no se me había ocurrido!

David, el detective que nos ayudaba en muchos casos del bufete. Si alguien podía encontrarla, era él.

—Claro, David. ¿Ves? De vez en cuando tienes buenas ideas —le dije haciéndole un guiño.

—Ahora quién es el capullo. —Se rio.

—Voy a llamarlo ahora mismo. Para él ningún día es festivo; está localizable 24/7.

Marqué su número. Al tercer tono, descolgó.

—Asier, buenas tardes. De nuevo, siento lo de tu madre. Me ha sido imposible acudir hoy al cementerio; tenía algo entre manos que no me lo

permitía.

—No te preocupes, allí nada podías hacer.

—Ya, pero me hubiese gustado ir para darte mi apoyo. ¿En qué puedo ayudarte?

—He ido a casa de mi madre a buscar una documentación y me he encontrado con algo que me ha descolocado por completo.

—Y necesitas de mis servicios —no preguntó, afirmó.

—Sí. ¿Sería posible que te pases ahora por casa de Héctor para ponerte al día y explicarte lo que necesito?

—Claro, dame media hora y allí estoy.

Nos despedimos. Le conté a Héctor lo que había dicho. Él, que me conocía demasiado, ya estaba preparándome otra copa.

—Toma. Otra no te vendrá mal mientras esperamos a David.

Nos quedamos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Los míos seguían sin dar crédito a lo que había descubierto. No sabía cómo iba a superarlo. Yo adoraba a mis padres, siempre habíamos tenido una buena relación. Nunca les había dado quebraderos de cabeza, más allá de los típicos de la adolescencia. Siempre fui responsable, buen estudiante, con las ideas claras.

Cuando mi padre nos dejó, yo era muy joven, y eso hizo que la relación con mi madre se estrechara aún más. No entendía por qué, en ese momento, ella no se sinceró conmigo. Y esa duda siempre la llevaría conmigo, porque ya nunca tendría la oportunidad de preguntarle nada.

Cinco minutos antes de la media hora que había dicho David, sonó el portero. Héctor fue a abrir. Cuando entró, lo primero que hizo fue darme un abrazo, como si con eso pudiera aliviar algo. Y, oye, lo agradecí.

—Entonces, dices que encontraste en casa de tu madre algo que te ha descolocado por completo, ¿no?

—Míralo tú mismo —le tendí la carpeta— y entenderás que «descolocado» se queda corto.

La abrió y se puso a leer. Igual que Héctor, su cara fue cambiando a medida que avanzaba.

—Joder… No sé qué decir.

—Ya, así estamos todos. Mis padres sí que han sabido cómo sorprenderme después de su marcha. Jamás pensé que algo así me pasaría a mí.

—Entonces, lo único que tienes son estos documentos y esta fotografía, ¿no?

—Correcto. ¿Crees que con eso podrás tirar del hilo?

—No es mucho, pero no sería quien soy si las cosas siempre fueran fáciles —aseguró—. Déjamelo a mí y veremos qué encontramos.

—No tengo dudas. Por algo siempre hemos contado contigo en el bufete.

—Totalmente —añadió Héctor.

—Eso sí —continuó David—, sin plazos. No me metas prisa. Tengo varios casos ahora mismo, y este me llevará tiempo.

—Tranquilo —respondí—. Ahora que me he decidido, lo dejo todo en tus manos.

—Así da gusto. Se agradece la confianza —sonrió.

—La tienes más que ganada —aseguró Héctor.

—Bueno, si no necesitáis nada más, me marcho. Tengo que ir a otro sitio por uno de los casos.

—Joder, macho… Nosotros trabajamos, sí, pero al menos tenemos los fines de semana libres. ¿Tú no paras nunca?

Claro, Héctor pensando en sus fines de semana de fiesta. Ni que fuera una novedad.

—Es lo que tiene mi trabajo. No hay horarios.

—Pues nada, no te quitamos más tiempo. Avísame cuando tengas algo —dije, dando la reunión por terminada.

David me dio otro abrazo y se marchó. Héctor lo acompañó a la puerta.

—Bueno, pues nada —dijo cuando volvió al salón—. Ahora solo queda esperar que David obre su magia.

—Sí. Me voy a mi casa, a darme una ducha e intentar relajarme. Me tumbaré en el sofá hasta quedarme dormido.

—De eso nada. Acepto la ducha y la ropa cómoda. Pero vuelves aquí. Vemos algo en la tele y pedimos pizzas. —Ante mi ceja levantada añadió—. Si crees que te voy a dejar solo, estás soñando despierto.

Y se quedó tan ancho. Pero para su sorpresa, accedí.

—Está bien. Voy a casa un momento y vuelvo. La mía, de cuatro quesos.

—No me lo puedo creer… ¿Tienes fiebre?

—No me hagas replantear mi respuesta.

—No, no. Venga, vete. Voy mirando si han estrenado algo nuevo.

—De acuerdo.

Me levanté y me dirigí a mi casa. Necesitaba esa ducha; tenía todo el cuerpo en tensión y el agua caliente siempre obraba su milagro.

Apenas entrar, me quité la chaqueta y fui al dormitorio. Me desnudé, dejé la ropa en el cesto y cogí un bóxer, un pantalón de chándal y una camiseta. Los dejé en la cama y entré en el baño.

Al verme en el espejo, entendí perfectamente las palabras de Héctor: sí, tenía muy mala cara.

Abrí el agua de la ducha y, cuando estuvo a la temperatura que me gustaba, me metí dentro. Dejé que el agua cayese por todo mi cuerpo, sintiendo cómo mis músculos empezaban a relajarse. Pero, aun así, no pude dejar la mente en blanco.

Repasé todo lo sucedido ese día y, sin poder evitarlo, las lágrimas comenzaron a caerme.

Capítulo 3

Asier

Salí de la ducha con la toalla anudada a mis caderas, algo más relajado físicamente, pero con la cabeza hecha un auténtico lío. Me puse el pantalón de chándal y la camiseta básica que había dejado sobre la cama antes de entrar en el baño, y cuando estuve listo, salí de mi piso y crucé el rellano. Desde el ático de Héctor ya salía olor a pizza, lo que significaba que había cumplido su palabra.

Llamé una vez, aunque casi no hizo falta: abrió al segundo.

—¿Ya estás listo, princesa? —bromeó, apartándose para dejarme pasar.

—¿Podrías comportarte una noche? —resoplé mientras entraba.

—Uff, difícil. Pero por ti hago un esfuerzo —dijo encogiéndose de hombros.

En el salón ya tenía todo preparado: las pizzas, servilletas, dos cervezas frías sobre la mesa baja y una película pausada en el menú de la tele.

—Vamos, siéntate —me animó—. He pedido tu cuatro quesos. Y sí, antes de que lo digas, ya sé que soy un santo.

—No iba a decir nada —respondí, sentándome frente a la mesa baja—. Pero gracias.

Empezamos a cenar casi en silencio. No incómodo, sino ese silencio de los que se conocen demasiado bien. Él comía despacio, mirándome de reojo. Yo apenas tenía hambre, pero hice un esfuerzo.

—¿Quieres que pongamos algo? —preguntó señalando la tele—. Para no comerte tanto la cabeza.

—Pon lo que quieras —respondí.

Le dio al play, y la película comenzó… pero yo ni vi el título. Ni la primera escena.

Me acomodé en el sofá, y mientras la luz de la tele parpadeaba delante de mí, mi mente se fue a otro sitio. Muy lejos de allí.

Como si me hubiesen quitado los frenos, los recuerdos empezaron a aparecer uno detrás de otro.

Mi nombre es Asier —aunque supongo que a estas alturas ya lo sabéis por mis desvaríos con Héctor—. Y, sentado allí con la barriga medio llena y la mente hecha polvo, pensé en cómo había llegado hasta ese momento.

Soy hijo único… o al menos eso pensé durante treinta y cinco años. La historia que siempre me contaron —y que, hasta hace unas horas, no tenía motivos para cuestionarme— empieza con mis padres, dos personas que me quisieron tanto que ahora mismo cualquiera diría que mi corazón debería ser indestructible. Pero no. Qué va.

Mis padres me tuvieron cuando ya habían perdido la esperanza. Mi madre sufrió tres abortos antes de que yo llegara, y los médicos le recomendaron dejar de intentarlo por su salud física y emocional. Pero la vida, en uno de esos raros momentos en los que se pone de buen humor, decidió sorprenderlos.

Ella tenía cuarenta y uno, y mi padre cuarenta y seis, cuando recibieron la noticia de que estaban esperando un bebé. A mí.

Mi padre era médico, traumatólogo para ser exactos. Trabajaba en un hospital público, pero también tenía su propia consulta privada. Era de esos hombres tranquilos, metódicos, con un humor discreto pero certero. De

pequeño, siempre pensaba que él lo sabía todo: cualquier dolor, cualquier caída, cualquier rasguño tenía un nombre, una explicación y una solución.

Mi madre, por su parte, era maestra. Le encantaban los niños y tenía una paciencia infinita. Ese tipo de paciencia que yo jamás he heredado. En el colegio donde trabajaba la adoraban: padres, alumnos, compañeros… daba igual. Todos hablaban maravillas de ella. Al final de cada curso volvía a casa cargada de dibujos, cartas y flores, y guardaba todo —pero todo— en una caja que aún sigue en su armario.

Cuando ella supo que estaba embarazada, pidió una excedencia. Quería cuidar el embarazo y después cuidarme a mí. Hasta los tres años, mi mundo era ella: no fui a la guardería, no tuve más niños cerca que los del parque. Así que sí, estaba pegado a sus faldas como si fueran velcro.

Con razón el primer día de infantil fue un drama… para ella.

Para mí, sorprendentemente, no.

Recuerdo ese día como si lo estuviera viendo ahora mismo: yo tan pancho, con un uniforme horrendo y una mochila casi más grande que yo; ella nerviosa, con una sonrisa que intentaba tapar la tristeza de soltarme la mano por primera vez.

—Verás qué bien lo vas a pasar —me dijo—. Y no te preocupes, que cuando salgas, aquí estaré esperándote para que me cuentes todo.

Y se lo creyó. Pobre. Porque yo, nada más entrar en aquella clase llena de colores, juguetes y otros niños, me emocioné. No lloré, no pataleé, no la llamé. Ella sí lloró, pero eso me lo confesó años después.

Y fue allí, gracias a ese momento, cuando conocí a la persona que cambiaría mi vida: Héctor.

Él estaba sentado en un rincón, llorando como si le estuvieran arrancando el alma. Yo me acerqué y me senté a su lado, sin saber muy bien qué hacer.

—Hola, me llamo Asier. ¿Y tú?

—Héctor —repuso con un puchero.

Le tendí un coche de juguete.

—¿Jugamos?

Y así, tal cual, nació nuestra amistad. Una palabra, dos coches y cero drama. Desde entonces no nos hemos separado jamás. Pasamos juntos todos los cursos, todas las asignaturas insufribles, todos los castigos por hablar en clase, todos los recreos, todas las primeras veces.

Cuando llegó la universidad, también entramos juntos. Y sí, estudiamos lo mismo: Derecho. Desde pequeños decíamos que tendríamos nuestro propio bufete, y contra todo pronóstico… lo hicimos.

Montamos un despacho especializado en divorcios —que mira que da para historias— y, poco a poco, de ser solo Héctor, Sara en la recepción y yo, pasamos a ser un equipo de verdad: tres abogados más, dos secretarias, un detective de confianza (David), y una reputación que nos ganó algún que otro caso mediático.

Mi padre falleció cuando yo era muy joven. Y aunque eso nos rompió a los dos —a mi madre y a mí—, la vida nos dio un respiro inesperado: Ernesto, el padre de Héctor, se convirtió sin darse cuenta en una especie de figura paterna para mí. Y mi madre hizo lo mismo con Héctor.

La suya se marchó de casa cuando él era pequeño, dejándolos con una simple carta que nunca explicó nada. De ella no se hablaba.

En cuanto al amor… Bueno. Ni Héctor ni yo hemos tenido mucha suerte.

Héctor, porque no quiere. Según él, tiene alma de soltero. Cada fin de semana, una aventura diferente, y rara vez repite.

Yo, porque no puedo. Salí hace un año de una relación tóxica y no tengo ninguna gana de volver a enamorarme.

Eso no quita que haya tenido algún… momento de debilidad. Sí, en mi despacho. No me juzguéis. Helena, mi secretaria, fue la que dio el primer

paso. Intenté poner distancia, ser profesional… imposible. ¿Quién podría resistirse a una mujer como ella? Yo no.

Ambos dejamos claro que solo era sexo. Nada de cenas, citas ni complicaciones. Y, la verdad, funcionaba. Muchas veces la comodidad pesa más que el miedo a que algo se tuerza.

Mi vida, por lo demás, era tranquila. Fines de semana calmados, sofá, películas, un libro, una copa de vino. A Héctor le parecía un aburrimiento, así que de vez en cuando me arrastraba a salir a tomar algo.

Hace cinco años nos independizamos: él compró un ático y yo el de al lado, en el mismo edificio, cerca de nuestras familias. Los pisos eran exactamente iguales: amplios, luminosos, con una terraza enorme y una distribución que nos enamoró al instante. Tres habitaciones, vestidor, despacho, cocina abierta, todo muy moderno y práctico.

Yo iba a comer con mi madre dos veces por semana. Era una rutina que adoraba. Era nuestro momento. Y ahora… ahora ya no estaba.

—Tú no estás viendo una mierda —dijo Héctor de repente, dándome un codazo suave.

Parpadeé, volviendo a la realidad.

—Perdón… estaba… pensando.

—Lo sé —respondió, bajando un poco el volumen de la tele—. Se te nota desde Marte.

Me quedé un momento callado, mirando mis manos.

—Estaba repasando todo —admití—. Mi vida. Mis padres. Lo que siento. Lo que no podré preguntarles. Y… —tragué saliva— en quién sigue aquí, incluso cuando todo se va a la mierda.

Héctor me observó de reojo, sin bromas esta vez.

—Tío… quién nos iba a decir, con cuatro años, que acabaríamos así: tú llorando por dentro y yo intentando parecer adulto responsable —dijo, esbozando una sonrisa leve.

Negué con la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta.

—Gracias, Héctor. Por estar. Por no soltarme nunca. Por aguantarme incluso cuando digo que quiero estar solo.

Él soltó un bufido.

—Eres mi hermano, imbécil. ¿Qué esperabas? Además, si te suelto, ¿con quién discuto yo? ¿Con la tele?

Me reí un poco. Lo justo.

—Y tú eres un pesado —le respondí, empujándolo con el hombro.

—Por supuesto —dijo, recuperando su humor habitual—. Si no, no tendría sentido la amistad.

Se acomodó mejor en el sofá, estirando las piernas.

—Venga, intenta dormir algo —dijo Héctor después de un rato—. Te va a venir bien.

Asentí y volví a mirar la pantalla, intentando que mi mente se anclara a la película aunque fuese un segundo. No funcionó demasiado, pero al menos me ayudó a no seguir rumiando sin parar.

Respiré hondo.

—Creo que me voy a casa —murmuré—. A ver si allí, en mi cama, consigo relajarme un poco.

—Como quieras —respondió Héctor, levantándose también—. Y oye… —me miró con esa seriedad que solo le sale en momentos contados— para eso estoy, ¿vale?

Me dio una palmada en el hombro, firme pero cálida.

—Lo sé —respondí, sintiendo que las palabras se me quedaban cortas—. Gracias por… por todo.

—No me des las gracias, hombre —bufó, como si no quisiera que me pusiera profundo—. Anda, vete, que mañana se nos va a hacer eterno el día.

Esbocé una sonrisa leve y salí de su piso. Crucé el rellano hasta el mío, sintiendo de golpe el cansancio en cada músculo. Me fui derecho al dormitorio, me quité la ropa y me metí en la cama.

Intenté dejar la mente en blanco. Intenté no pensar en mi madre, ni en mi padre, ni en la carpeta azul, ni en la foto. Intenté.

No lo conseguí, pero al final, entre una idea y otra, el sueño terminó arrastrándome.

Capítulo 4

Asier

No había logrado dormir más de dos o tres horas seguidas; el resto del tiempo había sido un sueño ligero, porque mi mente no podía dejar de dar vueltas a lo mismo. Seguía sin entender por qué mi madre no se había sincerado conmigo. ¿De verdad pensaba que yo no lo entendería? ¿Que me enfadaría? Joder, es que lo pensaba y la rabia iba en aumento, porque eso demostraba que no me conocía en absoluto.

Probablemente al principio me hubiese enfadado, sí, pero el amor que les tenía habría estado por encima de todo. Con sus explicaciones, estoy seguro de que todo habría acabado calmándose.

Me levanté y fui directamente a la ducha; necesitaba despejar la mente porque empezaba a sentir un dolor punzante en las sienes, lo que indicaba que la migraña estaba a punto de hacer acto de presencia otra vez.

Fue una ducha rápida. Me sequé y me anudé la toalla en la cintura. Luego me dirigí al vestidor para escoger la ropa que me pondría para ir a trabajar. Por mucho que dijese Héctor, no pensaba quedarme en casa dándole vueltas a la cabeza. Mientras David no encontrara alguna pista, lo único que podía hacer era esperar.

Elegí un traje gris marengo combinado con una camisa blanca y una corbata gris oscuro. Me puse los gemelos y ya estaba listo para enfrentar un nuevo día. Pero antes, necesitaba café. Con lo poco que había dormido, buena falta me hacía.

Fui a la cocina, metí una cápsula en la cafetera y, mientras esperaba, me tomé una pastilla con un vaso de agua para intentar frenar el dolor de cabeza antes de que fuese a más. Cuando el café estuvo listo, lo cogí y salí a la terraza. Ese era mi rincón favorito para disfrutar del primer café de la mañana.

Después de terminarlo, llevé la taza a la cocina, la enjuagué y la metí en el lavavajillas. Con todo recogido, cogí la cartera, las llaves de casa y del coche, y salí para ir al aparcamiento y dirigirme al bufete.

✣ ✣ ✣

—Buenos días, Asier —me saludó Sara, saliendo de detrás del mostrador de recepción para darme un abrazo.

—Buenos días, Sara.

—Por la cara que traes, deduzco que no has pasado muy buena noche. Es normal, todo está muy reciente —asentí.

Si ella supiera que, además de lidiar con el accidente y el funeral de mi madre, ahora también tenía que cargar con el hallazgo de la famosa carpeta…

—Sí, bueno, supongo que con el paso de los días iré durmiendo mejor. ¿Ha llegado Héctor?

—No. Esta mañana tenía que pasar por el juzgado a recoger dos sentencias. Supongo que llegará a media mañana.

—Perfecto. Cuando llegue, dile que pase por mi despacho.

—No te preocupes, así lo haré.

Me despedí de ella y me dirigí a mi despacho. Allí me encontré con Helena, que tenía su mesa justo enfrente para tenerla siempre a mano cuando la necesitaba.

—Buenos días, jefe. No esperaba que hoy vinieras a trabajar. Héctor nos dijo que seguramente te tomarías unos días libres.

—Sí, lo intentó, pero he preferido venir para tener la mente ocupada. Voy a ponerme al día: encender el ordenador, mirar los correos… Entra en unos quince minutos para repasar la agenda.

—Vale. ¿Quieres que te traiga un café?

—Cuando vengas, sí. Tráeme uno, lo necesito.

Entré en mi despacho, cerré la puerta y fui directo al escritorio. El espacio era justo lo que siempre había deseado: amplio, luminoso, con un gran ventanal detrás que ofrecía unas vistas impresionantes de la ciudad. Muchas veces me asomaba para reflexionar o desconectar un momento durante la jornada.

Las paredes, blancas; los muebles, de madera oscura y sobria. En el centro, el escritorio con mi ordenador de sobremesa, el portátil y un montón de carpetas, todas perfectamente ordenadas. Frente a mí, dos sillas para recibir visitas. A la derecha, un pequeño mueble bar, un sofá y una mesa baja. A la izquierda, una puerta que daba a mi baño privado.

Encendí el ordenador y empecé a revisar correos. Justo entonces, unos golpecitos sonaron en la puerta.

—Adelante.

—Jefe, han pasado los quince minutos y aquí te traigo el café —dijo Helena, dejándolo sobre la mesa.

Pero en vez de sentarse en una de las sillas, se acercó a mí y se sentó en el borde del escritorio, peligrosamente cerca.

—Helena, ¿qué haces?

—Nada. Solo he pensado que te vendría bien relajarte un poco. Además de cansado, se te ve muy tenso.

—No creo que sea el momento. Por favor, siéntate y empezamos con la agenda.

—Para lo que tengo en mente siempre es un buen momento. Hasta la fecha no has tenido ninguna queja.

Mientras hablaba, se acercó un poco más y comenzó a acariciarme el brazo con suavidad, dejando que sus dedos recorrieran mi piel.

Suspiré, intentando mantener la compostura.

—Helena…

—Relájate y déjame a mí —susurró, con esa sonrisa traviesa que conocía demasiado bien—. No te vas a arrepentir.

Giró mi sillón hacia ella y se levantó del escritorio, quedando de pie justo delante de mí. Se inclinó y empezó a besarme el mentón, avanzando lentamente hasta el lóbulo de mi oreja. Después lamió y besó mi cuello, descendiendo despacio.

Cuando se apartó, empezó a desabrochar mi camisa, botón por botón, con una lentitud que disparaba mi excitación.

Cuando dejó mi torso desnudo, me dedicó una mirada cargada de deseo antes de volver a inclinarse y lamer mi cuello, bajando hasta uno de mis pezones, que mordisqueó suavemente.

Mi pene llevaba un rato reaccionando, duro y caliente, deseando más.

Helena no tenía ninguna prisa. Cuando se cansó de besos y caricias, se puso en cuclillas entre mis piernas y empezó a desabrochar mi cinturón. Luego abrió el botón del pantalón, bajó la cremallera y me lanzó una mirada que no dejaba lugar a dudas.

Levanté las caderas para ayudarla y bajó mis pantalones y el bóxer, liberando mi erección, que salió tensa, como celebrando su libertad.

Con una sonrisa seductora, pasó la lengua por sus labios antes de inclinarse hacia mí.

Primero lamió la punta, recogiendo las gotas preseminales que ya empezaban a asomar, enviándome un escalofrío de placer. Luego recorrió con su lengua todo el largo desde la punta hasta la base, varias veces, hasta que sentí cómo mi respiración se volvía irregular.

Enredé mis dedos en su pelo; quería verla bien, quería mirar cómo abría la boca y me lo tomaba entero, llegando hasta el fondo de su garganta. Después de un instante, empezó a mover la lengua de arriba abajo mientras una mano acompañaba el ritmo y la otra acariciaba mis testículos.

No pude seguir quieto. Mis caderas se movían solas, buscándola, cada vez más desesperado.

—Estoy a punto de correrme —logré decir, entre jadeos—. Si no quieres que termine en tu boca, deberías parar ya…

En respuesta, Helena se afirmó con más fuerza en mis caderas y aceleró el ritmo, llevándome al límite.

Una oleada intensa me recorrió todo el cuerpo, borrando cualquier control, y con un gemido ahogado me dejé llevar, dejándome caer en el clímax.

Helena sabía perfectamente qué esperar de mí. No buscaba palabras dulces ni gestos cariñosos. Así que, cuando terminé, se levantó con tranquilidad y se sentó en una de las sillas frente al escritorio.

Yo me levanté y fui al baño para asearme y recomponerme.

Cuando regresé —ya vestido y aparentemente normal—, me senté en mi sillón como si nada hubiera pasado. Helena hizo lo mismo, y comenzamos a repasar la agenda del día.

Como cualquier otra mañana.

Capítulo 5

Gala

—¿Tú estás segura de que es aquí donde te ha dicho que venía esta noche? —le pregunté a mi amiga Silvia mientras intentaba estirar la pierna, que se me había dormido de estar tanto rato en cuclillas.

No era postureo: me dolía absolutamente TODO. Llevábamos más de una hora escondidas detrás de un coche aparcado, vigilando la entrada de un edificio que, según Silvia, guardaba la prueba definitiva de que su matrimonio se estaba yendo a la mierda.

Y lo peor no era la postura. Ni el frío. Ni las miradas raras de la gente que pasaba. Lo peor era que yo, con treinta años y mis dos neuronas medio funcionales, había aceptado participar en ESTA locura.

—Seguro —insistió Silvia, tan tensa que parecía una cuerda a punto de romperse—. Lo escuché hablar por teléfono esta tarde, muy bajito, como si no quisiera que yo oyera nada. Y luego le llegó un mensaje con una dirección y una hora. Esta dirección. Esta hora. Tienen que estar a punto de llegar.

Suspiré. Hondo. Como si me estuviera tragando el invierno entero.

—Silvia, cariño, te lo digo de verdad: ¿no podías haber sospechado de él en verano? Porque el frío que estoy pasando ahora mismo no es ni medio normal. Como me resfríe y tenga que coger la baja, vas a tener que explicárselo tú a mi jefe. Y ya lo que me faltaría sería engrosar la cola del paro.

—Exagerada… —murmuró, sin apartar la vista de la puerta—. Mira que te gusta el drama.

—Drama no, reuma. —Bufé—. Son cosas diferentes.

Ella soltó un resoplido nervioso.

—Abre esa bolsa y coge el termo —añadió—. He traído chocolate caliente porque sabía que no pararías de quejarte.

—Oye, mira qué previsora la señora —dije mientras rebuscaba—. Sí, sí, yo quejándome por gusto, ¿verdad? Si tú tienes ahora mismo la nariz tan roja que podrías irte al circo y hacer pareja con Fofito.

Me miró de reojo, con intención asesina, pero el temblor de la barbilla le quitó credibilidad.

—Si no estuviera tan nerviosa, igual hasta me reía —refunfuñó.

Me senté apoyando mejor la espalda en el coche, envolviendo el termo con las manos.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Ella, abrazada a sus paranoias; yo abrazada al chocolate. Así funcionábamos: Silvia se comía la cabeza; yo me comía la vida a base de ironía. Éramos como la noche y el día, como el ying y el yang… o como el caos y el comentario sarcástico. Y aun así, no había persona en el mundo por la que estuviera más dispuesta a pasar frío en una calle desierta un viernes por la noche.

—A ver. —Rompí el silencio—. Repasemos. Llevas meses sospechando. Marcos ya no te mira como antes, no te toca como antes, no te habla como antes, no respira como antes… Vale, lo acepto. Algo raro hay. Pero de ahí a montar un «Equipo de Vigilancia Súper Profesional» y plantarnos aquí…

—Gala, por favor. —Me cortó—. Antes no era así. Él siempre me decía dónde iba, qué hacía, con quién. No porque yo se lo pidiera, le salía solo. Y de repente… horas extra, cenas de empresa, mensajes que borra, llamadas que contesta en el baño… —Tragó saliva—. No soy tonta.

—Ya sé que no eres tonta —respondí, bajando el tono—. Por eso estamos aquí. Pero también puede ser que esté raro por otra cosa.

—¿Otra cosa como qué? —Me miró con los ojos brillantes—. ¿Que esté organizando una fiesta sorpresa para nuestro aniversario? ¿Que esté escribiendo una novela? ¿Que haya entrado a formar parte de la CIA?

—Hombre, lo de la CIA lo descartaría, porque con lo torpe que es no llega ni a espía de pueblo —bromeé.

Silvia dejó escapar una media carcajada que se cortó enseguida.

—No te rías de él —me dijo, pero sin fuerza—. Solo puedo hacerlo yo.

—Sí, claro. —Volteé los ojos—. Tú, su abogada defensora y al mismo tiempo fiscal.

Volvió a quedarse callada. La luz de la farola le marcaba las ojeras y las pequeñas arruguitas de expresión que se le formaban cuando apretaba la boca así, como ahora. Me daban ganas de abrazarla, pero la conocía: si la tocaba, se rompería ahí mismo. Y si se rompía aquí, en pleno modo espía, la misión se iba a tomar por culo.

—Silvi… —dije más suave—. Si no quieres verlo, nos vamos. De verdad.

—No —negó casi de inmediato—. Si me está engañando, quiero saberlo. Necesito saberlo.

Tragué saliva. Yo, que siempre iba de valiente, que decía que quería la verdad por encima de todo, en realidad pensaba que hay verdades que ojalá no hicieran falta. Pero era su matrimonio, su decisión, su vida. Yo solo era la que sujetaba el termo, literal y metafóricamente.

—Vale. Pues esperamos —cedí—. Pero luego me invitas a cenar. Algo caliente. Y con queso. Mucho queso.

—Hecho —susurró.

No sé cuánto tiempo más pasó. Diez minutos. Veinte. Una eternidad. Perdí la cuenta. Solo sé que mis pies ya no eran míos y mi nariz empezaba a competir con la suya en rojez.

De repente, Silvia se incorporó un poco, clavando la mirada hacia la esquina de la calle.

—Gala —dijo, tan bajito que casi no la oí—. Es él.

Seguí la dirección de su mirada y lo vi. Marcos. Su marido. Con su abrigo de siempre, el que yo le había regalado por su cumpleaños hacía dos años. Ironías de la vida.

Bajó de un taxi y se quedó un segundo mirando alrededor, como asegurándose de que nadie lo seguía. Sí, claro, campeón. Nadie. Solo tu mujer y su amiga, congeladas detrás de un coche.

Sentí a Silvia tensarse a mi lado, casi sin respirar. Se agarró a mi antebrazo con tanta fuerza que me clavó las uñas.

—Tranquila —susurré—. Solo estamos mirando. Nada de montar un numerito en mitad de la calle, ¿eh?

No me contestó. Ni falta que hacía: estaba claro que ahora mismo no controlaba nada.

Unos segundos después, una mujer apareció desde la esquina. Venía caminando deprisa, con un abrigo rojo y el pelo recogido en una coleta alta. No la había visto nunca, pero tampoco hacía falta ser muy lista para notar la confianza con la que se acercó a Marcos.

Ni él ni ella parecían compañeros de trabajo, precisamente. Se detuvieron a medio metro el uno del otro. Sonrieron. Y entonces, sin pensárselo mucho, ella se lanzó a sus brazos.

Fue un abrazo de esos en que sobran las palabras. Un abrazo de «te he echado de menos», no de «hola, qué tal, compañero del curro». Marcos le rodeó la cintura con naturalidad, como si lo hubiera hecho mil veces. Ella se

apoyó en su pecho, cerrando los ojos un instante, como quien llega a casa. Y ahí se acabaron las excusas.

Escuché un pequeño sollozo a mi lado.

Cuando Silvia lo procesó del todo, se quedó quieta, inmóvil… pero solo un segundo. Después sus ojos se abrieron tanto que pensé que se le iban a salir de las órbitas.

—¡¡Será hijo de puta!! —soltó de golpe.

Y salió disparada hacia la acera como un misil.

La agarré por el brazo antes de que llegara a la mitad de la calle.

—¡Quietaaa!

—¡Suéltame, Gala! ¡Voy a arrancarle la lengua y se la voy a meter por el culo! —gritaba, intentando zafarse.

Agarraba aire como si estuviera alimentándose de rabia pura.

—¡Silvia, para! —Le apreté los hombros, mirándola fijo—. Si vas ahí ahora, él gana. Y tú terminas con una denuncia por agresión.

Ella jadeaba, con las manos temblando y los ojos encendidos como antorchas.

—¡Me ha tomado por imbécil, Gala! ¡Por imbécil! ¡Después de todo lo que he hecho por él!

—Sí —asentí, despacio—. Y ahora, ¿sabes lo que vas a hacer?

Parpadeó, desesperada, como si necesitara que le diera un arma.

—¿Qué?

—Lo vas a ver hundirse. Pero no hoy, no aquí, sino en el juzgado. Con un abogado que le arranque hasta la cera de las orejas.

Silvia me miró, vibrando de rabia contenida. Y entonces, muy despacio, una sonrisa torcida apareció. Peligrosa. Inteligente.

—Gala…

—¿Sí?

—Quiero verlo arder. Pero con estilo.

—Eso. —Le guiñé—. Eso es lo que quería oír.

Su respiración empezó a calmarse poco a poco. Sus hombros bajaron, la mirada se estabilizó. Ya no era una mujer rota. Era una mujer en pie de guerra.

Justo entonces, Marcos y la amante entraron en el edificio. Silvia los miró un segundo más, como haciéndoles un funeral mental, y luego dio media vuelta.

—Vámonos de aquí —murmuró—. No quiero estar ni un segundo más en este sitio.

Asentí, aunque ella no me estaba mirando.

—A tu casa no vamos, ¿verdad? —pregunté, incorporándome con cuidado. Mis rodillas crujieron como si tuvieran noventa años.

Negó automáticamente.

—Ni loca —dijo—. No pienso volver allí hoy. No puedo… No sé qué haría si me lo encontrara al llegar. O si cuando se acerque a mí, huele todavía a ella —añadió, con una mueca de asco.

La entendía. Y mucho.

—Entonces —respiré hondo—, nos vamos a la mía. Te vienes a casa, te duchas, te pones un pijama de esos que parecen un peluche, nos hacemos algo caliente de cenar y decidimos qué hacer mañana. ¿Te parece?

No contestó de inmediato. Se limitó a asentir despacio, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en algún lugar entre el pecho y la garganta.

—No tengo fuerzas para discutir contigo —logró decir, con una media sonrisa triste—. Así que… vale. A tu casa.

—Perfecto —sonreí de lado—. No sabes la suerte que tienes de tener una amiga con termo de chocolate y sofá cómodo.

Consiguió soltar una risa mínima, casi un suspiro.

Nos levantamos y empezamos a caminar calle abajo. No dijimos nada; solo queríamos largarnos de allí cuanto antes. Pero la escena se nos había quedado grabada a fuego, a ella y a mí. Era imposible quitársela de encima.

Le hice una señal a un taxi, que se detuvo en cuanto levanté la mano. Ayudé a Silvia a entrar; parecía que en cualquier momento se podía desmoronar. Me senté a su lado y cerré la puerta.

—¿Dónde las llevo? —preguntó el taxista.

—A mi casa —respondí, dándole la dirección.

Silvia apoyó la cabeza en la ventanilla, mirando las luces de la ciudad pasar a toda velocidad. Yo, mientras tanto, me quedé observando su reflejo en el cristal. Sabía que esa noche lo había cambiado todo para ella.

Lo que no sabía todavía era que, de rebote, también iba a cambiarlo todo para mí.

Y que ese «vamos al abogado», que todavía no había pronunciado, sería el primer paso hacia algo que ni en mil años habría imaginado.

Ni con mi exageración habitual.

Capítulo 6

Gala

El taxi avanzaba por la ciudad como si el mundo siguiera exactamente igual: luces por aquí, tráfico por allá, gente caminando tan tranquila… Y mientras, Silvia estaba a mi lado completamente rígida, mirando por la ventanilla con los ojos vidriosos, como si lo que acabábamos de ver necesitara irse por algún sitio y ella hubiera elegido expulsarlo por la mirada.

Yo tampoco decía nada. No hacía falta. A veces hablar es lo peor que puedes hacer.

—¿Seguro que no quieres que paremos a comprar algo? —pregunté en voz baja cuando el taxi ya estaba cerca de mi portal.

—No —susurró, sin levantar la vista—. Solo quiero llegar.

Y eso hicimos. Pagué, nos bajamos y, en cuanto cerré la puerta del taxi, la calle se quedó en silencio. Ella inspiró hondo, intentando llenar los pulmones de aire, parecía que no había conseguido respirar desde que nos habíamos montado en el taxi.

Subimos al piso sin cruzar palabra, y una vez dentro dejé las luces encendidas del salón. Silvia se quitó el abrigo despacio, como si cada movimiento le costara un mundo.

—Ve al sofá —le dije—. Siéntate. Ahora te traigo una manta.

Obedeció sin protestar. Eso ya decía mucho: Silvia nunca obedecía sin protestar.

Fui a por una manta suave, de esas que parecen una nube, y se la puse por encima. Después me senté a su lado, no muy pegada, pero lo bastante cerca para que sintiera que no estaba sola. Ella mantuvo la vista fija en sus manos durante un rato.

—Gala… —susurró al fin, con voz rota—. ¿Qué he hecho mal?

Ahí me dieron ganas de buscar a Marcos, colgarlo de los pies en la plaza del pueblo y usarlo de piñata. Pero me contuve. Por ella.

—Nada —contesté firme—. No has hecho nada mal. Aunque ahora mismo tu cabeza te diga lo contrario, no es culpa tuya. Cuando alguien quiere engañar, lo hace igual. Tú puedes ser la mejor persona del mundo, y él, si decide portarse como un imbécil, lo hará igual.

Un sollozo le subió por la garganta, pero se lo tragó. Le temblaron los hombros.

—Es que… —Inhaló temblando—. No lo entiendo. No lo entiendo, Gala. ¿Cómo pasa alguien de decirte «eres el amor de mi vida» a irse con otra?

—Pues muy fácil —resoplé—. Mintiendo. Que se le da fenomenal.

Ella soltó una risa ahogada que enseguida se convirtió en llanto. Y ahí sí se vino abajo. Me abrazó por el cuello y apoyó la frente en mi hombro, llorando en silencio mientras yo la rodeaba con los brazos.

—Déjalo salir —murmuré—. Si te lo tragas todo, mañana no te podrás ni levantar.

Y se dejó ir, cuando empezó, ya no podía parar; sus ojos parecían dos cataratas en plena tormenta. El llanto duró varios minutos. Cuando se calmó un poco, levantó la cabeza y se limpió las lágrimas con la manga de la sudadera.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó con una mezcla de miedo y rabia—. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Volver a casa y fingir que no he visto nada? ¿Esperar a que él me lo diga? ¿Hacerme la idiota?

—No —contesté sin titubear—. No vas a fingir nada. Ni vas a hacerte la idiota. Ni vas a esperar a que él tenga un ataque de sinceridad, porque no lo va a tener.

—Entonces, ¿qué? —insistió, desesperada.

Me acomodé en el sofá, buscándole los ojos.

—Vamos a pensar.

—Dime tú, porque yo no puedo —admitió, hundiendo la cara entre las manos.

—Vale. Pues yo te lo digo: mañana, cuando estés un poco más tranquila, hablamos con un abogado.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—¿Un abogado?

—Pues sí —dije—. No vas a quedarte de brazos cruzados mientras él hace lo que le da la gana. Y menos después de seis meses de verte venir abajo. Mañana vamos al bufete que lleva divorcios. He oído que son muy buenos. —Hice una pausa teatral—. Además, tienen fama de tener abogados que están buenísimos.

Ella soltó una risita entre lágrimas.

—Eres idiota.

—Lo sé —sonreí—. Pero te ha servido para reírte un poco.

Suspiró hondo.

—Gala, no sé si estoy preparada para todo esto…

—No tienes que estarlo —dije—. Por eso voy contigo.

La vi tragar saliva, procesar, respirar. Poco a poco la expresión de «me voy a caer al vacío» fue cambiando por otra: «vale, puedo con esto». Lo había visto antes en ella. En los momentos importantes, Silvia no se rendía.

—Mañana entonces… ¿vamos? —preguntó.

—Mañana vamos —afirmé, dándole un golpecito en la rodilla—. Y si el abogado es feo, le decimos que nos recomiende a uno guapo.

Ella sonrió. Una sonrisa pequeña, pero real.

—Qué haría yo sin ti…

—No te conviene averiguarlo —dije, levantándome—. Venga, te preparo algo caliente.

Mientras iba a la cocina, la escuché suspirar. No sabía si de agotamiento o alivio. Probablemente de las dos cosas. Preparé dos tazas de té y volví al salón. Ella seguía abrazada a la manta, pero ya no tenía esa mirada de cristal roto. Seguía dolorida, sí, pero había aire. Y con eso bastaba por esa noche.

Nos quedamos viendo una película cualquiera, de esas donde no hay que pensar demasiado, dejando que la luz de la televisión nos envolviera. Cuando se quedó dormida, le coloqué un cojín bajo la cabeza y apagué las luces.

Mañana sería un día largo. Y yo estaría a su lado. Y lo que no sabía —lo que ninguna de las dos sabía— era que ese «vamos al abogado» iba a poner mi vida patas arriba. Pero eso ya lo descubriría al día siguiente.

Capítulo 7

Gala

Cuando abrí los ojos, me costó ubicarme. Me dolían los hombros, tenía la boca seca y, por un segundo, pensé que seguía vigilando aquella maldita esquina, agazapada detrás de un coche. Pero no… estaba en mi cama, con Silvia tumbada a mi lado, bocarriba, con las ojeras más profundas que le había visto nunca. No había dormido gran cosa porque se había pasado la noche entre sollozos.

Me incorporé con cuidado y miré el móvil: las siete y cuarenta y tres. Dormir, lo que se dice dormir, no había dormido gran cosa.

—Gala… —susurró, sin moverse—. ¿Sigues viva?

—A medias. —Me giré hacia ella—. ¿Tú?

—Muerta por dentro —respondió dramáticamente, llevándose un brazo a la cara—. Tengo el cerebro frito como un huevo a la plancha.

—Qué visual todo, con el hambre que tengo. —Me estiré un poco—. Venga, arriba. Tenemos que llamar al bufete.

—¿Ahora ya? —gimió—. ¿No podemos esperar diez minutos a que el alma me vuelva al cuerpo?

—¿Y si te lo roba Marcos antes? —dije mientras me levantaba de la cama —. Venga, ponte las pilas.

Silvia soltó un gruñido lastimero, pero se enderezó. Tenía el pelo como si se hubiera peleado con una batidora. Yo tampoco estaba para tirar cohetes, la verdad.

Me puse una sudadera y fui a la cocina. A los cinco minutos, Silvia apareció como un fantasma deprimido.

—Pareces resucitada —le dije, intentando sonar ligera.

—Pues me siento como si me hubieran pasado por encima con una apisonadora —contestó, dejando caer la frente sobre la mesa.

Le serví café y, mientras removía el azúcar, me miró con ojos de cachorro abandonado.

—Venga, no te lo pienses más y haz esa llamada. En esa tarjeta que tienes ahí está el número del bufete que ayer te comenté.

Silvia la miró como si fuera radiactiva, pero al final, después de suspirar unas cuantas veces, marcó con manos temblorosas. Yo la escuchaba en silencio, intentando transmitirle calma.

—Sí… buenos días… soy Silvia Roldán… necesito una cita… hoy, si puede ser…

Silencio.

—¿En serio? —dijo de repente, abriendo mucho los ojos—. ¿A las once? Sí, sí, perfecto. Muchas gracias. Allí estaremos.

Colgó y se quedó mirándome con los labios medio abiertos.

—Gala… hemos tenido suerte.

—¿Suerte o destino? —bromeé, sirviéndome otro café—. Igual el universo quiere que te divorcies, cariño.

—No me hagas bromas, que estoy sensible.

—Estás insoportable —le corregí, pero le sonreí igual.

Nos arreglamos como pudimos. Bueno, yo me arreglé; Silvia solo consiguió parecer un poco menos zombi. Nos subimos al coche y fuimos hacia el bufete. Durante el trayecto, repetía por lo bajini lo que iba a decir, como si fuese a cantar en Eurovisión.

—Silvia, relájate —dije—. No te están juzgando para entrar en *La Voz*. Solo vas a hablar con un abogado.

—Gala… no quiero llorar —murmuró.

—Pues no llores.

—Es que creo que voy a llorar.

—Pues lloras. Si para eso estoy yo, para sujetarte los mocos.

Silvia me dio un codazo flojito.

—Eres cero delicada, ¿lo sabías?

—Y tú cero objetiva. Marcos es un capullo integral y llevas demasiado tiempo aguantando. Vamos a entrar, te sientas con tu abogado *buenorro*, le cuentas todo para ver cómo sacarle al capullo de Marcos hasta la cera de las orejas… y luego nos vamos a comer a un buen restaurante. ¿Vale?

—¿Abogado *buenorro*?

—¿De todo lo que te he dicho solo te has quedado con esa parte? Eso dicen —contesté encogiéndome de hombros—. A ver qué tal.

Aparqué en la zona habilitada. El bufete de Etxeberria & Duarte quedaba en un edificio moderno, con fachada de cristal y una entrada tan elegante que hasta daba respeto. Silvia se quedó quieta unos segundos. Tomó aire y entramos.

El bufete imponía. Mucho.

Cristaleras enormes, mármol, madera oscura… un ambiente de esos que te obliga a enderezar la espalda aunque no quieras. En la recepción nos atendió una chica monísima con sonrisa profesional.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlas?

—Tenemos cita con el señor Duarte. Silvia Roldán —dijo mi amiga, algo temblorosa.

La recepcionista comprobó algo en el ordenador y sonrió.

—Perfecto, ahora mismo aviso a su secretaria para que las acompañe. Mientras, siéntense, por favor.

Nos fuimos a los sillones de la sala de espera. Silvia se dejó caer como si hubiese corrido una maratón.

—Gala, dime algo para tranquilizarme.

—Vale… eh… —Miré a mi alrededor, buscando inspiración—. El sitio es bonito.

—Eso no ayuda.

—Bueno, pues… piensa que dentro de poco serás libre y podrás rehacer tu vida sin preocuparte de si Marcos te pone los cuernos o solo te los arregla.

—¿Te he dicho alguna vez que eres odiosa?

—Muchas, pero siempre vuelves. Por algo será.

Silvia abrió la boca para responder, pero en ese momento se abrió una puerta al fondo del pasillo.

Y apareció él.

Alto, traje azul marino impecable, ojos intensos —no sabría decir si verdes o marrones, porque me pillaron demasiado desprevenida— y ese tipo de presencia que te golpea sin permiso.

Caminaba como si acabara de salir de un anuncio de colonia. Serio, elegante, concentrado. Llevaba un café en una mano y el móvil en la otra.

No sé qué esperaba, pero desde luego no esperaba que al levantar la vista… me mirara. Directamente. Como si no hubiese nadie más en toda la sala. Su mirada fue intensa, pero no descarada; más bien un reconocimiento silencioso.

No duró más de dos segundos, pero a mí se me hicieron largos. Él asintió con cortesía. Yo hice lo mismo. Y ahí se acabó todo, porque siguió su camino hacia su despacho.

Pero mi estómago, mi respiración y no sé qué parte más de mí se habían quedado allí, intentando procesar qué demonios había sido ese microsegundo.

—¿Has visto eso? —susurró Silvia.

—¿Qué? —Intenté sonar normal.

—Un hombre de esos que solo salen en las revistas. Y te ha mirado como si fueras el postre.

—¿Quieres no decir tonterías?

—Ay, Gala, por favor. Si te brillan los ojos. —Me pinchó.

—Eso es porque tengo sueño —mentí.

Y entonces apareció una mujer preciosa y elegante ante nosotras, casi sin que nos diéramos cuenta de que había llegado.

—Buenos días, soy Claudia, la secretaria del señor Duarte. Por favor, acompáñenme.

Nos levantamos y le tendimos la mano a modo de saludo. Se giró y empezó a caminar por un pasillo hasta que llegó a una puerta. Dio unos golpecitos y la abrió.

Héctor estaba de pie, revisando una carpeta, apoyado levemente en el escritorio como si llevara horas sin sentarse. Alto, atractivo, con ese aire de tipo que sabe exactamente lo que hace y que, además, lo disfruta.

—Buenos días —dijo con voz firme y cálida—. Silvia, ¿verdad?

—Sí. Encantada —respondió ella.

—Y tú eres… —añadió mirándome con una media sonrisa.

—Gala, desde que mis padres decidieron llamarme así —contesté.

—Por favor, sentaos.

Nos acomodamos frente al escritorio y él tomó asiento.

Silvia respiró hondo, como preparándose para un salto al vacío.

—Verás… —comenzó, mirando sus manos—. Estoy aquí porque creo que mi marido me está engañando.

Héctor entrecerró los ojos, cruzando los dedos delante de él.

—Bien. ¿Y qué vamos a hacer con tu marido?

—Exmarido —corrigió Silvia con una mezcla de rabia y dolor—. Lo será en cuanto esto termine.

Él asintió, satisfecho.

—Esa es la actitud —sonrió—. Si te sirve de consuelo, estás en manos de uno de los mejores. O sea… yo, obviamente.

—Modesto, ante todo —le solté.

Él me miró divertido.

—No es modestia si es verdad.

Silvia soltó una carcajada nerviosa. Yo negué con la cabeza.

—Empecemos por el principio. Cuéntame todo, desde el primer indicio hasta lo de anoche.

Silvia empezó a relatarlo todo, con detalles, a veces con la voz quebrándose. Yo estaba a su lado, sosteniéndole la mano cuando flaqueaba.

Héctor escuchaba sin interrumpir, tomando notas rápidas, levantando una ceja en ciertos momentos, reaccionando con pequeños «ya…», «entiendo», «continúa».

Cuando Silvia terminó, cerró el cuaderno y se inclinó hacia delante.

—Bien, tenemos trabajo. Pero tranquila, no va a ser el primer idiota que pasa por aquí creyendo que puede hacer lo que quiere. Y no será el último.

Silvia empezó a relajarse y Héctor le explicó las opciones que tenía y los pasos a seguir según la que escogiese.

En ese momento, golpearon suavemente la puerta.

—Adelante —dijo Héctor.

La puerta se abrió… y ahí estaba él. El hombre del traje azul. Sentí cómo el estómago se me encogía como si hubiese tragado hielo.

—Perdona, Héctor —dijo con voz grave—. Necesito tu firma en este documento antes de que se lo lleven al juzgado.

Héctor sonrió con complicidad.

—Pasa, Asier.

Asier. Ahí estaba. El nombre que no sabía que necesitaba saber hasta que lo escuché.

Entró, saludó con un leve gesto de cabeza y sus ojos —esos malditos ojos que ahora sabía que eran verdes— se cruzaron otra vez con los míos. Esta vez, un poco más de tiempo del socialmente aceptable.

Algo en su ceño pareció tensarse. Como si se preguntara quién era yo. O por qué estaba allí.

Héctor firmó el documento y se lo devolvió.

—Gracias —dijo Asier.

Y antes de salir, volvió a mirarme. Fugaz, pero intenso. Como si quisiera memorizarme.

Cuando la puerta se cerró, Silvia se giró hacia mí con expresión sospechosa.

—¿Lo conoces? —me interrogó Héctor.

—No… —balbuceé—. Es solo… que tiene un traje azul.

Soltó una carcajada.

—Ese es Asier Etxeberria, mi socio. Y sí… el traje es azul.

Tragué saliva, intentando volver a parecer una persona normal.

—Bueno —retomó Héctor—. Si no tenéis más dudas, podemos programar la siguiente reunión…

Pero yo no escuchaba.

Mi cabeza seguía repitiendo un nombre que ya no iba a olvidar: Asier.

Capítulo 8

Asier

Volví a mi despacho después de llevarle el documento a Héctor para que lo firmara, decidido a centrarme por fin en los casos pendientes; tenía una custodia especialmente complicada sobre la mesa, una reunión por videollamada con un mediador que no me caía especialmente bien, un par de sentencias que revisar y mil correos acumulados a los que no había tenido fuerzas para responder desde hacía días.

Me senté, apoyé los codos en la mesa, puse las manos sobre el teclado con la intención de arrancar… y no hice absolutamente nada, porque lo único que me venía a la cabeza era ella. Seguía ahí, metida entre mis pensamientos sin permiso, ocupando más espacio del que debería alguien a quien ni siquiera conocía.

No «una mujer guapa». En mi vida había visto muchas. Nunca me habían impresionado más allá de lo superficial. Pero lo que sentí en esa sala de reuniones no fue una atracción corriente; fue un golpe seco, casi físico, directo al estómago, como un puñetazo invisible que no entendí, que no esperé, que no debería haber sentido.

Intenté racionalizarlo —soy abogado, lo hago con absolutamente todo—, pero aquello escapaba a cualquier argumento. No era atracción ni impulso. Era más parecido a una sensación de reconocimiento confuso, como si mis sentidos hubieran reaccionado antes que mi cerebro. Y eso me irritaba.

Me recliné en la silla, como si tomar distancia física con la mesa pudiera ayudarme a recuperar claridad mental. Quise convencerme de que había sido impresión mía, que estaba agotado, que era el estrés, que llevaba días sin dormir bien. Lo que fuera.

Pero la mente volvía a lo mismo: la imagen exacta de ella levantando la vista, nuestros ojos cruzándose, ese reconocimiento silencioso que no supe interpretar, y la sensación de que algo dentro de mí había reaccionado antes de que yo tuviera tiempo de pensarlo.

Y eso me jodía.

Porque no me gustan las cosas que no puedo razonar. Ni controlar. Ni clasificar.

Me pasé una mano por la nuca y forcé la mirada hacia los correos abiertos. Los repasé uno a uno, sin leerlos realmente. Todo estaba ahí, delante de mí, pero la mente seguía aferrándose a esa sensación absurda.

La carpeta —mi carpeta— no ayudaba. No había dejado de pensar en ella desde el cementerio. David tenía ahora los documentos, la foto y todo lo que pudiera ayudarlo a investigar. No necesitaba verlos físicamente para sentirlos clavados dentro de mí.

Pero entonces la asociación mental fue automática: *qué pensaría mi madre, Virginia, si supiera que hoy, precisamente hoy, una desconocida había conseguido descentrarme así.*

Y me atravesó la culpa. No porque estuviera haciendo algo malo, sino porque sentí que no tenía derecho a sentir nada que no fuera duelo.

Respiré hondo. Sabía que estaba cansado. Sabía que estaba en *shock*. Sabía que estaba procesando más de lo que cualquier persona podría asumir en tan poco tiempo. Pero aun así, la idea de esa mujer seguía ahí, insistente, como si algo de mí reconociera algo de ella y se negara a dejarlo pasar.

Y yo no reconocía nada. Nada lógico, al menos.

Justo entonces golpearon suavemente la puerta. No hacía falta mirar para saber quién era.

—Pasa —dije, intentando que mi tono sonara normal.

Héctor entró, sosteniendo un par de carpetas y con expresión inquisitiva, de esas que solo puede tener alguien que te conoce demasiado.

—¿Todo bien? —preguntó, dejándolas sobre la mesa.

Asentí con demasiada efusividad.

—Perfectamente. Trabajando.

Héctor soltó una carcajada seca.

—Sí, claro. ¿Trabajando en qué? ¿En aprender telequinesis con la mirada perdida?

Me pasé una mano por la cara.

—No he parado de pensar. Nada más.

—¿En el caso? —preguntó, aunque su mirada decía claramente que no se creía ni media palabra.

—Sí. —Mentí con la misma poca habilidad de siempre.

Y lo supo.

—O has dormido tan mal que estás viendo el espíritu de tu madre sobre el monitor, o te ha hecho clic en la cabeza algo que no entiendo —dijo, cruzándose de brazos.

Lo miré un segundo. Sabía que huir no tenía sentido. Héctor era la única persona con la que podía permitirme ser honesto, incluso con cosas que no entendía ni yo.

—He visto a alguien hoy —admití, sin tocar más la herida de la carpeta—. Solo eso.

—¿Alguien? ¿Del juzgado? ¿Un cliente?

Negué con la cabeza.

—No. La mujer que acompañaba a una clienta tuya.

Héctor arqueó una ceja, interesado.

—¿La amiga de Silvia?

Asentí.

—Sí. Ella.

Héctor se sentó frente a mí, como si estuviera a punto de analizarme en modo terapeuta, y suspiró.

—Vale. ¿Y qué ha pasado?

Me quedé unos segundos en silencio. No era fácil de explicar, porque ni yo lo sabía.

—Nada —respondí finalmente—. No ha pasado nada. Solo la he visto, nos hemos cruzado la mirada y… ha sido un golpe. Un impacto. Como si… —Busqué palabras, algo poco habitual en mí—. Como si hubiera reconocido algo sin saber qué.

Héctor guardó silencio unos segundos y luego asintió lentamente.

—Eso suele llamarse atracción.

—Esto no era atracción —dije con seguridad—. No era físico. No era sexual. No era eso.

Él me miró con curiosidad genuina.

—Entonces…

—No lo sé —respondí sincero—. No tengo puta idea.

Y ahí estaba. Mi incapacidad para razonar algo que, por primera vez, no obedecía a ninguna lógica.

—¿Quieres que investigue quién es?

Lo miré sorprendido.

—¿Qué? No. No seas ridículo.

Él sonrió.

—Ha sido un «no» demasiado rápido para no significar nada.

Puse los ojos en blanco.

—No la conozco. Ni siquiera sé cómo se llama. Punto.

—Bueno, eso cambia rápido —replicó con tono ligero—. La vida es rara. Y tú eres un intenso de manual cuando algo te remueve. Y esa duda te la puedo despejar yo; se llama Gala.

—Anda y vete a la mierda —respondí, pero sin mal humor.

Él rio y se levantó.

—Voy a por otro café. Y tú intenta trabajar algo, aunque sea fingido. Me pone nervioso verte meditar mirando la nada.

—Gracias, Héctor —respondí sin mirarlo.

Él no dijo nada más. Cerró la puerta al salir.

Volví a quedarme solo. Con la pantalla delante. Y la mente muy lejos de aquí.

Intenté centrarme respondiendo correos, leyendo documentos, revisando un modelo de convenio regulador. Fue durante esa falsa normalidad cuando sonó el móvil.

Miré la pantalla y el corazón se aceleró cuando vi el nombre: David.

—Asier —saludó—. No te molesto mucho, solo quería avisarte de que he encontrado algo que podría ayudarte.

Mi pulso cambió lo justo.

—¿Qué has encontrado?

—No quiero darte datos fragmentados. Es mejor que te lo cuente todo junto.

—¿Cuándo?

—Mañana por la tarde, si estás disponible.

—Lo estoy.

—Perfecto. Te llamo antes y concretamos. Descansa.

—Gracias, David.

Colgué.

«He encontrado algo». No sabía qué significaba. No sabía si quería saberlo. Pero ya no había vuelta atrás.

Terminé la jornada como pude. Me reuní con Helena, respondí consultas, revisé campañas pendientes. Nada brillante, pero cumplí.

Cuando por fin salí del bufete, fui al parquin. El regreso a casa fue rápido. Nada más entrar, me quité la chaqueta y aflojé la corbata sin encender ninguna luz más que la de la cocina.

Abrí una botella de *whisky* y me serví una copa, sin hielo, como a mí me gustaba. Nada como sentir ese líquido ambarino bajando por la garganta.

Salí a la terraza, aunque hacía frío, y me quedé apoyado en la barandilla, viendo la ciudad desde arriba. No pensé en la carpeta. No pensé en David. No

pensé en nada lógico.

Pensé en ella. En Gala.

En ese segundo. En esa mirada. En esa sensación de haber cruzado una línea invisible sin siquiera hablar.

Suspiré.

A veces la vida tiene un humor extraño.

Ese pensamiento fue el último que tuve antes de acostarme, demasiado cansado para seguir luchando contra la mente, demasiado despierto para dormir al instante.

Lo último que pensé, justo antes de que el sueño me atrapara, fue algo tan absurdo como honesto:

Ni siquiera sé su apellido.

Capítulo 9

Gala

Cuando salimos del despacho de Héctor, Silvia parecía otra persona. No es que estuviera feliz —porque no lo estaba—, pero ya no era ese fantasma que había llegado por la mañana; tenía color en la cara y un brillo raro en los ojos.

Bajamos en el ascensor en silencio, cada una metida en lo suyo. Yo, intentando no pensar en el socio del traje azul. Ella, supuestamente, pensando en su divorcio… aunque no apostaría mucho por eso viendo cómo se había reído con Héctor.

En cuanto pusimos un pie en la calle, Silvia explotó.

—Vale, lo siento, pero lo tengo que decir —soltó, girándose hacia mí—: ¡mi abogado está buenísimo!

Solté una carcajada.

—Ya tardabas.

—En serio, Gala, ¿tú has visto cómo habla? ¿Cómo mira? ¿Cómo escribe? —Agitó los papeles que llevaba en la mano—. Hasta las notas que ha tomado parecen sexis.

—Te recuerdo que estás hablando de la persona que se va a encargar de que tu exmarido no salga ganando —le dije—. No es el modelo del bañador blanco que anuncia colonia, es tu abogado.

—Ya, ya, pero una cosa no quita la otra —replicó, muy digna—. Yo no pienso cambiarlo, ¿eh? Como me lo toquen, monto un drama. Esto ha sido suerte divina a la primera.

Volteé los ojos.

—Ilusa de mí, creí que solo venías a «consultar», no a fichar marido nuevo.

—¿Quién ha dicho nada de marido? —Levantó las manos—. Yo solo quiero que me represente en el juzgado. Lo de representar fantasías ya es cosa mía y de mi Satisfyer.

No pude evitar reír.

Caminamos hacia el coche y, mientras abría con el mando, Silvia me miró de reojo, con esa sonrisita suya de «ahora te toca a ti».

—Y tú, bonita, muy fina con el comentario del traje azul, ¿eh?

—¿Qué pasa con mi comentario? —pregunté, haciéndome la tonta.

—Anda que te rompiste mucho los cuernos. —Bufó—. «Es solo… que tiene un traje azul». Claro, Sherlock. No hacía falta ser Einstein para deducir ese dato.

Cerré la puerta del conductor con algo más de fuerza de la necesaria.

—Aquí la única que tiene cuernos que romper eres tú —respondí, poniéndome el cinturón.

—Ya te vale —protestó, aunque se le escapó media sonrisa—. Mira que te gusta meter el dedo en la llaga.

Arranqué el coche.

—Ahora mismo no tengo otro sitio donde meterlo —contesté sin mirarla.

Silvia se quedó callada medio segundo… y luego estalló en carcajadas.

—Eres lo peor —dijo, limpiándose una lágrima de risa—. Lo peor y lo mejor a la vez.

—Eso ya lo sabías cuando me elegiste de amiga —repliqué—. No hay devoluciones.

✣ ✣ ✣

Silvia había decidido —por unanimidad— que no iba a pisar el piso que compartía con Marcos hasta nueva orden. Eso, traducido al idioma real, significaba que se había instalado en mi casa como si el alquiler lo pagáramos a medias. Por la tarde, mientras yo intentaba poner un poco de orden en mi vida laboral, ella estaba tirada en mi sofá, con un pijama que no era suyo, pero como si lo fuera, viendo una serie que ni estaba siguiendo.

Yo tenía el portátil abierto sobre la mesa del comedor, con los planos de un proyecto que tenía entre manos. Sí, porque, por si no lo he dicho antes, soy interiorista. Me paso media vida entre planos, muestras de telas, catálogos de iluminación y frases del estilo «esto en *beige* roto o en blanco roto». Y sí, hay diferencia. Mucha.

En concreto, estaba revisando las últimas fotos que me habían mandado de un local que acabábamos de reformar: un club-restaurante bastante exclusivo, el típico sitio al que la gente va tanto a cenar como a dejarse ver. Yo había colaborado en la parte de interiorismo, así que no era raro que tuviese en el correo una invitación a la fiesta de inauguración.

Una invitación que llevaba tres días sin abrir.

Suspiré, rodando la silla hacia atrás, y me levanté para ir a por agua a la cocina. De pasada, miré a Silvia. Estaba con la mirada perdida, la cucharilla del helado a medio camino de la boca, la serie de fondo y el ánimo por los suelos.

Tenía el corazón roto, y aunque las bromas la salvaban a ratos, la realidad seguía ahí, doliendo.

Abrí el correo en el móvil mientras esperaba a que saliera el agua del grifo. Vi el asunto de la invitación, esa que había ignorado: *Inauguración privada – Velvet Room*. Lo pensé dos segundos.

Una fiesta. Música, gente, copas. Mi trabajo. Y una amiga hecha polvo.

No es que yo fuera la reina de la fiesta, pero sí sabía perfectamente que a veces hace falta salir del agujero, aunque sea un rato, para recordar que el mundo sigue girando.

Me serví el vaso, bebí un trago y volví al salón.

—Silvi.

—Hmm —respondió sin despegar los ojos de la pantalla.

—Tengo una propuesta indecente.

—Si no incluye matar a Marcos, no me interesa.

Me senté en el reposabrazos del sofá.

—Me han invitado a una inauguración —dije—. Un local nuevo. Bastante exclusivo. Música, copas, canapés de esos que no sabes si se comen de un bocado o de dos y terminas pareciendo idiota…

Ella parpadeó por primera vez en minutos.

—Sigue.

—Es por trabajo —aclaré—. Yo hice parte del interiorismo. Quieren que vaya. No pensaba ir, la verdad, pero…

—Pero.

—Pero creo que nos vendría bien. A las dos. Arreglarnos un poco, ponernos guapas, salir de este sofá… demostrarle al universo que sigues viva y que no todo en tu vida es un marido gilipollas.

Silvia se incorporó un poco, abrazando el cojín.

—No me apetece nada.

—Ya lo sé. —Me encogí de hombros—. Precisamente por eso hay que ir.

—Gala, estoy hecha una mierda.

—Lo sé. —La miré con suavidad—. Y no se te va a pasar por ir a una fiesta. Pero igual, por un par de horas consigues pensar en otra cosa que no sea la escena del abrigo, el portal y el beso. Si te quedas aquí, esa película la vas a reproducir en bucle hasta quedarte sin lágrimas.

Silvia se quedó callada, pensativa. Sabía que tenía razón. Siempre lo sabía. Otra cosa es que quisiera escucharlo.

—¿Y si me derrumbo allí? —preguntó al fin—. ¿Y si me da por llorar como una histérica en mitad del Velvet Room?

—Pues yo te saco a la terraza, te doy un clínex y te digo que dejes de llorar porque se te va a correr el rímel —respondí—. Para eso estoy.

Ella torció los labios.

—No tengo nada que ponerme —añadió, buscando una excusa más.

Sonreí de lado.

—Petarda, estás viviendo con una interiorista. Si sé combinar cojines, sé combinar ropa. Algo encontraremos en tu armario. Y si no, en el mío.

—No me voy a poner el vestido rojo ajustado —advirtió—. No estoy para ir de *femme fatale*.

—No, tranquila. Te pondré algo que diga: «Acabo de dejar a un imbécil, pero mírame qué guapa estoy, cabrón» —contesté.

Esta vez sí se rio de verdad, aunque solo un poquito.

—Eres muy pesada —murmuró.

—Lo sé. ¿Entonces?

Silvia resopló. Miró la tele, luego el techo, luego a mí.

—Vale. Pero una condición.

—Dispara.

—Nada de presentarme a nadie. No quiero ligar. No quiero conocer a ningún hombre. Quiero alcohol, música que me impida pensar y si puede ser, bailar.

—Hecho —asentí—. Yo solo te llevo. El resto, que lo decida el *gin-tonic*.

✣ ✣ ✣

La noche de la inauguración llegó demasiado rápido. El Velvet Room estaba en pleno centro, en una de esas calles donde los locales tienen lista de espera para entrar un jueves cualquiera. Esa noche, además, había alfombra, fotógrafos y un montón de gente que aparentaba no tener problemas en la vida más allá de combinar zapatos con bolso.

En casa, la preparación para arreglarnos había sido digna de programa de cambios de imagen.

—No pienso ponerme tacones de aguja —protestó Silvia mientras yo rebuscaba en su armario—. Mis pies ya bastante han sufrido en la vida.

—Te voy a poner unos que no maten, te lo prometo —contesté—. Suficientes para levantar el ánimo sin matarte las plantas de los pies.

Al final, elegimos un vestido negro sencillo que le quedaba de escándalo, unos tacones medios y una chaqueta de cuero estilo Olivia Newton-John en el final de *Grease*, que decía «no me toques los ovarios». Le solté el pelo,

retoqué un poco su maquillaje y, cuando se miró en el espejo, hasta ella se sorprendió.

—Joder —dijo—. Parezco yo antes de dar con el gilipollas de mi marido.

—No —negué—. Pareces tú después de darte cuenta de que vales mucho más que él. Matiz importante.

En mi caso, opté por un mono negro largo, escote discreto pero espalda al aire, una americana por encima y unos pendientes dorados. No era la gran diva de la noche, pero tampoco me apetecía ir de uniforme de obra con vaqueros y deportivas; claro que tampoco me hubiesen dejado entrar.

Mientras bajábamos en el ascensor, Silvia apretó el bolso con fuerza.

—¿Y si me lo encuentro por ahí con la del abrigo rojo? —susurró.

—Si eso pasa —respondí—, prometo que te sujetaré de la chaqueta para que no le claves un tacón en la espinilla y, luego, te recordaré que tú estás preciosa y ella se ha quedado con las sobras.

—Me estás empezando a caer bien otra vez —murmuró.

Llegamos al local y, como era de esperar, la puerta estaba a rebosar de gente arreglada, risas y ese tipo de ambiente de «aquí solo entra quien tiene invitación o conoce a alguien».

Yo llevaba la mía en el móvil. Se la enseñé al chico de la lista, que nos dejó pasar con una sonrisa ensayada.

—Bienvenida, Gala —dijo, leyendo el nombre—. Puedes pasar con tu acompañante.

Entramos.

La música nos envolvió de inmediato: un ritmo elegante, lo suficiente como para que el local pareciera sofisticado sin dormirse. Las luces cálidas, los sofás de terciopelo, las mesas bajas, las lámparas colgantes… todo como lo habíamos diseñado en el estudio. Y sí, eso siempre me daba un gustito interno.

—Oye —dijo Silvia, mirando a su alrededor—, esto te ha quedado de lujo. Si algún día me reformo el salón, ya sé a quién secuestrar.

—Perfecto —respondí—. Pero aviso: cobro caro hasta a las amigas.

—Por qué será que no me sorprende. —Bufó—. Tú y tu apego al dinero.

Nos acercamos a la barra. *Gin-tonic* para ella, vino para mí. Encontramos un hueco con buena vista y Silvia empezó a analizar a la fauna como si estuviera narrando *Planeta Tierra*.

—Mira esa —susurró—. Taconazo, vestido rojo y cara de «esta noche me como el mundo y mañana me desayuno a su hermano».

—Déjala —dije—. Igual hoy no le han roto el corazón.

—O igual está rompiendo ella tres —replicó.

Pegó un trago largo y suspiró.

—Vale. Tenías razón. Esto… me está sentando bien.

—Obvio —dije—. Igual algún día dejamos de hacer como que no la tengo.

—No te flipes —me gruñó, pero sonriendo.

Yo estaba a punto de responderle cuando sentí un cosquilleo raro en la nuca. Esa sensación que tienes cuando sabes que alguien te está mirando, aunque no puedas explicar por qué. Giré la cabeza casi sin querer, dejando que la vista se paseara por el local.

Y entonces lo vi.

Traje negro. Altura imposible de ignorar. Y esos ojos que ya sabía que eran verdes.

Asier.

Capítulo 10

Asier

No me entusiasmaban las inauguraciones. Demasiada gente hablando por encima de la música, demasiadas sonrisas que no decían nada y demasiados apretones de manos que solo servían para aparentar. Yo suelo preferir los escenarios en los que sabes exactamente a qué atenerte: un despacho, un expediente, un juzgado. Ahí las reglas están claras.

Pero el dueño de ese local era cliente del bufete; habíamos llevado su tercer divorcio, y Héctor consideró que lo «educado» era aparecer por allí. Según él, nunca se sabía cuándo llegaría la cuarta boda… y, conociéndolo, probablemente también acabaría en nuestro despacho.

Así que eso era lo que Héctor llamaba «educado». Y yo, sinceramente, no tenía energía para ponerme a discutir.

—Te hacía más muerto que vivo esta noche —comentó mientras dejábamos los abrigos en el guardarropa—. Mira que si al final resulta que tienes vida social.

—Estoy aquí por cortesía. —Le recordé, aflojándome un poco la corbata —. Que no se te olvide.

—Sí, sí. —Me dio una palmada en el hombro—. Tú quédate con esa versión, que te queda muy seria.

Entramos en el local y la música nos envolvió enseguida. Un ritmo suave, nada estridente, de esos que permiten hablar sin gritar, pero que te obligan a acompañar el compás con el pie. Las luces eran cálidas, las paredes en tonos oscuros, sofás de terciopelo, mesas bajas, lámparas colgantes… el conjunto era elegante, muy bien pensado, de esos sitios que se venden solos en redes sociales.

—Joder. —Silbó Héctor—. Esto está currado.

Asentí, echando un vistazo general. Se notaba el trabajo de alguien que sabía lo que hacía. El dueño había tenido buen ojo al elegir quién decoraría el local. Durante un segundo me vino a la cabeza la idea de lo mucho que le habría gustado a mi madre estar aquí conmigo, ver cómo ese hijo suyo al que había llevado de la mano al colegio ahora se movía entre clientes, bufetes y locales de diseño.

Aparté el pensamiento de un manotazo mental. No era el momento.

—Vamos a saludar a Iñaki y luego nos pedimos algo —propuso Héctor—. Prometo no dejarte tirado… al menos al principio.

Lo seguí entre la gente. Saludamos al dueño, intercambiamos cuatro frases de cortesía, sonrisas de compromiso y un par de «cualquier cosa, ya sabes dónde estamos». Todo muy correcto. Muy mecánico. Muy automático. Una parte de mí podía hacer eso en piloto automático mientras la otra seguía aferrada a la carpeta azul, a David, al hospital, al cementerio.

Y entonces la vi.

No fue de frente. La descubrí de refilón cuando giré la cabeza buscando la barra. Estaba apoyada en uno de los extremos, una copa de vino en la mano, el mono negro marcándole la figura con una facilidad insultante, el pelo suelto cayéndole sobre un hombro desnudo. Reía por algo que Silvia acababa de decirle, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás.

Gala.

Mi cuerpo reaccionó antes que yo. El impacto volvió, igual que en el despacho, pero más nítido, más directo. Como si, por un momento, el resto del

local hubiera perdido definición y el foco se quedara solo en ella.

—Ah, mira —dijo Héctor, siguiendo mi mirada—. El universo tiene sentido del humor.

Lo miré de reojo, sin disimular la incomodidad.

—¿Qué hacen aquí?

—El local lo ha reformado una amiga de Silvia. —Se encogió de hombros —. Creo que te suena. Se llama Gala.

Me quedé unos segundos en silencio, como si mi cerebro necesitara procesar la información en dos fases: primero, que estaba allí; segundo, que ese «algo» que había sentido la primera vez no había sido fruto del cansancio.

Respiré hondo, intentando ordenar ideas. No funcionó.

—Ven —añadió Héctor—. Vamos a saludar. No vayas a quedarte clavado aquí como un ficus.

Me habría gustado decirle que no, que mantuviéramos cierta distancia prudencial, recordarme que bastante tenía ya con la carpeta azul, con David, con la muerte reciente de mi madre, como para añadir nada más a la mezcla. Pero mis pies ya se estaban moviendo. A veces el cuerpo es más sincero que la cabeza.

Cuando nos acercamos, fue Silvia la primera en vernos.

—Hombre, mis abogados favoritos —sonrió—. Bueno, mi abogado y su socio serio.

—Y eso que todavía no me has visto bailar —replicó Héctor, dándole un beso rápido en la mejilla—. Igual me asciendes a «favoritísimo».

Yo me quedé un paso atrás. Gala giró la cabeza hacia nosotros y nuestras miradas se cruzaron. De cerca, la impresión fue peor. O mejor. Según cómo se mire.

Sus ojos eran grandes, oscuros, atentos. Había en su expresión una mezcla extraña de descaro y vulnerabilidad, una combinación peligrosa para alguien como yo, que siempre intenta mantenerse en un terreno seguro y predecible. Y, por si fuera poco, llevaba un mono con un escote discreto, de esos que no enseñan gran cosa… pero que dejan trabajando a la imaginación más de la cuenta.

Y eso, para mí, era mucho peor.

—Gala, ya conoces a Héctor —dijo Silvia—. Y este es Asier, su socio. El del traje azul. —Me echó una mirada valorativa—. El negro también te sienta muy bien, por cierto.

—Encantado —manifesté, tendiéndole la mano.

Ella la aceptó. Su mano era pequeña, cálida, firme. El contacto duró lo justo… pero a mí se me hizo eterno. Hubo una especie de descarga sutil, o quizá fui yo buscándola donde no la había. El caso es que la sentí.

—Igualmente —respondió, con una sonrisa que no era tímida ni sobrada —. Gracias por hacerle un hueco a Silvia tan rápido en vuestra agenda. No todos los despachos pueden presumir de eso.

—Cuando el caso lo merece, siempre encontramos hueco —replicó Héctor, al que le faltó poco para guiñarle un ojo.

Silvia resopló.

—Qué modesto —murmuró—. Ya te he dicho que me ha tocado el abogado *buenorro*, Gala.

—Silvia… —la regañó ella en tono suave, pero sin apartar la mirada de mí —. Te recuerdo que está delante.

Noté que, de alguna forma, se me aflojaba algo en el pecho. Era absurdo, pero necesitaba comprobar que ese golpe que había sentido no era unilateral. No era vanidad; era defensa.

—¿Os apetece tomar algo? —propuso Héctor—. Invitación de la casa. Bueno, de la casa de Iñaki, pero yo me apunto el tanto.

Silvia no tardó ni un segundo en asentir. Gala se encogió ligeramente de hombros.

—Mientras no me pongan el *gin-tonic* en vaso de tubo, yo me adapto —bromeó.

Nos colocamos los cuatro junto a la barra. Héctor pidió la ronda: *gin-tonic* para ellas, vino para él, *whisky* para mí. El camarero se movía rápido, con esa soltura de quien lleva media vida sirviendo copas a gente que cree que el mundo gira alrededor de su mesa.

A mi lado, Gala jugueteaba con la pajita de su copa, girándola entre los dedos, pero no tenía pinta de estar incómoda. Tampoco relajada del todo. Diría que estaba en modo alerta curiosa, que es bastante más peligroso.

—Oye, el sitio está muy bien —comentó Héctor, mirando alrededor con aprobación—. Me gusta la iluminación. No me dan ganas de pedir un menú del día ni un botellín, lo cual ya es un logro.

—Normal. —saltó Silvia—. Lo ha diseñado ella.

Gala rodó los ojos con una resignación divertida, como si ya supiera que la iban a vender antes o después.

—He colaborado en la reforma —matizó—. Nada del otro mundo.

—Humildad cero —bromeó Silvia, dándole un codazo—. Yo tengo una amiga interiorista y aún no le he pedido que me arregle el salón. Mira si soy idiota.

—Eso dice mucho del salón, igual no tiene remedio. —Se me escapó.

Gala soltó una carcajada, espontánea. Algo en mi estómago se aflojó otro poco.

—Qué borde, ¿no? —se quejó Silvia—. ¿Ves por qué me gusta más Héctor? Él no insulta mi salón.

—Porque no lo ha visto —puntualicé, llevando la copa a los labios.

—¿Siempre sois así? —preguntó Gala, divertida—. ¿Esto viene de serie o lo habéis desarrollado con la convivencia?

—Viene de serie —dijo Héctor—, pero con los años hemos perfeccionado el modelo. Versión mejorada: más sarcasmo, menos paciencia.

La conversación fluyó sorprendentemente bien. Empezamos hablando de tonterías: de la música, de lo lleno que estaba el local, de lo incómodo que es ir elegante pero hambriento porque los canapés nunca llegan donde estás tú. Silvia y Héctor acabaron en una especie de duelo verbal por ver quién soltaba la pulla más afilada. Yo añadía algún comentario seco de vez en cuando, y Gala… Gala observaba, escuchaba y entraba cuando tocaba, con un sentido del humor que me pilló completamente desprevenido.

No era solo atractiva. Era rápida. Aguda. Tenía respuesta para todo sin resultar pesada. Y eso, creedme, es raro.

En algún momento, la música cambió. El DJ dejó atrás el fondo suave y subió ligeramente el ritmo. No llegó a ser disco ni reguetón ni nada evidente; era una base rítmica lo bastante marcada como para que el cuerpo quisiera moverse casi sin permiso.

—Creo que esto es una señal —dijo Héctor, dejando la copa sobre la barra —. Silvia, ¿me concedes este baile?

Ella lo miró como si dudara un segundo, pero la sonrisa le traicionó.

—Si prometes no pisarme, quizá.

—Lo intento —aseguró él, ofreciéndole la mano.

—Te advierto que si me dejas en ridículo, en el juzgado no pienso llorar ni una lágrima —añadió ella.

—Me lo apunto. —Héctor rio y se la llevó hacia la zona donde algunos ya se habían animado a bailar.

Los vi alejarse, sintiendo cómo el ambiente a nuestro alrededor se hacía de repente más… íntimo. No cambió la música ni las luces, pero de pronto era como si el ruido se hubiera bajado un punto y la imagen se enfocara en la barra.

Gala y yo nos quedamos solos.

—Son graciosos —comentó, mirando a Silvia y Héctor—. Hacen buena pareja.

—Díselo a él si quieres —respondí—. Según sus propias palabras, tiene «alma de soltero».

—Sí, claro —murmuró, dándole un trago a su copa—. Hay gente que nace con alma de soltero… hasta que alguien llega y les revienta la teoría en cinco minutos.

La miré de reojo. No era un comentario lanzado al azar.

—¿Lo dices por algo en concreto?

—Lo digo porque pasa más de lo que admitimos —respondió, encogiéndose de hombros—. Y porque tengo una amiga que está comprobando que la vida real no se parece en nada a las promesas de «para siempre».

Asentí. No hacía falta preguntar más. Bastaba ver cómo Silvia sujetaba la risa cuando Héctor la hacía girar, como si se le hubieran mezclado las ganas de llorar y de empezar de cero en la misma copa.

Durante unos segundos nos quedamos en silencio. Cada uno miraba en una dirección distinta, pero el silencio no era incómodo. Era de esos que se llenan solos, en los que no tienes necesidad de decir algo por rellenar.

Entonces Gala apoyó su vaso en la barra, se giró un poco hacia mí y esbozó una sonrisa suave, casi desafiante.

—Y tú, Asier… ¿tienes alma de qué?

No me lo esperaba. Solté una pequeña risa, breve.

—¿Es una pregunta trampa?

—Puede —admitió—. Pero me interesa la respuesta.

Pensé un momento. Con ella, cada respuesta parecía más importante de lo normal, aunque no lo fuera.

—Supongo que tengo alma de… antiguo. —Me encogí ligeramente de hombros—. Me gustan las rutinas, el orden, las cosas que no se mueven demasiado sin previo aviso.

—Interesante —dijo, observándome como si estuviera tomando medidas para un mueble a medida—. Porque tú y yo no podemos ser más distintos.

Alcé una ceja.

—¿Tú qué alma tienes?

No dudó ni un segundo.

—La mitad en obras y la otra mitad decorada —respondió—. Soy un desastre organizado. Me encanta moverlo todo, cambiar cosas, experimentar, equivocarme, volver a empezar… —Dio un sorbo—. Y, si hace falta, meter la pata hasta el fondo.

Sonreí más de lo que pretendía.

—Suena agotador.

—Lo es —admitió—. Pero también sale bastante divertido. —Me recorrió con la mirada—. Tú, en cambio, eres de los que ordenan los libros por color, ¿verdad?

—No —negué, serio—. Por orden alfabético.

Se rio. A carcajadas. Y yo tuve la pésima idea de disfrutarlo.

La música subió un poco de volumen. En la pista, Héctor giraba a Silvia con una soltura que jamás le había visto, y ella reía con la cabeza echada hacia atrás, como si hubiese soltado una mochila de treinta kilos de golpe. Por un instante, me dio la impresión de que el mundo se estaba recolocando delante de mis ojos sin pedir permiso.

Y, sin pensarlo demasiado —algo muy impropio de mí—, pregunté:

—¿Bailas?

Gala ladeó la cabeza, divertida.

—¿Siempre eres tan directo?

—No —respondí con honestidad—. Últimamente ya he perdido demasiado tiempo con según qué cosas.

Se me quedó mirando un segundo. Podría haberse reído, o haber hecho una broma para cambiar de tema, pero no lo hizo. Dejó la copa sobre la barra con cuidado.

—Vale —aceptó—. Pero si me pisas, te denuncio.

—Confío en mi seguro de responsabilidad civil —respondí.

La guie hacia el hueco que había frente al DJ. No era una pista real, pero la gente se movía allí con más soltura. Me coloqué frente a ella, lo bastante cerca como para oler su perfume: cálido, limpio, con un punto dulce difícil de clasificar. No cargante, no llamativo. Simplemente… ella.

Le rodeé la cintura con una mano. Su cuerpo aceptó el gesto sin titubear, como si aquello fuera lo más natural del mundo. Ella apoyó las manos sobre mis hombros primero, luego las dejó deslizar hasta mi pecho, acercándose un poco más. Nuestras piernas se rozaron con cada cambio de peso.

No éramos dos desconocidos improvisando. Había una intención clara en cada gesto, en cada respiración. Los movimientos eran lentos, medidos, como

si los dos conociéramos de antemano los límites… y estuviésemos muy dispuestos a ignorarlos.

La línea estaba ahí. Y empezaba a desdibujarse.

—Bailas mejor de lo que pensaba —comentó Gala, manteniendo mis ojos fijados en los suyos.

—¿Qué esperabas? —pregunté.

—Algo más… robótico —sonrió de lado—. Más «uno, dos, uno, dos».

—Ni que fuera un Playmobil. —Me reí.

Ella se rio también, y el sonido se perdió entre la música, pero se quedó grabado en algún sitio mucho más profundo de lo que me apetecía admitir.

El ritmo se volvió más envolvente, más íntimo, como si la canción recortara el mundo hasta dejarnos a los dos dentro de un mismo espacio, demasiado pequeño para ignorarnos.

Gala apoyó las manos en mi pecho y empezó a deslizar los dedos sobre la tela de mi camisa, no en círculos, sino en un movimiento lento, ascendente y descendente, que me erizaba la piel a través de la ropa. Era una provocación suave, casi casual… pero lo bastante calculada como para desmontarme.

Cada trazo suyo era una invitación. Y cada vez que sus dedos cambiaban de dirección, algo en mi estómago se tensaba un poco más.

Sus ojos no se apartaban de los míos. No había coqueteo vacío ni pose ensayada; había una curiosidad intensa, casi analítica, como si estuviera intentando descifrar quién era yo, hasta dónde estaba dispuesto a llegar, cuánto control estaba dispuesto a perder.

En un momento dado, sin pensarlo demasiado, bajé la cabeza. Solo un poco. Lo justo para que nuestras frentes casi se rozaran. Ella no se apartó; de hecho, se acercó un par de milímetros más. Su respiración chocaba contra la mía, cálida, ligeramente acelerada. Sentí el pulso en su cuello, justo debajo de mi boca. Un latido suave, pero insistente.

—Asier… —susurró.

—Dime.

—Esto no es muy de «alma antigua» que digamos.

—No —reconocí—. Pero últimamente hay cosas en mi vida que no encajan en ninguna etiqueta.

No sé quién se inclinó primero. Solo sé que, de repente, su boca estaba peligrosamente cerca de la mía. Tan cerca que bastó un mínimo movimiento para que nuestros labios se rozaran.

El primer beso fue casi un roce. Un tanteo. Una pregunta en forma de contacto.

La respuesta llegó en forma de segundo beso, más decidido, más profundo. Ella abrió la boca para mí sin dudar, y yo sentí cómo algo dentro se rompía. No fue una explosión; fue un crujido silencioso, como el de una grieta abriéndose en una pared en la que llevas años apoyándote.

La mano que tenía en su cintura tiró de ella hacia mí, acortando la mínima distancia que quedaba. Sus dedos se engancharon en la tela de mi camisa, a la altura de la nuca. El mundo alrededor desapareció durante unos segundos. La música, la gente, las luces. Todo se redujo a la presión justa de su boca, al sabor de ginebra y lima, al pequeño jadeo ahogado que soltó cuando la apreté un poco más contra mí.

No sé cuánto duró. Podrían haber sido treinta segundos o diez minutos. El tiempo, en ese momento, era lo de menos.

Cuando nos separamos, ambos respirábamos más rápido de lo normal. Gala apoyó la frente en mi barbilla un instante, como si necesitara recolocar su centro de gravedad. Yo también.

—Esto es… una mala idea —dijo al fin, en voz baja, aún sin alejarse.

—Probablemente —admití.

—Me caes bien —añadió, levantando la vista hacia mí—. Y ahora mismo no necesito más caos en mi vida.

—Yo tampoco —respondí.

Nos miramos. Los dos sabíamos que esa frase llegaba tarde.

—Gala… —empecé.

—No pienses tanto —me cortó, con una media sonrisa que tenía más de reto que de calma—. Te lo digo yo, que vivo de improvisar.

La miré un segundo más, como si pudiera encontrar una salida lógica a todo aquello. Spoiler: no la había.

Solo había una decisión, y ya estaba tomada desde hacía rato, aunque ninguno lo hubiera dicho en voz alta.

—Vámonos —dije entonces.

Ella se quedó en silencio unos instantes. Podría haber dicho que no. Podría haber dado un paso atrás, hacer una broma, convertirlo todo en un «nos hemos dejado llevar» y ya está. Había mil salidas posibles.

No tomó ninguna.

Se quedó exactamente donde estaba, tan cerca que podía contarle las pestañas si me lo proponía, mirándome como si el «sí» ya estuviera flotando entre los dos sin necesidad de pronunciarlo. Ese silencio suyo no era duda. Era aceptación.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí cómo algo en mí dejaba de resistirse.

—Vale —dijo al fin.

Solo eso. Vale.

Buscamos a Silvia y a Héctor con la mirada. Seguían en la pista, demasiado ocupados riéndose como para reparar en nosotros. Saqué el móvil y le mandé un mensaje rápido a Héctor: *Me voy. Luego te llamo*. La respuesta tardó menos de un minuto: un pulgar hacia arriba y una cara con una sonrisa demasiado grande. Preferiría no comentar.

Caminamos juntos hacia la puerta. No nos cogimos de la mano; no hacía falta. La electricidad que había entre los dos era tan evidente que, si alguien nos hubiera mirado con un mínimo de atención, sabría perfectamente hacia dónde se dirigía la noche.

El aire frío de la calle nos recibió como un bofetón. Otra persona, en otro momento, se habría despejado. Yo no. No con ella todavía tan cerca, con su perfume pegado a mi ropa y su calor aún metido bajo mi piel.

Gala se subió la chaqueta sobre los hombros, pero no se alejó. Caminaba a mi lado, despacio, como si cada paso fuera una prolongación lógica de lo que había pasado dentro.

Yo tampoco dije nada. No analicé, no cuestioné, no busqué frases inteligentes que justificaran lo que estaba a punto de hacer. Era la primera vez en semanas —quizá meses— que mi cabeza no iba por delante de mis actos.

Levanté la mano para parar un taxi. El coche se detuvo enseguida, como si también tuviera prisa.

Abrí la puerta trasera y me aparté un poco.

—¿Vamos? —pregunté, aunque los dos sabíamos que la pregunta era una mera formalidad.

—Vamos —respondió ella, con esa voz baja que ya era una invitación en sí misma.

Subió primera. La seguí. Y cerré la puerta tras nosotros.

La noche, definitivamente, ya no iba a ser una más.

Capítulo 11

Asier

El taxi olía a ambientador barato, pero ni siquiera eso consiguió arrastrarme de vuelta a la realidad. Cerré la puerta detrás de Gala y le di la dirección al conductor con una voz que apenas reconocí como mía: grave, baja, un poco rota por todo lo que la noche había dejado encendido dentro de mí.

Ella se sentó a mi lado sin marcar distancia. Podría haber pegado el cuerpo a la puerta, podría haber cruzado las piernas hacia el lado contrario, podría haber hecho cualquier gesto que indicara: «aún estamos a tiempo de frenarlo». Pero no lo hizo.

Su muslo rozaba el mío. Su perfume —cálido, limpio, con un leve matiz dulce— invadía el espacio reducido. La electricidad entre nosotros era tan física que parecía un tercer pasajero dentro del taxi.

No hablamos. No hacía falta.

El conductor iba mirando la carretera con total indiferencia, ajeno a la tensión que llenaba el asiento trasero. La ciudad desfilaba tras el cristal: luces, sombras, reflejos borrosos. Mi atención estaba atrapada en Gala: en la curva de su cuello, en su respiración, en sus dedos jugueteando con la cremallera de su chaqueta, subiéndola y bajándola apenas unos milímetros. No parecía nerviosa. No parecía asustada. Parecía tan decidida como yo, aunque en sus ojos, cuando se giraba un segundo hacia mí, había un destello muy claro de: *esto nos va a pasar por encima*.

Y tenía razón.

Pagué al taxista sin escuchar el importe. Bajamos y el aire frío nos golpeó, aunque yo apenas lo sentí. Subimos al portal. Las luces se encendieron a nuestro paso. No hablamos en el ascensor. No había una sola frase que pudiera contener la magnitud de lo que estaba a punto de ocurrir.

Cuando llegamos a mi planta, el pasillo nos recibió en silencio. Saqué las llaves, abrí la puerta y Gala entró primero. Yo detrás.

Fue cerrar la puerta, oír el clic del pestillo, y algo en mí se soltó. No hubo discurso, ni reflexión, ni «¿estás segura?» o «quieres tomar una copa». Había tiempo para ser prudente en otros aspectos de mi vida. Aquí no. No aquella noche.

La agarré por la cintura y la giré hasta que su espalda chocó con la pared del recibidor. No fue violento, pero tampoco fue delicado. Fue lo que tenía que ser: el punto exacto en el que empezábamos a dejar de fingir que esto era solo una noche más.

La besé con hambre. Un beso sin introducciones, sin tanteos. Un beso que llevaba horas formándose. Ella respondió como si hubiera estado esperando exactamente esto: con entrega, con urgencia, con los dedos en mi pelo tirando de mí hacia ella mientras su cuerpo se arqueaba contra el mío, buscando más, pidiéndolo sin decirlo.

Mi mano descendió por su costado hasta la cremallera lateral de su mono. La bajé sin romper el beso. El sonido del cierre fue suave, pero me golpeó como un disparo directo a la ingle. La tela cedió enseguida, resbalando hasta la mitad de sus muslos. No me detuve a quitárselo del todo. No podía. No quería perder tiempo.

El conjunto de encaje que llevaba debajo era… peligroso.

Deslicé la mano entre sus piernas, apartando la tela del tanga hacia un lado y rocé su sexo con los dedos.

Joder.

Estaba húmeda, caliente, completamente abierta para mí. Tuve que cerrar los ojos un segundo para no perder el control en el mismo instante en que la toqué. Ella movió las caderas contra mi mano sin el menor pudor, sin disimulo. Podía sentir su pubis presionando contra la erección que me tensaba el pantalón hasta el dolor. La fricción era brutal. La necesitaba ya.

La besaba, la tocaba, me perdía en su cuello, en su respiración entrecortada contra mi oído. Estaba tan húmeda que tuve que apoyar la frente en su cuello un segundo antes de perder completamente la cabeza.

—Joder, Gala… —Me salió sin filtro—. Estás empapada.

Ella soltó una risita ahogada, cargada de deseo.

—Eso lo provocas tú —susurró—. No lo analices tanto.

No estaba analizando nada. Estaba al borde.

Deslicé un dedo dentro de ella y su cuerpo se arqueó contra el mío con una reacción tan inmediata que casi me hace gemir. Añadí un segundo, y mi pulgar empezó a trabajar sobre su clítoris en movimientos lentos, firmes, calculados, pero impregnados de urgencia.

—Asier… —Su voz se quebró—. Así… joder… no pares…

No pensaba parar.

La sostenía con una mano por la cadera para que no se deslizara por la pared, mientras la otra la llevaba directo al borde. Sus gemidos pasaron de suaves a desesperados y sentí cómo su interior empezaba a tensarse alrededor de mis dedos.

—Mírame —le ordené con la voz baja, áspera.

Lo hizo. Ojos muy abiertos. Pupilas dilatadas. Deseo puro.

—Estoy… —Jadeó—. No puedo…

—Sí puedes —susurré contra su boca—. Dámelo.

Y lo hizo.

Gala se corrió en mi mano con una violencia que me dejó sin aire. Se aferró a mi cuello con fuerza, temblando mientras la sujetaba, hundiendo la cara en mi hombro para ahogar el gemido que se le escapó.

La mantuve pegada a mí hasta que su respiración empezó a estabilizarse.

Cuando levantó la cabeza, tenía los labios entreabiertos, el pulso acelerado y esa sonrisa que parecía una mezcla perfecta de incredulidad y desafío.

—Eso ha sido… —Empezó.

—Imprudente. —Terminé.

—Increíble —añadió, sin dejar de mirarme.

No dijo nada más. No necesitaba hacerlo. Sus dedos subieron a mi mandíbula, acariciándola con el pulgar.

—No hemos terminado, ¿verdad? —preguntó con voz baja.

—Ni de lejos.

La llevé al dormitorio.

Gala caminaba medio desvestida, respirando deprisa, con el sujetador desplazado y el pelo ligeramente revuelto. No sabía si era consciente de cómo me estaba destruyendo la poca cordura que me quedaba.

En cuanto llegamos, me arrodillé frente a ella sin dejar de mirarla. Abrió las piernas apenas unos centímetros, pero fue suficiente para entender que no esperaba instrucciones. Solo acción.

Bajé lentamente su ropa interior, rozando su piel con mis pulgares. Ella levantó las caderas para ayudarme, sin apartar la mirada de mis ojos. El tanga cayó al suelo. Su sexo, húmedo y abierto para mí, brillaba con la luz tenue de la habitación. Me mordí el interior de la mejilla para no lanzarme sin control.

Me incliné hacia ella y empecé a besar el interior de sus muslos, subiendo, bajando, provocando, deteniéndome a un milímetro de su centro sin tocarlo.

—No seas cabrón… —susurró, desesperada, enredando los dedos en mi pelo.

—¿Quieres que lo sea menos? —respondí contra su piel—. Pídelo bien.

Un suspiro tembloroso.

—Asier… por favor… tócame.

Me hundí entre sus piernas.

Su reacción fue inmediata: un gemido que se quebró al salir, la espalda arqueándose, las manos aferrándose a mi pelo. Mi lengua lamió su clítoris con movimientos lentos, insistentes, mientras mis dedos reencontraban su interior, empapado, cálido, perfecto.

—Más abajo… así… joder… —Jadeó—. No pares. No pares, Asier.

—No pienso parar —respondí con la boca pegada a ella.

Aceleré el ritmo. Su respiración se volvió irregular, casi rota. Sus muslos empezaron a temblar alrededor de mi rostro.

—Estoy… —dijo, ahogada—. No puedo… no puedo…

—Mírame —ordené otra vez.

Levantó la vista, los ojos casi negros del deseo.

—Quiero oír cómo te corres —dije—. Quiero sentirlo.

Y se rompió.

Se corrió con un grito que intentó contener demasiado tarde, derramándose en mi boca mientras su cuerpo entero temblaba bajo mis manos.

Me incorporé, respirando apenas, y ella me sostuvo la mirada. No había cansancio. No había duda. Solo deseo.

—Te quiero dentro —murmuró, sin rodeos.

—Tus deseos son órdenes para mí, pequeña.

Me quité la camisa. Luego el cinturón. El pantalón. El bóxer. Mi erección salió disparada, dura, gruesa, la punta húmeda por el líquido que llevaba acumulando desde el taxi. Ella extendió la mano y pasó el pulgar por el glande, esparciendo esa humedad con un gesto que casi me derriba.

Vi cómo se la llevaba a los labios y la detuve sujetándole la muñeca.

—Eso lo dejamos para otro momento —dije, forzando el control que me quedaba—. Estoy a punto de explotar. Te necesito ya.

—Entonces ven —susurró.

Se echó hacia atrás, abriéndose para mí.

Me arrodillé entre sus piernas, acerqué la punta a su entrada y en cuanto la rocé, su cuerpo reaccionó como si ya me esperara desde antes de entrar en mi casa. Empujé de una vez, enterrándome en ella hasta el fondo. Sentí cómo me envolvía, caliente, apretada, perfecta, y tuve que quedarme inmóvil porque un solo movimiento más habría bastado para correrme de inmediato.

Respiré. Dos veces. Tres. No bastó.

Ella comenzó a moverse. Un vaivén lento al principio, provocador, que me hizo clavar los dedos en su cadera.

—Más fuerte… —pidió ella, clavándome las uñas en la espalda.

—No sabes lo que estás pidiendo —dije entre dientes.

—Demuéstramelo.

La agarré de la cadera y empecé a embestirla. Fuerte. Profundo. Ella gemía alto, la cabeza caída hacia atrás, la espalda arqueada. Sus piernas me rodeaban, apretándome contra ella.

—Mírame —susurró.

Lo hice.

—Así… —Jadeó—. Quiero sentirte así.

Llevé una mano a su clítoris y empecé a frotarlo en el mismo ritmo que mis embestidas. Su cuerpo reaccionó de inmediato: tensión, temblor, calor, el inicio del colapso.

—Asier… —Su voz se quebró—. Me voy a correr… joder… no pares…

—No pienso parar —susurré contra su boca.

Y se vino abajo.

Gritó mi nombre. Se apretó alrededor de mí con una fuerza casi dolorosa. Sus piernas me atraparon cuando yo ya estaba demasiado cerca del borde.

—Gala… voy a…

—Déjate ir —susurró, tirando de mí hacia ella—. Estoy contigo.

Me corrí dentro de ella con una intensidad que me dejó temblando. Una descarga que me recorrió entero y me dejó sin fuerzas.

Me dejé caer a su lado, todavía respirando como si hubiera corrido una maratón. El silencio que nos envolvió no fue incómodo. Gala se giró hacia mí y apoyó la cabeza en mi hombro, dibujando líneas distraídas sobre mi pecho con la punta de los dedos. No dijo nada. Yo tampoco.

Durante unos minutos, solo existieron el sonido de nuestra respiración y el latido, todavía acelerado, que me golpeaba las sienes.

No recuerdo en qué momento exacto me quedé dormido. Solo recuerdo el calor de su cuerpo, su olor mezclado con el mío en las sábanas y una paz tan inesperada que me agarró completamente indefenso.

Cuando abrí los ojos, la luz colándose por la persiana indicaba que ya era de día. Tardé unos segundos en volver a mi cuerpo, en recordar por qué me dolían músculos que rara vez protestaban. Me giré hacia el otro lado de la cama.

Estaba vacía.

Las sábanas todavía conservaban su calor y su olor. Su hueco seguía marcado, pero ella ya no estaba. No había nota en la mesilla, ni mensaje en el móvil. Solo silencio.

Me incorporé despacio, con la cabeza algo embotada, y me senté al borde de la cama. Me pasé una mano por la cara, intentando ordenar ideas que no querían ordenarse.

Había sido una noche increíble. Eso era innegable. Pero también había sido una imprudencia monumental en un momento de mi vida que ya venía cargado de suficientes terremotos como para sumar uno más.

Y, aun así, mientras me levantaba y caminaba hacia el baño, lo único que me venía una y otra vez a la cabeza era el mismo pensamiento absurdo que me había perseguido desde que la vi por primera vez en el bufete:

Ni siquiera sé su apellido.

Capítulo 12

Gala

Desperté con la sensación clara de que ese no era mi colchón.

Ni mi almohada. Ni mis sábanas. Ni, desde luego, el cuerpo caliente que tenía pegado a la espalda.

Tardé unos segundos en ubicarme. Ese olor no era mi suavizante. Ese brazo cruzado sobre mi cintura, tampoco. Ese pecho firme en el que estaba prácticamente encajada… mucho menos.

Asier.

En cuanto el nombre me cruzó la cabeza, la noche anterior volvió entera, sin cortes.

El Velvet Room. Su mirada. El baile. Su boca. La pared del recibidor. Su lengua entre mis piernas. Su cuerpo dentro del mío.

Vale, sí. Había sido esa clase de noche.

Intenté moverme lo justo para mirar el reloj de la mesilla sin despertarlo. Ocho y pico. No muy tarde, pero tampoco tan pronto como para fingir que aquello no había pasado.

Noté su respiración, profunda y tranquila, en mi nuca. Y ese simple detalle me descolocó más que todo lo demás. No era solo que me hubiera follado de

lujo —porque lo había hecho—, es que ahora mismo estaba durmiendo pegado a mí como si llevara años acostumbrado a ese gesto.

Y yo no estaba preparada para esa imagen.

No después de lo de Marcos.

No después de haber visto a Silvia desmoronarse en una acera.

No después de repetir en voz alta, más veces de las razonables, que no quería complicaciones con nadie.

Podría haberme quedado. Podría haber esperado a que se despertara, improvisar un desayuno, hacer alguna broma sobre el cardio nocturno y salir de allí como una persona adulta, funcional y equilibrada.

No lo hice.

Con muchísimo cuidado, levanté su brazo de mi cintura y me giré lentamente. Dormía de lado, la cara relajada, el ceño menos fruncido que las veces que lo había visto en el bufete. Tenía una pequeña arruga junto a la comisura del ojo, de esas que solo se marcan cuando alguien se ha reído mucho en la vida. Completamente fuera de lugar en un tío tan serio.

Sí, ya sé lo que estás pensando. Que me quedo. Que lo despierto. Que hablo. Eso es lo que haría una protagonista responsable en una novela bien ordenada.

Bueno. Pues va a ser que no.

Me incorporé despacio, recogí del suelo las piezas de ropa que fui reconociendo como mías —mono, tanga, sujetador y una dignidad bastante tocada— y me vestí casi a oscuras, sin dejar de mirarlo de reojo, como si en cualquier momento fuera a abrir los ojos y pillarme en pleno modo ladrona de cuerpos.

Hubo un momento en que estuve a punto de coger una hoja de su bloc de notas, un bolígrafo y escribir algo. Un gracias. Un anoche fue increíble. Un soy Gala, por si acaso.

Pero no lo hice.

Cualquier palabra que dejara sobre esa mesilla convertiría la noche en algo que aún no estaba preparada para mirar de frente. Mejor dejarla como estaba: intensa, real y sin etiquetas. Una de esas cosas que intentas convencerte de que puedes guardar en un cajón, aunque sabes que no encaja del todo.

Salí del dormitorio descalza, con los zapatos en la mano. Crucé el salón lo más rápido que pude, abrí la puerta y solo cuando escuché el clic del cierre por fuera me permití respirar hondo.

El pasillo estaba en silencio. El vecino no asomó la cabeza por su puerta, cosa que agradecí infinito. Subí la cremallera de la chaqueta, pedí un taxi desde el móvil y bajé a la calle.

El trayecto hasta mi casa fue raro. No tenía resaca física, pero sí una especie de resaca emocional que me apretaba justo debajo del esternón. Me dolían los músculos —bien—, tenía la piel sensible —muy bien— y, al mismo tiempo, la cabeza empeñada en simplificarlo todo.

Había sido sexo. Intenso, brutal, perfecto.

Solo que cada vez que cerraba los ojos veía su cara dormida. Y eso ya no entraba tan fácilmente en la categoría de «solo sexo».

—No pienses —murmuré para mí, apoyando la cabeza en la ventanilla—. Ha sido una noche de sexo salvaje. Punto. No estás firmando una hipoteca.

El taxista me miró por el retrovisor un segundo, dudando si aquella frase iba dirigida a él o a mis propias neuronas. Decidió, sabiamente, no preguntar.

Cuando llegué a mi portal, pagué, subí las escaleras con ese andar raro de quien ha hecho más ejercicio del habitual e intenté entrar en casa con sigilo. La idea era llegar a mi habitación, ducha rápida, ropa limpia y cara de normalidad absoluta.

Spoiler: fracaso absoluto.

En cuanto abrí la puerta, me llegó olor a café y a tostadas. Eso, en idioma Silvia, significaba interrogatorio en 3, 2, 1…

—Buenos días, princesa libertina. —Canturreó desde la cocina—. Veo que has sobrevivido a la noche.

Cerré los ojos un segundo.

Conté hasta tres. Hasta cinco. Hasta diez.
Nada. Seguía ahí.

Entré en la cocina con mi mejor cara de persona inocente. Silvia estaba sentada en la isla con una taza entre las manos, el pelo recogido en un moño torcido, mi bata puesta encima de «su» pijama y una mirada que me recorrió de arriba abajo con precisión quirúrgica.

—Hola —saludé, buscando el frigorífico como si dentro estuviera la solución a todos mis problemas.

—Hola —repitió ella, inclinándose hacia delante—. ¿Me quieres explicar por qué entras en casa con los zapatos en la mano, el pelo como si hubieras perdido una pelea contra un secador industrial y esa cara de haber pasado por una experiencia vital transformadora?

—He dormido poco —respondí, abriendo el armario de las tazas—. Y tengo hambre. Y frío. Y no estoy para tus dramatismos.

—Qué casualidad, yo sí estoy para los tuyos. ¿Dónde has dormido?

—En una cama.

—Gala.

—En una cama que no era la mía.

—Gala…

—En una cama donde no he estado sola. ¿Contenta?

Sonrió como una *tiburona* oliendo sangre.

—¿Nombre?

Eché azúcar en el café como si aquello fuera una decisión trascendental.

—Traje azul. Ojos verdes. Bufete enorme. Mano firme para los divorcios.

Silvia casi se atragantó.

—No. No. No. ¿Me estás diciendo que te has acostado con Asier? ¿Con el socio de mi abogado?

—Te estoy diciendo que me he acostado con un adulto funcional con el que me apetecía acostarme —repliqué—. Que además tenga un despacho compartido con tu abogado es un detalle técnico.

Se tapó la boca, pero la sonrisa se le escapaba igual.

—Yo vengo a divorciarme y tú te montas una serie paralela.

—No es romántico —dije, sentándome—. Ha sido una noche.

Me miró en silencio.

—Ajá. ¿Y por qué entonces tienes esa cara?

—¿Qué cara?

—La de alguien a quien algo se le ha ido un poco de las manos.

Bufé.

—Eres insufrible.

—Y tú no sabes mentir cuando te tocan la fibra. ¿Ha estado bien?

—No. Ha estado indecente.

—Lo sabía.

Se recostó en el taburete, me observó un momento más y bajó el tono.

—¿Te has ido sin decirle nada?

Miré el café. Removí.

—No estaba despierto. Y no me apetecía enfrentarme a ese momento incómodo de después.

—Así que has ejecutado una retirada estratégica modo ninja.

—Silvia…

—No te juzgo. Solo observo. ¿Te sientes mal?

La pregunta me dio justo donde dolía.

—No lo sé —admití—. Una parte cree que ha sido lo mejor. Otra, no.

—La otra está pensando en cómo dormía —dijo sin piedad—. Y no, no hace falta que lo niegues.

Aparté la mirada.

—No quiero líos. Bastante tengo con lo mío, con ayudarte a ti, con mi madre encima de mí.

—No es un lío cualquiera —respondió—. Y no te hubieras ido así si solo fuera sexo.

—Ha sido sexo.

—Claro. Y por eso no has mirado el móvil desde que has entrado.

Me mordí el labio.

—No quiero abrir una puerta que no sé a dónde lleva —dije al fin—. Me da miedo acabar como tú con Marcos.

Silvia respiró hondo.

—Lo mío no fue por abrir puertas —dijo—. Fue por no cerrarlas cuando tocaba. No es lo mismo.

Se hizo un silencio pequeño, denso.

—Y además —añadió—, tú no eres yo. Y Asier no es Marcos.

No contesté.

—¿Vas a escribirle? —preguntó.

—No.

—¿Quieres?

La cucharilla quedó suspendida en el aire.

—No lo sé.

—Sí lo sabes. Si ahora mismo él te escribiera, ¿qué sentirías?

Imaginé la pantalla iluminándose. Su nombre. Un mensaje breve.

Tragué.

—Pánico. E ilusión. Y rabia por sentir ambas cosas.

—Pues ahí lo tienes —dijo—. Te ha tocado algo más que el cuerpo.

Suspiré.

—No estoy enamorada.

—Lo sé —sonrió—. Pero te importa. Y eso no cabe en ningún cajón pequeño.

Se levantó, dejó la taza y salió de la cocina.

Me quedé sola con el café frío y la sensación de que acababa de pasarme por encima una excavadora emocional.

Me levanté, miré el móvil en la encimera. Notificaciones. Mensajes de mi madre. Nada más.

Ni rastro de Asier.

No sabía si eso me tranquilizaba o me pinchaba el orgullo.

Abrí su chat. Los dedos suspendidos sobre el teclado.

Podría escribirle.

No lo hice.

Bloqueé la pantalla, me miré al espejo del baño y negué despacio.

—Una noche —me dije—. Solo eso.

Y no, yo tampoco me lo creí.

Capítulo 13

David

Nunca me ha gustado jugar a ser detective. La gente cree que investigar es juntar pistas en una pared con chinchetas y mirar fotos en blanco y negro con cara intensa. La realidad es otra: horas delante de una pantalla, más horas perdidas en el coche, llamadas incómodas, archivos mal escaneados y silencios administrativos que no dicen nada… hasta que dicen demasiado.

Empecé por lo evidente. La carpeta azul. Fechas, sellos, firmas. Un expediente de adopción de los años noventa, cerrado deprisa y con más huecos de los que me gustaban. Lo suficiente para que cualquiera se rindiera; pero no para mí, esa palabra no está en mi diccionario.

La madre biológica figuraba con un nombre común. Demasiado común. Sin segundo apellido. Sin dirección. Solo un número de identificación antiguo y una anotación a bolígrafo en el margen: «contacto imposible». Eso siempre me hace sonreír. En mi idioma significa: no se ha hecho lo que se debía.

Tiré del hilo administrativo; ahí es donde creí que seguro podría conseguir algo. Registro civil, archivos históricos, cambios de padrón. Con todos los datos que pude obtener, los crucé con nacimientos posteriores, con movimientos de domicilio, con matrimonios que no cuadraban por fecha. A veces no buscas a la persona; buscas su sombra. Un rastro indirecto: una hermana, un traslado, una firma donde no debería.

La encontré en un documento de esos que pasan desapercibidos, casi ridículo por lo pequeño. Una solicitud de duplicado de libro de familia, años

después. Mismo nombre. Mismo número antiguo, actualizado. Un cambio de municipio. Y, por primera vez, una dirección.

No canté victoria. Nunca lo hago. Lo que hice fue volver a repasar todo, a confirmarlo. Volví atrás. Crucé con padrones, con un contrato de alquiler antiguo, con una inscripción escolar. Todo encajaba con una precisión incómoda.

La madre biológica de Asier existía. Había existido siempre. Y no estaba tan lejos como alguien había querido creer.

Con toda la documentación que necesitaba sobre la mesa, me tomé un descanso, llevaba horas sin hacerlo. El café que me había hecho estaba ya frío. Pensé en Asier. En su forma de mirar cuando algo no le cuadra. En lo poco que habla cuando algo le importa de verdad.

No soy como Héctor, no empujo ni consuelo ni hago discursos; yo me limito a entregar los datos y dejo que cada cual decida qué hacer con ellos y con lo que significan.

Creé una carpeta e incluí toda la documentación que había conseguido recopilar. Nombre completo. Dirección actual. Un par de fechas relevantes. Nada más. Sin interpretaciones. Sin opiniones. Aunque tenía todo en papel, siempre me gustaba guardar una copia digital de todo.

Antes de llamarlo, miré el reloj. Dudé. No por ética profesional —eso estaba claro—, sino por consideración. Hay informaciones que cambian una vida, y esta tenía pinta de hacerlo.

Busqué su número entre mis contactos, y pulsé llamada.

—Asier —saludé—. No te molesto mucho, solo quería avisarte de que he encontrado algo que podría ayudarte.

Noté cómo su respiración cambiaba.

—¿Qué has encontrado?

—No quiero darte datos fragmentados. Es mejor que te lo cuente todo junto.

—¿Cuándo?

—Mañana por la tarde, si estás disponible.

—Lo estoy.

—Perfecto. Te llamo antes y concretamos. Descansa.

—Gracias, David.

Colgué sin añadir nada más. No hacía falta.

A veces, el trabajo no consiste en descubrir la verdad. Consiste en saber cuándo entregarla.

Y yo acababa de poner una bomba con temporizador en la mesa de alguien que todavía no sabía que estaba a punto de estallar.

Capítulo 14

Asier

Agradecí el silencio que reinaba en mi despacho cuando cerré la puerta tras de mí. No era un silencio incómodo; era el de siempre, el que conocía bien, el que me había acompañado durante años y que normalmente me ayudaba a pensar.

Acababa de salir de una reunión de negociación con una clienta que quería divorciarse de su marido infiel y el abogado de él, un tipo con sonrisa fácil y pocas ganas de complicarse la vida. Dos horas sentados frente a frente, hablando de custodias, de pisos que ya no eran hogares y de fidelidades rotas que, curiosamente, siempre parecían tener un precio. Habíamos avanzado algo —lo justo para no romper la mesa—, pero no lo suficiente como para cerrar nada. Ese tipo de reuniones que te dejan la sensación de haber trabajado mucho y resuelto poco. Normalmente, eso no me afectaba. Aquella tarde, sin embargo, tenía la cabeza en otra parte.

Dejé la chaqueta sobre el respaldo de la silla y aflojé el nudo de la corbata. Miré el reloj: David llegaría en unos minutos. No muchos. Los suficientes como para que mi cabeza empezara a anticiparse a cosas que aún no habían ocurrido.

Golpearon suavemente la puerta.

—Pasa —dije.

Héctor asomó la cabeza, con una carpeta bajo el brazo y ese gesto suyo cuando estaba preocupado.

—¿Ya ha llegado David? —preguntó.

—No, pero estará a punto. Helena me avisará cuando suba.

Asintió despacio.

—Vale. Tengo que terminar un informe, pero no me pierdo esta reunión. —Me miró con atención—. ¿Estás bien?

Era una pregunta sencilla. Aun así, con todo lo que tenía encima, me pesó. Me limité a encogerme de hombros.

—Lo normal.

Héctor arqueó una ceja, estaba claro que no me había creído, pero no insistió porque me conoce.

—Ahora vuelvo —dijo antes de desaparecer por el pasillo.

Me quedé solo otra vez, con el silencio como única compañía. Caminé hasta la ventana y miré hacia la calle, sin ver realmente nada. Pensé en lo irónico que era todo: años dedicándome a ordenar vidas ajenas, a poner estructura donde otros solo veían caos, y ahora la mía estaba igual o peor.

Volví a la mesa y abrí el primer expediente que encontré, más por necesidad de ocupar las manos que por verdadero interés. No leí ni una línea.

La puerta volvió a abrirse, esta vez sin llamar.

—Asier —dijo Helena desde el umbral—. David está abajo, en la recepción. En cuanto suba, te aviso.

—Gracias —respondí sin levantar la vista.

No se fue de inmediato. La noté avanzar un par de pasos, acercarse a la mesa.

—¿Te pillo mal? —preguntó, con ese tono suyo calculadamente informal.

Levanté la mirada. Estaba apoyada en el filo de la mesa, demasiado cerca para ser casual. Llevaba el pelo suelto, maquillaje discreto, impecable como siempre.

—Tengo una reunión importante —contesté—. Pero dime.

Sonrió, ladeando la cabeza.

—Pensaba que, cuando terminaras, podríamos ir a tomar algo.

La frase flotó entre nosotros más tiempo del necesario. No era la primera vez que lo sugería. Tampoco era la primera vez que yo esquivaba la invitación.

—Helena, sabes lo que hay entre nosotros. Nada de citas fuera de la oficina —dije al fin—. Además, no creo que hoy sea el mejor día, para hablar de esto. Tengo la cabeza en otra parte.

Su expresión se tensó apenas un segundo. Lo justo para que yo lo notara.

—Creo que llevamos el suficiente tiempo juntos como para dar un paso más —replicó, con una sonrisa que ya no llegaba a los ojos—. Solo era una copa, Asier.

—Lo sé. —Hice un gesto conciliador—. Otro día lo hablamos.

Asintió despacio. Se irguió, recompuso la postura.

—Claro. Otro día.

Se dio la vuelta y salió del despacho sin mirar atrás. La puerta se cerró con un clic seco, definitivo. No sentí alivio. Tampoco culpa. Solo una vaga certeza de que algo se estaba desplazando de su sitio, aunque todavía no supiera muy bien qué.

Me pasé una mano por la cara y me dejé caer en la silla.

Y entonces, sin permiso, mi mente volvió a ella.

Gala, marchándose de mi casa de puntillas como una ladrona, con los zapatos en la mano. Cruzando el salón como si huir fuera la única opción posible. Sin una nota, sin una palabra, sin siquiera un «me lo he pasado bien» o un «ya hablaremos».

No me había despertado. Y, aun así, la ausencia había sido tan contundente como un portazo.

No me molestó que se fuera. Me molestó no haber tenido la oportunidad de preguntarle por qué. O, quizá, de pedirle que se quedara.

El sonido del teléfono interrumpió el pensamiento.

—Asier —anunció Helena desde recepción—. David ya está subiendo.

—Gracias.

Me incorporé. Respiré hondo. Guardé cualquier resto de Gala en el mismo cajón mental donde había metido demasiadas cosas últimamente.

La puerta se abrió de nuevo y David entró con paso tranquilo, una mochila colgada al hombro.

—Buenas —saludó.

—Pasa —le indiqué—. Siéntate.

Dejó la mochila en el suelo y sacó una carpeta. No dijo nada más. Nunca lo hacía cuando no era necesario.

Unos segundos después, Héctor volvió a aparecer.

—Espero no llegar tarde —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

—Justo a tiempo —respondió David.

Nos sentamos los tres alrededor de la mesa. Durante un instante, nadie habló. David abrió la carpeta con calma, como si estuviera a punto de mostrar los planos de un edificio y no los cimientos de una vida.

—He encontrado a tu madre biológica —dijo al fin, sin rodeos.

No hubo dramatismo. No lo necesitaba.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Noté un leve cambio en la respiración, una presión extra en el pecho. No dije nada. No sabía qué decir en un momento así.

David deslizó un par de documentos hacia mí.

—Nombre completo. Dirección actual. Historial de movimientos. Todo verificado.

Miré el papel. Letras negras sobre blanco. Un nombre que no me decía nada y, al mismo tiempo, lo decía todo.

—Vive aquí —continuó—. No se ha ido nunca muy lejos. No hay indicios de que haya intentado ocultarse activamente, pero sí de que alguien lo hizo por ella en su momento.

Héctor soltó el aire despacio.

—Joder…

—No hay interpretaciones —añadió David—. Solo hechos. Lo que hagas con ellos ya no es cosa mía.

Asentí. Agradecí esa distancia profesional. La necesitaba.

—Gracias —dije—. De verdad.

David cerró la carpeta.

—Si necesitas algo más, me llamas.

Se levantó, estrechó la mano de Héctor y la mía, y salió del despacho con la misma discreción con la que había entrado.

Nos quedamos solos.

Héctor me miró largo rato.

—¿Vas a escribirle? —preguntó.

No respondí de inmediato. Tenía el papel delante. El nombre. La dirección. Una posibilidad real, tangible, de abrir una puerta que había permanecido cerrada toda mi vida.

—No lo sé —admití.

Héctor apoyó los codos en la mesa.

—Pues yo sí lo sé. —Me sostuvo la mirada—. Si no lo haces, esto no se va a ir. Se va a quedar aquí. —Se señaló el pecho—. Y te va a pasar factura.

Guardé silencio.

—No tienes que perdonar nada. Ni entender nada. —Hizo una pausa—. Pero tienes derecho a preguntar.

Asentí despacio.

—Quédate —le pedí.

—Claro.

Estuvimos un rato más charlando. Como siempre que tenía algún problema, Héctor dejaba a un lado su parte irónica y se ponía en modo «abogado serio y responsable», como él decía, escuchándome y dándome buenos consejos. Cuando se fue, me quedé mirando la hoja en blanco que había sacado del cajón. El bolígrafo entre mis dedos, dando golpecitos con él a la mesa.

No sabía qué iba a escribir. Solo sabía que, por primera vez, no tenía sentido seguir aplazándolo.

Doblé el papel con cuidado cuando terminé.

Aún no sabía si la enviaría ese mismo día.

Pero ya no había marcha atrás.

Capítulo 15

Madre biológica de Asier

Venía de hacer la compra. Era viernes, el día que aprovechaba para ir al mercado. Me gustaba el ambiente de barrio que se respiraba allí, hablar con unos y otros mientras hacías cola, escoger el producto más fresco: carne, pollo, pescado, fruta. De vuelta a casa, paré un momento en el bar de la esquina para tomarme un café y comprar el boleto de lotería de cada semana. Era el número que se jugaba en el barrio, y hacía años que lo hacía; si tocaba, pillaríamos un pellizquito todos, y eso sería lo más bonito. Vivíamos en un barrio obrero, de gente trabajadora, amable, pero en muchos casos humilde.

Cuando entré en el portal, no sé qué me hizo pararme frente al buzón. Normalmente no había nada interesante: facturas o publicidad. Pero ese día no. Ese día, al abrirlo, me encontré con un único sobre. Blanco. Normal. Sin logotipo, sin membrete, sin nada que llamara la atención. Lo único distinto era mi nombre escrito a mano. Con una letra firme. Cuidada. De las que no se hacen deprisa.

Me quedé mirándolo unos segundos antes de sacarlo. No esperaba ninguna carta. Nadie me escribe cartas. Hoy en día nadie escribe cartas.

Subí a casa con el sobre en la mano, como si pesara más de lo que debía. Dejé el bolso en la silla, encendí la luz del comedor y lo apoyé sobre la mesa. Me quité la chaqueta despacio. Demasiado despacio.

Me hice un café sin ganas. El café es una excusa. Algo que hacer antes de enfrentarte a lo que no quieres.

Cuando volví a sentarme, el sobre seguía ahí. No se había movido. No había explotado. No había desaparecido. Así que lo abrí.

Dentro había varias hojas dobladas. Escritas por una sola cara. A mano.

Respiré hondo antes de empezar a leer.

«*No sé muy bien cómo empezar esta carta. He pensado en escribirla muchas veces y siempre la he dejado a medias. Supongo que porque no existe una forma correcta de decir algo así.*
Mi nombre es Asier.»

Paré un segundo.

Asier.

No me decía nada. Y, al mismo tiempo, me hizo un nudo en el estómago.

Seguí.

«No voy a andarme con rodeos ni fórmulas bonitas, porque no sería honesto. He sabido desde hace poco quién es usted. Durante años no he tenido ninguna información. Ahora sí. Y no escribo para reprochar nada ni para pedir explicaciones.
No me siento con derecho a eso.»

Las letras empezaron a bailar un poco. Me quité las gafas y me las volví a poner, como si el problema fuera la vista.

«He pasado mucho tiempo pensando si debía escribirle o no. Si tenía sentido remover algo que quizá usted dio por cerrado hace décadas. Pero también he pensado que, si no lo hacía, me pasaría el resto de la vida preguntándome qué habría ocurrido si hubiera tenido el valor.»

Tragué saliva.

«No sé qué circunstancias la llevaron a tomar la decisión que tomó. No sé qué edad tenía, ni qué apoyo, ni qué miedo. Y no voy a juzgarla. La vida no es tan sencilla como para dividirla en decisiones buenas o malas.»

Eso me rompió un poco por dentro. Apoyé los codos en la mesa. Seguí leyendo.

«He tenido una buena vida. No perfecta, pero buena. He sido querido. He tenido oportunidades. He tenido una madre que me quiso con todo lo que tenía. Se lo digo para que lo sepa. Para que no piense que su decisión me condenó a nada.»

Las manos me temblaban. Dejé la carta un momento y me levanté. Caminé hasta la ventana, la abrí apenas, aunque no hacía calor.

Volví a sentarme.

«No escribo porque me falte algo. Escribo porque hay preguntas que no desaparecen con los años. Porque llega un momento en el que uno necesita saber de dónde viene para entender quién es.

No espero nada de usted. Ni una explicación, ni un vínculo, ni una respuesta inmediata.

Solo me gustaría verla. Sentarme frente a usted. Saber que es real.»

Las lágrimas empezaron a caer sin que pudiera evitarlas. Silenciosas. De esas que no hacen ruido pero lo empapan todo.

«Si decide no responder, lo entenderé. Si decide no verme, también. Le prometo que respetaré cualquier decisión.

Si, por el contrario, acepta, le propongo un lugar y una hora. Una cafetería. Un sitio neutro. Sin presión.

Gracias por haber leído hasta aquí.

Asier.»

Cuando terminé, me quedé con la hoja entre las manos. No lloraba como en las películas. No había sollozos ni gestos dramáticos. Solo ese dolor sordo, que sube desde el pecho y te deja sin fuerza en las piernas.

Doblé la carta con cuidado. La volví a abrir. La leí otra vez. Más despacio.

Me cubrí la boca con la mano.

—Asier… —susurré.

No sabía qué decir. No sabía qué pensar. No sabía qué sentir.

Había pasado media vida convenciéndome de que aquello estaba enterrado. Bien enterrado. Y ahora alguien había venido con una pala y había removido la tierra sin pedir permiso.

Pensé en el día que salí del hospital. En el frío. En el silencio. En la sensación de estar haciendo algo irreversible sin comprender del todo lo que significaba. Pensé en todo lo que no me permití pensar después.

La carta no acusaba. No exigía. No reclamaba nada. Y en el fondo eso era lo que más dolía.

La dejé sobre la mesa y me apoyé en el respaldo de la silla, mirando al techo.

—¿Y ahora qué? —pregunté en voz alta.

No había respuesta. Miré el calendario colgado en la pared. Busqué la fecha que aparecía en la carta. La marqué con un lápiz, sin pensar. Luego me di cuenta de lo que había hecho. Me quedé mirándola.

No sabía si sería capaz de ir ni si tendría fuerzas para sentarme frente a alguien que llevaba mi sangre. No sabía si aquello me iba a romper del todo o, por el contrario, iba a cerrar algo que llevaba demasiado tiempo abierto.

La carta seguía ahí.

Y por primera vez en muchos años, no pude fingir que no existía.

Capítulo 16

Asier

Habían pasado cuatro días desde que envié la carta y, aun así, seguía sintiendo que la había escrito hacía una hora. Cuatro días que no se parecían a nada: no eran espera, no eran calma, no eran incertidumbre… eran una especie de zumbido constante en la nuca, como cuando tienes fiebre y todo lo cotidiano se vuelve demasiado brillante, demasiado ruidoso, demasiado presente.

Trabajé, sí. Contesté correos, me reuní con clientes y llamé a un juez para pedir un aplazamiento que no me apetecía solicitar. Hice mi vida. O al menos, hice la versión de mi vida que sé hacer cuando tengo la cabeza en otra parte: la eficiente.

Pero, por mucho que intentara arrinconarla en algún cajón de la cabeza, la carta seguía ahí, como un ruido de fondo. Y aunque me negara a admitirlo, empezaba a ponerme nervioso.

No había recibido respuesta. Ni una llamada, ni un correo, ni un mensaje. Nada que confirmara que aquella mujer había leído mi nombre y no había tirado el sobre a la basura con la misma rapidez con la que uno se deshace de la publicidad.

Lo que sí estaba ocurriendo, y eso me tenía completamente descolocado, era que mi vida empezaba a parecerse a un agujero negro donde se colaban cosas que no tocaban. Por ejemplo, Gala.

No habíamos vuelto a hablar desde aquella noche. Ni una llamada. Ni un mensaje. Nada. Al principio me pareció lógico: ella se fue porque quería hacerlo; yo me quedé porque no supe qué decir. Dos decisiones en paralelo, dos maneras distintas de defenderse. La cuestión es que, a medida que pasaban los días, ese silencio no se convirtió en olvido, sino en un peso.

Me sorprendí dos veces mirando el móvil como si fuera a aparecer su nombre por arte de magia y, las dos veces, sentí la misma punzada incómoda: no era reproche, era una mezcla absurda de orgullo herido y algo más íntimo que no tenía ganas de nombrar.

Me repetí que no tenía sentido. Que no había espacio mental para dramas. Que bastante tenía con la carpeta, con David, con mi madre muerta y con el mecanismo entero de mi vida descolocándose a golpes. Y aun así, cada vez que pensaba en «la carta», una parte de mí recordaba también el peso de Gala dormida en mi cama, la forma en la que había cruzado la puerta al amanecer sin dejar rastro, como si la noche no hubiera significado nada.

Esa mañana entré en el despacho con la intención de no pensar en nada que no fuera trabajo. Lo conseguí durante cuarenta y cinco minutos, lo que para mí ya era un récord. Tenía a una clienta sentada frente a mí, una mujer de cuarenta y tantos, pelo recogido, mirada enrojecida y ese gesto fijo que tienen las personas cuando llevan meses tragándose algo que ya no cabe dentro. A su lado estaba su abogada —una colega correcta, eficaz, de las que nunca levantan la voz— y al otro lado, el marido, demasiado bien vestido para la hora que era, con un abogado aún más bien vestido y una sonrisa de «esto lo arreglamos rápido» que me daban ganas de arrancar con una grapadora.

Era una reunión de negociación. Lo más parecido a un alto el fuego: sentar a las partes, poner los papeles encima de la mesa, comprobar hasta dónde llega la vergüenza y a partir de qué punto empieza la codicia. En teoría, se llama reunión para alcanzar un acuerdo. En la práctica, suele ser un combate educado con cláusulas.

Hablamos de custodia, de vivienda, de pensión, de tiempos. Ella pidió estabilidad; él pidió flexibilidad. Ella habló de rutinas; él habló de no dramatizar. En un momento, el hombre soltó una frase sobre «un error» que había cometido, como si su infidelidad fuera una multa de aparcamiento.

Vi cómo a mi clienta se le tensaba la mandíbula, cómo la abogada le rozaba la muñeca para que respirara, y me descubrí pensando —sin querer— en Silvia, en cómo vio a Marcos en aquel portal, en el beso que la destrozó, en lo fácil que es para algunos hombres tratar el daño como si fuera un trámite.

Salimos de aquella reunión con un preacuerdo razonable, de los que no dejan contento a nadie, pero evitan la guerra. Los acompañé a la puerta con la cortesía de siempre y, cuando me quedé solo, tuve que apoyarme un segundo en el borde del escritorio, como si me hubiera faltado el aire. No por el caso. Por mí.

Me apreté el puente de la nariz, miré el reloj y volví a sentarme. Me quedaban dos llamadas y un correo que había estado evitando desde el lunes. Abrí el portátil. Fingí normalidad. Y entonces vibró el móvil.

Lo miré un segundo de más, como si una parte de mí ya supiera lo que era, pero necesitara negarlo por pura supervivencia.

Abrí el mensaje.

Número desconocido: *He leído tu carta. Si todavía quieres verme, hoy puedo. 18:30. Cafetería Amanecer, en la calle San Martín. Allí estaré.*

No había explicaciones. No había «perdón» ni «gracias» ni «no sé qué decir». Solo eso, y fue más que suficiente para que me diera un vuelco el estómago.

Me quedé mirando la pantalla sin parpadear. El despacho siguió igual: la luz entrando por la ventana, el murmullo lejano del pasillo, el olor a café frío. Pero algo dentro de mí cambió de sitio. Como si, durante cuatro días, hubiera estado respirando con un pulmón y, de repente, me hubiera acordado de que tenía dos.

No respondí al instante, no porque no quisiera, sino porque no pude.

Dejé el móvil sobre la mesa, me levanté, fui hasta la ventana y la abrí un palmo. El aire frío me golpeó la cara y, por un segundo, pensé que me iba a aclarar la cabeza. No lo hizo. Lo único que hizo fue recordarme que estaba vivo y que, a pesar de todo, aún podía sentir miedo.

Cuando volví a coger el teléfono, escribí un «de acuerdo» tan escueto que me dio vergüenza. Lo borré. Escribí un «gracias por responder». Lo borré también. Al final mandé algo simple, casi burocrático, como si eso me protegiera:

Asier: *Allí estaré. Gracias.*

En cuanto lo envié, me entraron ganas de vomitar. No por asco, ni por ansiedad, sino por esa reacción visceral que tienes cuando sabes que acabas de tomar una decisión que ya no se puede deshacer.

Salí del despacho y busqué a Héctor.

Lo encontré en su oficina, de pie junto a la mesa, revisando unos papeles con la camisa arremangada hasta los codos y la corbata medio floja, como si llevara toda la mañana a punto de lanzar algo por la ventana. Me miró y al verme, antes de que yo dijera nada, arqueó una ceja.

—Esa cara no es de «he cerrado un acuerdo estupendo», Asier. Esa cara es de «he metido los dedos en un enchufe».

Entré y cerré la puerta detrás de mí. No me senté. No quería darme el lujo de parecer tranquilo.

—Ha respondido.

Héctor dejó los papeles sobre la mesa, despacio, y su expresión cambió. No se puso dramático ni solemne; solo bajó un poco el tono, como hace cuando entiende que, por una vez, no toca bromear.

—¿Hoy?

Asentí.

—A las seis y media.

Me miró unos segundos en silencio. Luego se apoyó en el borde del escritorio, cruzando los brazos.

—¿Vas a ir?

La pregunta era absurda; si no fuera a ir, no habría venido a decírselo. Pero aun así me descubrí dudando un instante, y esa duda me jodió.

—Sí.

Héctor asintió, como si confirmara algo que ya sabía.

—Vale. Entonces vas a hacer dos cosas: comer algo antes, aunque no te apetezca, y respirar. No en plan yoga de Instagram, sino respirar de verdad. Y cuando estés allí, pase lo que pase, no te castigues por cómo reacciones. Esto no es un juicio. Es… tu vida.

Me habría gustado decirle que no tenía derecho a hablarme así. Que yo era el que tenía control. Que yo era el que sabía gestionar. Pero no tenía fuerzas para la mentira.

—No necesito un manual —murmuré.

—Claro que no —respondió, y me señaló con el mentón—. Lo necesitas tanto que hasta me has venido a buscar.

Apreté la mandíbula. No recordaba que hablaba con Héctor, que si alguien me conocía de verdad tras esas capas de seriedad, seguridad y firmeza, era él.

—¿Vienes? —pregunté, sin mirarlo directamente.

—¿Quieres que vaya?

Negué demasiado rápido, y eso lo hizo sonreír. Una sonrisa breve, sin burla.

—No voy a sentarme en la mesa contigo —dijo—. Pero voy a estar cerca. En el mismo barrio. Si sales de allí y necesitas… lo que sea, me llamas. Y si no me llamas, también.

Lo miré. Por un segundo me dieron ganas de decirle gracias. No lo hice. Me limité a asentir.

—Termino un par de cosas y vuelvo a asomarme antes de que te vayas —añadió—. No para controlarte. Para recordarte que sigues siendo tú.

—Eso no me tranquiliza mucho —respondí.

—Pues imagínate a mí —soltó, y esa vez sí dejó asomar un poco su ironía —. Te vi el otro día en la inauguración y pensé: «mira, mi socio, con vida». Y ahora estás aquí, a punto de ir a ver a alguien que no has visto en treinta años. Me está dando una ternura que me dan ganas de demandarte.

Puse los ojos en blanco, pero esa frase consiguió lo que él quería: bajarme un centímetro la presión en el pecho.

Volví a mi despacho con la sensación de que me pesaban los hombros, como si el traje me hubiera quedado dos tallas más pequeño.

Helena llamó a la puerta a media tarde para dejarme un documento. Entró con su profesionalidad habitual, el pelo impecable, el gesto controlado, la voz precisa. Me explicó lo que había que firmar, me señaló una cláusula y esperó.

Yo firmé sin leer la mitad. No estaba orgulloso. Simplemente no estaba aquí. Y Helena lo notó. Siempre lo hace.

—¿Estás bien? —preguntó, con ese tono suyo que suena neutro pero no lo es.

—Sí —mentí.

Ella se quedó con la carpeta en la mano un segundo más de lo necesario. Luego, como si decidiera arriesgar una ficha, añadió:

—Si… te apetece despejarte un poco cuando termines, hoy salgo antes. Podríamos tomar algo. Una copa. O un café, si prefieres seguir fingiendo que eres un ser humano normal.

La miré. Vi en su cara lo que no decía: intención, paciencia, una puerta abierta sin empujar. No era mala persona. Era… insistente. Y en otro momento, quizá, habría sabido manejarlo mejor.

Pero aquel día solo pude sentir una irritación cansada.

—Hoy no puedo, Helena.

No lo dije con mal tono, pero sí firme. Ella me sostuvo la mirada un segundo. Sonrió de manera mínima, como si no quisiera darle importancia a que la acababa de rechazar.

—Claro. Disculpa.

Se giró, salió y cerró la puerta con un cuidado excesivo. No fue un portazo; fue casi peor. Fue decepción bien educada.

Me quedé mirando la madera cerrada y, por un instante, pensé en Gala otra vez: en cómo se había ido de mi casa sin decir una palabra, en cómo había dejado el hueco de su cuerpo marcado en las sábanas y, aun así, había conseguido desaparecer como si nunca hubiera estado allí. Dos mujeres, dos puertas. Dos formas distintas de alejarse.

Miré el reloj. Faltaban cuarenta minutos.

Intenté trabajar, pero fue inútil. Leí el mismo correo varias veces sin enterarme de nada. Al final apagué la pantalla, cogí el abrigo y salí del despacho.

En el coche, todo parecía igual de siempre, pero yo no. Conducía con la sensación incómoda de estar yendo hacia algo que llevaba demasiado tiempo evitando. Aparqué a un par de calles de la cafetería y fui andando. Más despacio de lo normal. No porque no supiera a dónde iba, sino porque una parte de mí esperaba que, si tardaba lo suficiente, aquello dejara de ser real.

El nombre del local estaba en una esquina discreta. Amanecer. Ventanales grandes, luz cálida, gente dentro tomando café como si el mundo no estuviera a punto de partirse en dos. Me quedé al otro lado de la calle unos segundos, fingiendo que miraba el móvil. No estaba mirando nada. Solo intentaba convencer a mi cuerpo de que siguiera obedeciéndome.

Crucé. Empujé la puerta.

El olor a café y a bollería me golpeó con una normalidad aplastante. Había conversaciones, risas bajas, una pareja discutiendo por algo sin importancia. Me quedé quieto junto a la entrada un segundo, escaneando el lugar con la misma precisión con la que busco contradicciones en un testimonio. No era un interrogatorio. Pero mi cabeza lo trataba como si lo fuera.

Y la vi.

No levantó la mirada. Estaba sentada en una mesa al fondo, junto a la ventana, con una taza delante que parecía intacta. Llevaba un abrigo sencillo, el bolso en la silla contigua y, en las manos, varias hojas dobladas. Mi letra. Supe que era mi letra antes de procesar nada más.

La estaba releyendo.

Como si necesitara asegurarse de que no lo había imaginado. Como si esas frases fueran una puerta que no se atrevía a cruzar del todo.

No era una mujer joven ni una imagen difusa del pasado. Era real. Estaba allí, sentada a una mesa, leyendo una carta con las manos apoyadas sobre el papel. Tenía una forma concreta de moverse, de inclinar la cabeza, de ocupar el espacio con naturalidad. Había algo de barrio en ella, en la ropa, en los gestos, en esa mezcla de firmeza y discreción que solo tienen las personas que han pasado por cosas y han aprendido a no llamar la atención. Parecía simplemente una mujer que ha vivido y que ha cargado con lo suyo.

Y ahí, justo ahí, mi cuerpo decidió traicionarme.

Se me secó la boca. Las piernas me pesaron como si llevara plomo en los zapatos. Y, por encima de todo, me entró una certeza irracional: no podía. No todavía. No hoy. No con esa mujer sujetando mi carta como si le quemara en las manos.

Porque escribir una carta era una cosa. Era control. Era distancia. Era poner palabras donde no había respiración enfrente. Pero sentarme a dos metros de ella y ver su cara cuando dijera mi nombre… eso era otra liga. Eso era perder el control por completo.

Me quedé inmóvil. Noté cómo me latía el pulso en la garganta. Noté cómo se me tensaba el estómago igual que antes de un juicio importante, pero esto no tenía reglas. No había margen. No había estrategia.

Ella levantó un poco la carta, como si buscara una frase concreta. Y yo, en lugar de avanzar, di un paso atrás.

Uno. Luego otro. Sin pensar, sin valorar si lo que estaba a punto de hacer era correcto o no. En ese momento no fui abogado, fui un hombre que, de pronto, se vio demasiado pequeño para el agujero que acababa de abrir. Y decidí salir de allí.

La campanilla de la puerta sonó y me pareció un disparo. El aire frío de fuera me golpeó la cara y, durante un segundo, pensé que iba a entrar de nuevo. No lo hice. Me quedé en la acera, respirando como si hubiera corrido. La ciudad siguió funcionando a mi alrededor con indiferencia.

Saqué el móvil con manos temblorosas y eso me jodió una barbaridad. Busqué el nombre de Héctor, pero me quedé mirando la pantalla sin llamar. No sabía qué decir para justificar lo que acababa de hacer. Por mucho que él me hubiera dicho que no pasaba, sí que lo hacía, no me gustaba estar huyendo así. Como un cobarde.

Guardé el teléfono otra vez y me apoyé en la pared como si necesitara algo sólido. Cerré los ojos e intenté tragar, pero lo único que conseguí fue sentir, con una claridad brutal, que había ido hasta allí para buscar respuestas… y había salido corriendo como un crío antes de escuchar la primera.

Por primera vez desde la muerte de mi madre, me dio miedo de verdad lo que me estaba ocurriendo: la sensación de estar perdiendo el control.

Capítulo 17

Asier

Al salir de la cafetería, caminé sin rumbo durante un rato, como si mover las piernas fuera a ordenar algo dentro de mí, ya os aviso de que no funcionó. Así que fui a por el coche y me fui a casa.

Nada más entrar me quité el traje y me puse ropa cómoda. Fui al salón y me serví un vaso de *whisky* casi sin pensarlo. Me senté en el sofá, mirando un punto impreciso de la pared, como si allí fuera a aparecer alguna respuesta.

La casa estaba en silencio. No uno amable, sino de esos que pesan, que no acompañan y te obligan a escucharte demasiado.

Tenía la sensación —incómoda, persistente— de haber hecho algo irreversible sin que nadie, salvo yo, se hubiera dado cuenta. Me llevé el vaso a los labios y le di un trago al *whisky*, me quemó la garganta, pero no me alivió.

Había visto su cara. No de frente, no mirándome, pero la había visto. Y eso había sido suficiente para desmontar toda la valentía que creí tener cuando escribí aquella carta.

Me levanté para servirme otro dedo cuando sonó el timbre.

Me quedé quieto un segundo, con la botella en la mano, como si el sonido no fuera conmigo. Volvió a sonar, esta vez más largo. Suspiré y fui a abrir.

Héctor estaba al otro lado, con el abrigo puesto y esa expresión suya que mezcla preocupación genuina con la certeza de que algo ha ido mal y no sabes cómo contarlo.

—Buenas noches —dijo—. Iba a esperar a que me llamaras… pero como no lo has hecho, he decidido asumir que estabas cometiendo alguna estupidez monumental.

Me aparté para dejarle pasar.

—Pasa.

Entró y miró alrededor con rapidez: el vaso en la mesa, la botella, mi cara.

—Vale —sentenció—. Nivel de desastre: alto, pero aún dentro de los márgenes legales de recuperación. Bien.

Se quitó el abrigo y se sentó en el sillón frente a mí sin pedir permiso, como si aquella casa también fuera un poco suya. Yo volví al sofá y cogí el vaso.

—¿Ha ido mal? —preguntó.

Negué despacio.

—Ni siquiera ha ido.

Alzó una ceja.

—Eso no es una respuesta. Inténtalo otra vez, con alguna frase completa.

Di otro trago, esta vez más largo.

—He entrado. La he visto. Y me he ido.

Héctor me miró unos segundos en silencio. Luego se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—O sea —dijo—, que has cruzado media ciudad, has superado treinta años de silencio, has empujado la puerta… y has salido disparado como si te persiguiera Hacienda.

Apreté la mandíbula.

—No he salido disparado.

—Asier —replicó—, te conozco. Si dices «me he ido», es que has salido corriendo, pero con dignidad jurídica.

No respondí. Él suspiró y se recostó en el sillón.

—Podría decirte que es comprensible, que es normal, que son emociones profundas y toda esa mierda que suena muy bien en los libros —continuó—. Pero no voy a hacerlo.

Lo miré.

—Gracias.

—No te adelantes. —Se incorporó de nuevo—. Te voy a decir otra cosa: eres un cabezota con complejo de control. Y cuando algo se te sale del guion, en vez de improvisar, te largas del escenario.

—No es tan sencillo.

—Nunca lo es —concedió—. Pero tampoco es tan complicado como te empeñas en hacerlo. —Señaló el vaso—. ¿Ese es el segundo o ya vamos por territorio peligroso?

—El segundo.

—Bien. Sigues siendo funcional, eso me tranquiliza.

Me dejé caer contra el respaldo del sofá y cerré los ojos un segundo.

—No he podido —dije, más bajo—. Verla ahí, con la carta en las manos… me ha superado.

Esta vez Héctor no bromeó. Asintió despacio.

—Eso sí lo compro.

Se levantó y fue hasta la cocina. Volvió con un vaso de agua y lo dejó delante de mí.

—Bebe.

—No tengo sed.

—No es una invitación.

Bebí. Luego levanté la vista.

—¿Qué crees que habrá pensado ella? —preguntó.

La pregunta me atravesó sin pedir permiso.

—No lo sé.

—Claro que lo sabes —replicó—. Lo que pasa es que pensar en ello duele más que huir.

No dije nada. El silencio esta vez no pesó tanto.

—No eres así —añadió—. Si lo fueras, ahora mismo estarías tan tranquilo en casa, convencido de que has hecho lo correcto y buscando una serie mala para anestesiarte.

Me pasé la mano por la cara.

—¿Y ahora qué?

Héctor se levantó, cogió el abrigo y se lo puso.

—Ahora nada. Ahora te das una ducha, te metes en la cama y no tomas decisiones importantes hasta mañana. Ni mensajes, ni cartas, ni autoflagelaciones.

—Hablas como si fuera fácil.

—No lo es —dijo, ya en la puerta—. Pero tampoco es el fin del mundo. Has abierto algo que llevaba cerrado treinta años. No puedes pretender atravesarlo todo en una tarde.

Antes de irse, se giró.

—Eso sí —añadió—: si mañana sigues huyendo, entonces sí tendremos una conversación incómoda. Y créeme, tengo talento para hacerte sentir fatal sin subir el tono.

Sonrió de medio lado y salió.

Me quedé solo otra vez. El silencio seguía ahí, pero ya no era el mismo.

Fui a la cocina, dejé el vaso en el fregadero. Entonces, me dirigí a mi habitación. Me desnudé de camino al baño y me metí en la ducha. El agua caliente me golpeó la espalda y cerré los ojos. Intenté no pensar en nada concreto. No lo conseguí. La cafetería volvió, la carta, la silla vacía frente a ella.

Cuando me metí en la cama ya era tarde. Apagué la luz y me quedé mirando al techo, con las manos cruzadas bajo la cabeza.

Y entonces apareció Gala.

Su risa baja. Su manera de mirarme cuando creía que no la veía. El peso de su cuerpo dormido a mi lado, confiado, ajeno a este caos que yo no sabía explicar. Pensé en cómo se había ido aquella mañana, en el silencio posterior, en todo lo que no había dicho.

Me giré de lado y cerré los ojos con fuerza.

De todo lo que me estaba pasando, de todas las preguntas abiertas, de todos los miedos nuevos, lo que más me descolocaba no era haber huido de una mujer sentada en una cafetería.

Era darme cuenta de que, en medio de todo ese desorden, lo que más necesitaba en ese momento era escuchar la voz de Gala.

Y no sabía muy bien por qué eso me daba más miedo que todo lo demás

Capítulo 18

Asier

A la mañana siguiente me desperté sin resaca física, que casi habría sido un alivio. Lo que tenía era otra cosa: una especie de cansancio espeso, como si no hubiera dormido del todo aunque hubiera pasado la noche en la cama.

Me desperté sin que sonase la alarma.

Aun así, no me levanté pensando «tengo que arreglar mi vida». Me levanté pensando «tengo que trabajar», que es lo que pienso siempre cuando no quiero pensar en nada más. Spoiler: tampoco funcionó. Nunca funciona, pero sigo intentándolo.

Me duché, me vestí y salí de casa con la sensación de estar siguiendo una coreografía que me sabía de memoria. El cuerpo haciendo lo de siempre, la cabeza llegando tarde.

El trayecto hasta el despacho fue automático. Semáforos, tráfico, el café de la esquina. Todo igual que cualquier otro día, como si el mundo no se hubiera dado cuenta de que yo iba un poco descolocado por dentro.

Entré en la oficina y, como cada mañana, saludé a Helena. Una vez en mi despacho, me quité la chaqueta, me senté en mi silla y abrí un expediente, leí dos párrafos y me quedé mirando la tercera línea como si estuviera escrita en otro idioma. Cerré el archivo, abrí el correo, contesté uno y dejé tres a medias. Volví al expediente. Nada.

Iba camino de otra mañana improductiva de manual, de esas que no se notan desde fuera, pero te pasan factura por dentro, así que decidí tomarme un descanso. Aunque tenía una cafetera de cápsulas en mi despacho, pensé que sería bueno ir a la sala de descanso, a ver si el paseo hasta allí me servía para despejarme un rato. Cuando salí al pasillo, las vi.

Silvia y Gala estaban sentadas en la sala de espera, una al lado de la otra, inclinadas ligeramente hacia delante, hablando en voz baja. Gala gesticulaba con una mano; Silvia asentía, con ese gesto suyo de «te estoy escuchando, pero también estoy procesando».

Vamos a dejar algo claro: no estaban incómodas. No estaban calladas. No estaban esperando en silencio como dos estatuas. Estaban haciendo exactamente lo que hacen siempre: acompañarse.

Silvia fue la primera en verme.

—Asier —dijo, levantándose medio palmo del asiento—. Buenos días.

—Buenos días —respondí.

Gala levantó la mirada un segundo después. No sonrió, pero tampoco apartó los ojos. Ese punto intermedio suyo que siempre me desarma porque nunca sé si me está cerrando una puerta o dejándola entornada.

—Hola —dijo.

—Hola.

Sí, ya sé. Una conversación brillante, pero dadme un segundo, llevaba el café en la mano, no me lo había tomado todavía.

—Tengo una reunión con Héctor —añadió Silvia—. Está terminando con un cliente.

—Sí —asentí—. Me ha dicho que iba con retraso.

Mentira piadosa. No me había dicho nada. Pero era una frase neutra, útil, de despacho.

Silvia volvió a sentarse. Gala también. Siguieron hablando, esta vez de algo trivial —creo que de una pareja que acababa de pasar por el pasillo discutiendo en susurros—, como si mi aparición no hubiera alterado nada. Y eso, curiosamente, me tranquilizó un poco.

Me apoyé un segundo en el marco de la puerta de mi despacho, dudando. Aquí es donde, si esto fuera una película, yo tendría un monólogo interno brillante y tomaría una decisión impecable. Pero era la vida real, así que respiré hondo, volví sobre mis pasos y dije:

—Gala, cuando terminéis con Héctor… ¿te importaría pasarte un momento por mi despacho?

Intenté que mi tono no fuese dramático ni de reproche. Fue una pregunta limpia. Entonces, Gala levantó la cabeza, me sostuvo la mirada un segundo y luego asintió.

—Vale.

Eso fue todo.

Volví a dirigirme a mi despacho y cerré la puerta. Intenté trabajar otra vez. No avancé gran cosa, pero al menos dejé de fingir que no estaba pasando nada.

Un rato después —no sabría decir cuánto, porque el tiempo se comporta de forma extraña cuando estás esperando sin querer admitirlo— llamaron a la puerta.

—Pasa —dije.

Era Gala.

Entró despacio, sin prisa, como si no quisiera invadir el espacio más de lo necesario. Cerró detrás de ella.

—Dime —dijo.

Me levanté de la silla. No me acerqué demasiado. Tampoco me quedé lejos. Otra vez ese punto intermedio que parece perseguirme.

—No quería robarte mucho tiempo —empecé—. Sé que vienes con Silvia y…

—Está bien —me interrumpió—. Dime.

Asentí.

—Quería decirte una cosa —continué—. O varias, pero voy a intentar no liarme. Si en algún momento hice algo que te descolocó, que te sentó mal o que te dejó en una posición rara… lo siento. No era mi intención.

Gala me miró en silencio, sopesando mis palabras. No me pareció que estuviese a la defensiva, pero tampoco complaciente. Simplemente atenta.

—Yo tampoco manejé bien las cosas —dijo al final—. Me fui porque no sabía quedarme. No porque quisiera desaparecer.

Eso, aunque no lo parezca, fue mucho.

—Estoy en un momento extraño —añadí—. No tengo muy claro casi nada últimamente. Pero sí tengo claro que no me apetecía que esto se quedara en un malentendido.

—A mí tampoco —respondió.

Nos acompañó un silencio, pero no incómodo, sino de procesar nuestras palabras y calcular el siguiente movimiento.

—¿Te parece si hablamos con más calma esta noche? —pregunté—. Sin prisas. Sin despachos de por medio.

Gala dudó apenas un segundo. Muy poco, sí, pero lo justo para darme cuenta.

—Sí —dijo—. Me parece bien.

Solté el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Te escribo luego y quedamos.

—Perfecto —sonrió y no añadió nada más.

Cuando se fue, me quedé solo otra vez en el despacho. Esta vez no intenté volver al expediente. Y no, no sentí que todo estuviera resuelto. Pero por primera vez en días, sentí que no estaba huyendo.

Capítulo 19

Gala

El problema no era el vestido, aunque yo insistiera bastante en fingir que sí. El problema era que llevaba demasiado rato plantada delante del armario, con la puerta abierta y la cabeza funcionando a más revoluciones de las necesarias, como si elegir entre dos trozos de tela fuera a aclarar algo más que qué ponerme para cenar.

Tenía uno negro colgado en la puerta, serio, correcto, de esos que parecen decir «soy una mujer adulta y tengo todo bajo control», y otro *beige*, más sencillo, más mío, que no prometía nada salvo que iba a estar cómoda. Y ahí estaba yo, mirando ambos como si fueran a darme una respuesta que, evidentemente, no estaba en la ropa.

Desde el salón, Silvia decidió intervenir, porque ella no cree en los silencios prolongados cuando sospecha que una está dándole demasiadas vueltas a algo.

—O sales ya de ahí o entro yo y elijo —dijo—. Y luego no quiero dramas.

—Ni se te ocurra —respondí—. Mi armario y yo tenemos una relación complicada, pero es privada.

—Desde fuera parece directamente tóxica —replicó—. Llevas ahí más tiempo que cuando te planteas cortarte el flequillo. Y ya sabemos cómo acaba eso.

Sonreí, porque tenía razón y porque, aunque jamás se lo reconocería en voz alta, ese tipo de comentarios siempre conseguían bajarme un par de revoluciones. Me quité el vestido negro, descolgué el *beige* y me lo puse sin pensarlo más, que suele ser la única manera sensata de decidir algo cuando ya te has pasado de análisis.

Salí del dormitorio dando una vuelta exagerada sobre mí misma.

—A ver —dije—. Ilumíname.

Silvia me miró de arriba abajo, con esa mirada suya que no se queda solo en la ropa.

—Bien —sentenció—. Sigues siendo tú. No vas disfrazada de nada raro, no intentas impresionar a nadie y no pareces una versión forzada de ti misma. Eso, en tu caso, es buena señal.

Me senté para ponerme los zapatos y, sin venir muy a cuento, se me escapó un suspiro.

—Está raro —solté, sin mirarla—. Asier.

Silvia se apoyó en el marco de la puerta, cruzándose de brazos.

—Eso no es nuevo.

—Ya —admití—. Pero ahora no es distancia ni frialdad. Es como si llevara demasiadas cosas en la cabeza y no supiera dónde colocarlas. Y no tengo la sensación de que quiera apartarme… más bien parece que no sabe cómo ponerse él.

Silvia se quedó callada un segundo, observándome con esa cara que pone cuando deja de bromear y empieza a leer entre líneas.

—Vale —dijo—. Pregunta importante: ¿eso te da ganas de salir corriendo o de quedarte?

La pregunta me pilló desprevenida y con el zapato a medio poner.

—De quedarme —dije, sin pensarlo demasiado—. Y eso es lo que me tiene un poco descolocada.

Silvia sonrió, satisfecha, como si ya hubiera llegado a esa conclusión antes que yo.

—Entonces no vayas a la cena a arreglar nada —me dijo—. Ve a estar. Si se pone intenso, lo bajas a tierra. Y si ves que empieza a cerrarse, no empujes. Se te da muy bien hacer eso sin darte cuenta.

Me levanté, cogí el bolso y respiré hondo.

—No quiero un «tenemos que hablar» —avisé—. No me apetece nada ese rollo.

—Perfecto —respondió—. Las conversaciones importantes casi nunca empiezan así. Y las que empiezan así suelen acabar regular.

En ese momento vibró el móvil. Un mensaje de Asier diciendo que ya estaba abajo.

Antes de salir de casa, me acerqué a Silvia para darle un abrazo y un beso. Era mi loquita, la que lograba sacarme mil sonrisas en mis peores días, pero también sabía cómo calmarme cuando yo entraba en bucle.

—Gracias.

—Para eso estoy —contestó—. Y ahora baja antes de que te arrepientas y te pongas otro vestido.

Salí de casa y, mientras bajaba en el ascensor, me di cuenta de que no tenía ese nudo en el estómago que aparece cuando algo te asusta de verdad. No era miedo. Era más bien curiosidad. Expectativa. Algo así.

Al salir del portal me ajusté el abrigo y lo vi enseguida. Asier estaba apoyado en el coche, con el móvil en la mano, fingiendo que miraba algo importante cuando en realidad tenía ese gesto suyo de estar pensando demasiado.

Alzó la vista en cuanto me acerqué y sonrió. No fue una sonrisa espectacular, fue pequeña, sincera, como si le hubiera quitado un poco de peso a la noche solo con verme.

—Hola —dijo—. Estás muy guapa.

—Hola —respondí—. Tú tampoco estás nada mal sin el uniforme de abogado serio.

Me abrió la puerta del copiloto con ese gesto suyo que no es antiguo ni moderno, simplemente suyo. Me senté, dejé el bolso a un lado y noté cómo el cuerpo se me relajaba un poco sin pedir permiso.

Arrancó y durante unos segundos no hablamos. No fue incómodo. Era ese silencio previo a algo que todavía no sabes cómo va a empezar, pero intuyes que no va a ser malo.

—Gracias por venir —dijo al cabo de un momento, sin mirarme, con los ojos puestos en la carretera.

—Gracias a ti por invitarme —contesté—. Aunque confieso que Silvia ha tenido que evitar que me cambiara de vestido tres veces más.

Eso le arrancó una risa breve, auténtica.

—Entonces le debo una —dijo—. A Silvia.

—Siempre le debes algo a Silvia —repliqué—. Es parte del trato.

Siguió conduciendo entre semáforos y luces, sin prisa. Yo miré por la ventanilla un momento y luego volví a mirarlo a él.

No estaba distante ni frío. Estaba cansado, un poco perdido quizá, pero allí. Presente. Y eso, para mí, ya era bastante.

No sabía qué iba a pasar después. Ni siquiera sabía cómo iba a ser la cena. Pero iba. Y esta vez no por inercia, ni por miedo, ni por costumbre.

Iba porque quería ver qué pasaba.

Capítulo 20

Gala

El restaurante no era de esos que te hacen sentir fuera de lugar nada más entrar, y eso ya jugaba a su favor. Luz cálida, mesas bien separadas, gente hablando bajo, sin esa sensación de que todo el mundo está pendiente de ti aunque nadie te conozca. Me quité el abrigo despacio y lo dejé en el respaldo de la silla mientras Asier hacía lo mismo frente a mí.

—Has elegido bien —dije, mirando alrededor—. No parece sitio de «tenemos que hablar».

—Era exactamente la idea —respondió—. Comer bien y no dramatizar. O intentarlo, al menos.

Sonreí. Pedimos vino casi sin comentarlo, como si los dos supiéramos que esa decisión no necesitaba debate. Cuando el camarero se fue, nos quedamos mirándonos unos segundos, ese silencio inicial que siempre es un poco torpe, pero que, curiosamente, no me puso nerviosa.

—¿Sabes qué? —dije al final—. Me alegra que no hayamos empezado esto con un discurso.

Asier ladeó la cabeza.

—Tenía uno preparado —admitió—. Muy serio. Muy estructurado. Muy yo.

—Menos mal que no lo has sacado —respondí—. Me habría dado la risa o ganas de salir corriendo. O las dos cosas a la vez.

Eso sí le hizo reír de verdad, apoyando el antebrazo en la mesa y relajándose un poco hacia delante.

—Vale —dijo—. Entonces hagámoslo a tu manera. ¿Cómo sería?

Me lo pensé un segundo, jugando con la servilleta.

—Mi manera suele empezar con hablar de tonterías —contesté—. Luego, sin darme cuenta, acabo diciendo cosas importantes. Es bastante caótica, pero suele funcionar.

—Confío en el proceso —dijo él—. Últimamente estoy probando cosas nuevas.

Brindamos, y el primer sorbo de vino consiguió justo lo que necesitaba: aflojarme los hombros. Pedimos la comida y, mientras esperábamos, hablamos de cosas intrascendentes. De Silvia, de una anécdota absurda del despacho, de un cliente suyo que había confundido una notificación judicial con publicidad. Nada profundo, pero todo necesario.

Yo lo observaba mientras hablaba. No estaba distante. Tampoco especialmente animado. Estaba cansado, eso era evidente, pero presente. Y eso, para mí, contaba más que cualquier discurso bien armado.

—Vale —dije en un momento dado—. Ahora sí. Dime qué te pasa. Pero versión corta, por favor. No tesis doctoral.

Asier suspiró, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Estoy… raro —dijo—. No es una gran revelación, lo sé. Pero es lo más honesto que puedo decir ahora mismo.

—De eso ya me había dado cuenta —respondí—. Continúa.

—Siento que todo lo que normalmente controlo se me está descolocando —añadió—. Y no me gusta. No porque sea grave, sino porque no sé muy bien

cómo moverme ahí dentro sin romper algo.

Asentí despacio.

—¿Y yo estoy dentro de ese «algo»? —pregunté, sin rodeos.

Me miró directamente. Sin esquivar.

—Sí.

No fue incómodo. Fue claro. Y eso me gustó.

—Vale —dije—. Entonces te cuento yo mi parte. Me fui de tu casa porque me dio miedo quedarme. No porque hicieras nada mal, ni porque no quisiera estar contigo. Me fui porque noté que empezaba a importarme más de lo que tenía previsto.

Asier frunció el ceño levemente.

—Eso no suele ser motivo para irse.

—En mi historial, sí —respondí—. Tengo tendencia a salir corriendo cuando algo deja de ser ligero. Es un talento poco útil, pero muy trabajado.

Eso le sacó una media sonrisa.

—Entonces estamos empatados —dijo—. Tú huyes cuando sientes demasiado. Yo me bloqueo cuando no puedo controlar el contexto.

—Menudo dúo —comenté—. Dinámicos no somos, desde luego.

Llegó la comida y, curiosamente, eso alivió la conversación. Comer siempre me ha parecido una forma maravillosa de recordar que el mundo sigue funcionando aunque tú estés hecha un lío.

—No quiero que esto se convierta en algo denso —añadí mientras partía el pan—. No necesito respuestas cerradas ahora mismo.

—Yo tampoco —admitió—. Pero sí necesitaba que supieras que no estoy jugando a desaparecer.

—Lo sé —dije—. Y yo tampoco.

Nos miramos un segundo más largo de lo normal. No fue intenso. Fue tranquilo. Que, en ese momento, me pareció mucho más valioso.

—¿Sabes qué me gusta de esto? —le dije.

—Sorpréndeme.

—Que no siento que tengamos que impresionarnos —respondí—. No estoy intentando ser la versión brillante de mí misma, ni tú la tuya. Estamos… aquí. Y ya.

Asier bajó la mirada un instante y luego volvió a levantarla.

—Eso es exactamente lo que necesito ahora mismo —dijo—. Algo que no me pida que sea otra cosa.

Terminamos de cenar sin prisas. Hablamos de viajes, de manías absurdas, de cómo él siempre pone la radio demasiado baja en el coche y de cómo yo soy incapaz de decidir qué ver en una plataforma sin perder media hora. Cosas normales. Cosas nuestras, empezando a serlo.

Cuando salimos del restaurante, la noche estaba fresca. Caminamos un poco antes de ir al coche, sin cogernos de la mano, pero tampoco alejándonos. Ese punto intermedio que, por primera vez, no me pareció incómodo.

—Gracias por hoy —dijo él—. Por no salir corriendo.

—Gracias a ti por no ponerte insoportable —respondí—. Ha sido un esfuerzo mutuo.

Se rio.

—Gala…

—¿Sí?

—No sé a dónde va esto —dijo—. Pero me gustaría seguir caminándolo contigo, aunque sea despacio.

Lo miré. Y no sentí vértigo. Sentí algo mucho más sencillo.

—Vale —dije—. Pero te aviso: yo camino despacio, pero me quedo.

Asintió, serio esta vez.

—Eso me basta.

Y por primera vez en mucho tiempo, pensé que quizá no hacía falta tenerlo todo claro para estar exactamente donde quería estar.

Capítulo 21

Asier

Si me hubieran dicho hace un mes que iba a reconocer el paso del tiempo por la cantidad de táperes vacíos en mi nevera, me habría reído en la cara de quien fuera. Ahora, en cambio, abría la puerta, veía dos recipientes apilados y pensaba: *vale, hemos sobrevivido otra semana*.

No os preocupéis, no he empezado a convertirme en un señor que reflexiona sobre el plástico reciclable. Es solo que, cuando llevas unas semanas con la vida medio en orden y medio en un sitio raro, tu cabeza busca señales tontas para confirmar que, por lo menos, no estás cayéndote a pedazos.

Y sí, «unas semanas». Escribo eso y me parece mentira, porque yo sigo sintiendo que todo ocurrió ayer: la noche del Velvet Room, su risa, su forma de mirarme como si no supiera si iba a empujarme o a salvarme; la mañana en la que se fue de mi casa sin decir ni pío; la carta; la cafetería; yo huyendo como un crío. Y aun así, en realidad, habían pasado poco más de tres semanas. Tres semanas en las que, sin hacer ruido y sin pedir permiso, Gala había empezado a estar en mi vida con una naturalidad que me descolocaba y me calmaba a partes iguales: una cena que se alargaba más de la cuenta, mensajes que no buscaban nada pero siempre llegaban en el momento justo, su forma de quedarse, de repetir, de no desaparecer. No sé muy bien en qué punto exacto dejó de ser algo puntual para convertirse en una constante, pero cuando quise darme cuenta, ya estaba ahí.

No, no lo entiendo del todo. Tampoco lo pienso analizar aquí, porque bastante tengo ya con todo lo demás.

Era jueves por la tarde y el despacho tenía ese ambiente de final de día que no ayuda a pensar. Café frío, la impresora sonando de fondo y un expediente abierto delante de mí que llevaba rato sin avanzar. Leía, pero no estaba leyendo. Había intentado leer una cláusula tres veces. La cuarta, me rendí y cerré la carpeta con un golpe seco.

Y ahí, como si el universo tuviera un detector de momentos de debilidad, sonó el golpe familiar en la puerta.

—¿Puedo? —preguntó Héctor sin esperar respuesta, porque Héctor pide permiso por educación, no por convicción.

Entró con dos carpetas bajo el brazo y la corbata aflojada. Tenía esa cara de «he hablado con gente todo el día y sigo vivo» que suele llevar cuando ha tenido varias reuniones seguidas. Dejó las carpetas en la silla y se apoyó en el borde de mi escritorio.

—Vengo a darte buenas noticias —dijo.

—¿Me vas a decir que has decidido jubilarte?

—No. Eso sería una buena noticia para ti, no para mí. —Me señaló con el mentón la carpeta cerrada—. He hablado con el abogado de Marcos. Están

más blandos de lo que parecía. No blandos en plan «vamos a ser amigos», sino blandos en plan «empiezo a ver el precipicio».

Me quedé mirándolo.

—¿Y Silvia?

Héctor puso los ojos en blanco, como si el simple nombre fuera una mezcla de problema y responsabilidad.

—Silvia está… Silvia. Y eso significa que hoy ha llorado cinco minutos, ha insultado a Marcos veinte, y luego me ha preguntado si yo creía en el karma.

—¿Y tú crees?

—Yo creo en el Código Civil y en que Marcos es imbécil. Lo demás me pilla en horario fuera de oficina.

Me habría reído si no me hubiera salido esa sonrisa mínima, de las que me hacen sentir ridículo. Pero salió.

Héctor me miró como quien ve un milagro menor.

—Ajá. Mira quién está aprendiendo a tener expresiones humanas.

—No empieces.

—No he empezado. Solo lo señalo. —Se sentó en la silla frente a mí, estiró las piernas—. Bueno. Resumen: hemos avanzado. No lo suficiente como para cantar victoria, pero sí como para que Silvia deje de decir que va a incendiar la casa con Marcos dentro. Lo cual… siempre es un progreso.

Asentí despacio. Me di cuenta de que, aunque yo no estuviera en el centro del divorcio, lo vivía como una presión de fondo. Silvia no era una clienta. Era *la amiga de Gala*. Y eso en mi cabeza lo convertía en algo más personal de lo que debería.

Héctor se quedó mirándome un segundo, como si notara el hilo de pensamiento.

—Vale —dijo—. Ahora viene la parte en la que yo, como buen amigo y socio, hago una observación innecesaria.

—Siempre es innecesaria.

—Esta no tanto. —Se inclinó un poco hacia delante—. ¿Te das cuenta de que llevamos tres semanas sin verte romper nada?

Lo miré, incrédulo.

—¿Perdón?

—Tres semanas —repitió, contando con los dedos como si fuera un dato jurídico—, sin que te dé un microinfarto por un correo, sin que te encierres en tu despacho como si fuera un búnker, sin que me mires con cara de «no tengo sentimientos» cuando te pregunto si estás bien.

—Sigo mirándote así.

—Sí, pero con menos convicción. —Sonrió—. Y no, no te estoy haciendo terapia. Me da alergia. Solo digo que… —Hizo un gesto vago con la mano— …te veo distinto.

Yo bajé la mirada al escritorio, como si el bolígrafo tuviera algo interesante que contarme.

—Estoy trabajando.

—Claro que estás trabajando. —Se rio por lo bajo—. Si fueras un poco más predecible, te podrían vender por fascículos. Me refiero a *lo otro*.

Le lancé una mirada seca, pero él no se inmutó.

—No sé de qué hablas.

—Sí, sí sabes. —Héctor se levantó y fue hasta la ventana de mi despacho, miró un momento la calle—. A ver, socio, no me voy a poner cursi. Pero es evidente que… —Se giró— …Gala te está haciendo bien.

La forma en que pronunció su nombre tuvo algo raro. No fue burla. Fue un hecho. Y eso me dejó sin respuesta un segundo.

—No es que me esté «haciendo bien» —dije, defendiéndome por puro reflejo—. Es que…

—Es que te está recordando que eres una persona. —Acabó él por mí, sin piedad—. Ya, lo sé. A mí me pasó una vez. Tenía veintitrés años y me duró dos semanas.

—Eres un idiota.

—Y tú estás sonrojándote —señaló—. Lo cual, de nuevo, es un milagro.

Me pasé una mano por la cara, molesto conmigo mismo.

—No estoy sonrojándome.

—Claro. Es una reacción alérgica. A los sentimientos.

Suspiré.

—Hoy vamos a cenar a casa de Gala.

Héctor arqueó una ceja, satisfecho, como si yo acabara de confesar que me había comprado una planta.

—Ah, mira. Cena en casa. Nivel «relación que existe fuera del sexo». Me encanta.

—No digas eso.

—¿Por qué? ¿No es verdad?

No respondí, que suele ser mi manera de admitir cosas sin tener que pronunciar la palabra «sí» en voz alta. Héctor lo interpretó como lo que era.

—Vale —dijo, recogiendo una de las carpetas—. Entonces, vamos a hacer una cosa: tú te comportas como un ser humano normal y yo intento no meterme en lo que no me importa.

—Eso sería nuevo.

—Eso sería heroico —dijo—. Pero no cuela. Silvia ha sido bastante clara y me ha dicho: si no vienes tú, voy a sentir que me estoy colando donde no me toca.

—¿Ha dicho eso tal cual?

—No —admitió—. Ha usado una metáfora. Había una vela, una mesa y una sensación general de «sobra alguien». Yo lo he traducido para tu entendimiento.

Ahí sí me reí, aunque fue corto. Héctor lo vio y chasqueó la lengua.

—Dios, esto es precioso. Te estás ablandando. Qué asco.

—Cállate y trabaja.

—Ya he trabajado. Tú eres el que no has leído ni una cláusula en una hora.

Me quedé quieto, pillado.

—Qué rápido cambias de tema, ¿eh? —se burló, y luego cogió su abrigo —. En fin. Quedamos en la puerta del edificio de las chicas a las ocho. Y no me pongas esa cara: no pienso tocar el coche, no sea que me obligues a firmar un seguro.

—No pienso obligarte a nada.

—Te estás volviendo razonable. Me preocupa.

Salió sin esperar respuesta, como siempre.

Cuando la puerta se cerró, me quedé mirando el expediente abierto. Intenté volver al trabajo, por orgullo, por inercia, por esa manía de querer controlar algo aunque el resto del mundo esté haciendo lo que le da la gana. Pero no avancé.

No estaba en el despacho.

Estaba pensando en Gala. En su casa. En Silvia, apalancada en el sofá como si fuera parte del mobiliario. En Héctor, allí, haciendo de Héctor.

Y, sobre todo, en la idea —pequeña, pero insistente— de que, por primera vez en mucho tiempo, yo estaba construyendo algo en vez de apagar incendios.

A las ocho menos diez, guardé el expediente sin terminar, cogí el abrigo y salí.

El trayecto hasta casa de Gala fue corto. San Sebastián de noche tiene esa mezcla de calma y movimiento que a veces me da ganas de quedarme mirando el mar como un señor mayor, aunque luego lo disimule. Fui conduciendo sin música, por costumbre, y cuando llegué al edificio, vi a Héctor apoyado en la pared con el móvil en la mano.

—¿Has venido andando? —pregunté al bajar.

—He venido con la dignidad. Tú me has quitado el coche con ese tono de «yo conduzco porque soy el responsable».

—No he dicho eso.

—Lo has pensado. Y me ha llegado por telepatía.

Nos encaminamos hacia el portal. Héctor miró hacia arriba y luego a mí.

—¿Estás bien?

La pregunta, en boca de Héctor, siempre suena como «¿vas a hacer alguna estupidez?», pero esa vez tuvo un matiz distinto. No era preocupación por un juicio. Era por mí.

—Estoy —respondí.

—Eso no es una respuesta.

—Estoy mejor —admití, porque no me salía otra cosa.

Héctor asintió despacio, como si con eso le bastara. Y, porque es incapaz de sostener un segundo de emoción sin meter un chiste, añadió:

—Perfecto. Entonces, esta noche solo necesito que no te pongas intenso. Si te pones intenso, Silvia te va a adoptar y eso ya sería una trama demasiado loca.

—Cállate.

—Es por tu bien.

Subimos. Gala abrió casi al momento. Llevaba el pelo recogido a medias, camiseta sencilla y vaqueros. Nada de *cena especial*. Eso era muy ella: hacer como si nada fuera un acontecimiento, aunque por dentro lo estuviera viviendo igual.

—Hola —dijo, sonriendo con esa facilidad suya que siempre me desconcierta.

—Hola —respondí, y me incliné para darle un beso.

Fue un beso normal. Corto. Sencillo. Y, aun así, noté cómo Héctor nos miraba como si estuviera viendo un documental.

—No miréis así —dijo Gala, sin soltarme del todo—. Que os conozco.

—Yo no miro —dijo Héctor—. Yo evalúo.

—Tú molestas —replicó ella.

—También.

Entramos. Y allí estaba Silvia, tirada en el sofá con una manta encima, como si fuera el último superviviente de una guerra doméstica. Tenía el pelo recogido mal, una coleta improvisada, y una copa de vino ya empezada apoyada en la mesa.

—Hombre —dijo al vernos—. El pack completo. Falta el perro y montamos una familia.

—No tientes a Gala —murmuró Héctor—. Es capaz de adoptar hasta un cactus.

—Yo no adopto cactus —protestó Gala, y se giró hacia mí—. ¿Ves? Por esto no se puede invitar a Héctor sin supervisión.

Silvia se incorporó un poco, me miró de arriba abajo con teatralidad.

—Asier, hoy te veo… —hizo una pausa exagerada— …medianamente humano. Me preocupa.

—Vais a provocar que me vaya —dije, sin demasiada convicción.

—No te vas —soltó Silvia—. Traes vino, ¿no?

—Traigo.

—Entonces eres bienvenido.

Gala me quitó la bolsa con naturalidad, como si llevara semanas haciéndolo, y se la llevó a la cocina.

—Estoy haciendo tortilla de patatas —avisó—. Y no, no acepto opiniones. Es mi casa.

—La tortilla es un tema serio —dijo Héctor, siguiéndola—. Yo tengo criterios.

—Tú tienes problemas —le contestó ella.

Me quedé un segundo en el salón con Silvia. Ella me miró como si estuviera a punto de decir una burrada, pero se contuvo, lo cual era nuevo.

—¿Cómo estás? —pregunté.

Silvia se encogió de hombros.

—Estoy viviendo una telenovela sin música de fondo. Muy incómodo.

—Héctor me ha dicho que el abogado de Marcos está más… flexible.

Silvia puso los ojos en blanco.

—Flexible, sí. Flexible como un ladrillo. Pero al menos ahora reconoce que hay consecuencias. Antes iba por la vida como si engañar fuera un *hobby*.

—¿Y tú?

Silvia se quedó callada un segundo, y ahí asomó algo real bajo la broma.

—Yo estoy cansada, Asier. —Se frotó la cara con una mano—. No del juicio, ni del papeleo, ni de Héctor, que eso ya lo doy por hecho. Cansada de que me duela alguien que no se lo merece.

No supe qué decir. Y lo peor es que, cuando no sabes qué decir, lo más sensato es no decir nada. Así que asentí y me senté en el brazo del sofá, cerca pero sin invadir.

—Lo siento —dije, porque era verdad.

Silvia me miró de lado.

—No me digas «lo siento» como si fueras un juez. Dímelo como persona.

—Lo siento, Silvia.

—Vale. —Bebió un sorbo—. Gracias. Y ahora cambia de tema o lloro, y hoy no quiero.

En ese momento, desde la cocina, Gala gritó:

—¡Si alguien toca la tortilla, muere!

—Ya ha empezado —murmuró Silvia, y una sonrisa le cruzó la cara, pequeña pero auténtica—. Gracias a Dios.

Cenamos en la mesa pequeña del salón, apretados, con platos sencillos y un vino que Héctor dijo que «no estaba mal», como si fuera sumiller. Gala se movía de un lado a otro con esa energía suya de controlarlo todo mientras Silvia lanzaba comentarios como puñales con purpurina, y Héctor hacía lo que hace siempre: equilibrar la situación con bromas y, de vez en cuando, con una mirada seria que te recuerda que, por debajo, hay algo que le importa.

—Entonces —dijo Silvia en un momento, pinchando un trozo de tortilla—, ¿cuántas veces más tengo que ver a Marcos para divorciarme oficialmente y renacer como ave fénix?

—Las necesarias —respondió Héctor.

—Eso no es una cifra.

—Porque no eres buena con las cifras.

—Soy buenísima con las cifras. —Silvia lo miró con desafío—. Te puedo decir cuántas veces me ha mentido sin equivocarme.

Héctor se quedó quieto un segundo.

—Vale. Eso sí es un talento.

Gala me miró y levantó las cejas, como diciendo: «¿Ves?». Yo respondí con una media sonrisa. No hacía falta hablar. Ella entiende estas cosas sin que nadie las explique.

La cena fue ligera, dentro de lo que cabe. Hablaron del juicio lo justo: una fecha aproximada, un par de pasos, una estrategia que Héctor no detalló porque Gala es amiga, pero no clienta, y yo no pintaba nada allí salvo como presencia.

Lo que sí noté, durante toda la noche, fue que estuve presente. Sin estar pensando en la carta. Sin estar viendo el buzón. Sin estar oyendo las campanillas de la puerta de una cafetería. Solo allí. En una mesa con tres personas que, por algún motivo, ya formaban parte de mi vida.

Y esa normalidad me dio una mezcla rara de calma y vértigo.

Cuando terminamos, Silvia se levantó con la copa en la mano y anunció:

—Yo me retiro al sofá. Estoy en mi era de manta y resentimiento.

—Esa era ya dura mucho en ti —comentó Gala.

—Calla. —Silvia se dejó caer en el sofá como si fuera su trono—. ¿Hay helado?

—Hay helado —confirmó Gala.

—Perfecto. Esto es terapia.

Héctor empezó a recoger platos con el gesto automático de quien ha pasado suficiente tiempo en esa casa como para no pedir permiso.

—No recojas —protestó Gala—. Eres invitado.

—Soy un invitado que ha visto demasiadas veces tu fregadero para fingir que no existe.

—Eso es un ataque personal.

—Es una constatación.

Yo me quedé en la cocina, apoyado en la encimera, viéndola moverse. Gala tenía esa forma de estar en su casa que me gustaba: sin pose, sin tensión. Y, cuando se giró hacia mí, me miró como si supiera exactamente en qué punto estaba mi cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja, para que nadie más lo oyera.

Me reí por lo bajo.

—¿También tú?

—También yo —dijo, y me rozó el brazo con los dedos—. Te conozco un poco ya, ¿sabes?

Ese «un poco ya» me dio un golpe suave en el pecho. Porque sí. Porque era verdad. Porque, aunque no lo dijéramos a lo grande, llevábamos semanas viéndonos, hablándonos, quedándonos, repitiendo. Y eso crea un idioma propio, aunque sea en silencio.

—Estoy… cansado —admití—. Pero no de aquí.

Gala asintió, como si esa frase le bastara.

—Vale —dijo—. Entonces no vamos a hablar de nada que te pese. Hoy solo comemos helado y nos reímos de Silvia.

—Eso sí lo veo posible.

Sonrió, satisfecha, como si hubiera ganado una batalla.

Héctor apareció por la puerta de la cocina con dos cucharas en la mano.

—Vengo a avisaros de que Silvia ya ha declarado el sofá territorio soberano y ha amenazado con denunciar a cualquiera que la haga moverse.

—Perfecto —dijo Gala—. Pues que se quede ahí hasta que se le pase el drama.

—Eso puede tardar.

—Que tarde.

Héctor me miró un segundo, como si quisiera decirme algo sin decirlo, y luego soltó:

—Oye, Asier. Si necesitas… —hizo una pausa, incómodo con su propia frase— …ya sabes.

—Ya sé —respondí.

—Vale. —Carraspeó—. Pues nada. Yo me voy, que como me quede aquí, Silvia me adopta de verdad.

—Buenas noches, señor abogado. —Canturreó Silvia desde el sofá sin levantarse.

Héctor le lanzó una mirada y se puso el abrigo.

Cuando se fue y la puerta se cerró, la casa se quedó más tranquila. Gala fue hacia el salón con el helado, Silvia ya estaba instalada como si fuera su casa, y yo me quedé un momento en el pasillo mirando esa escena.

Os lo digo de verdad: no sé en qué momento pasó, pero, de repente, esa imagen me resultó… familiar. Como si mi cuerpo reconociera algo que mi cabeza todavía no quería nombrar.

Gala me miró desde el salón.

—¿Vienes o te vas a quedar ahí pensando en tus cosas?

—Voy —dije, y entré.

Nos sentamos. Silvia agarrada al bote de helado como si fuera un salvavidas y haciendo comentarios sobre el karma. Gala no podía parar de reír y yo observaba más de lo que hablaba.

Y, en mitad de una tontería —Silvia diciendo que si el karma existiera, Marcos amanecería calvo—, me encontré mirándola a ella, a Gala, con una claridad extraña: me gustaba verla así. Me gustaba estar ahí. Y no me apetecía que esto fuera solo ratos sueltos entre trabajo y caos.

Cuando Silvia se levantó al baño y nos dejó solos un instante, Gala apoyó la cabeza en el respaldo y me miró de lado.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

—Mientes fatal —dijo, divertida.

Suspiré, con una media sonrisa de lado.

—Eso no sé si es bueno o malo… te recuerdo que soy abogado.

—No me refería al resto, para mí es más que evidente cuando me mientes.

Tomé aire.

—Vale. No es nada. Es… —me pasé una mano por la nuca— … que llevo días pensando en algo.

Gala se incorporó un poco, atenta.

—Dime.

Yo dudé un segundo. Y aquí es donde, normalmente, yo me cerraría. Pero estaba cansado de huir, incluso de las cosas buenas.

—Quiero que nos vayamos un fin de semana —solté, directo, sin florituras —. Tú y yo.

Gala parpadeó.

—¿Un fin de semana?

—Sí. —Tragué—. No un «nos vemos el sábado y el domingo cada uno a su casa». Un fin de semana de verdad. Levantarnos juntos. Desayunar. Dar un paseo. Estar. Sin prisas.

Gala me miró en silencio. No con miedo ni huida, sino con sorpresa… y con algo parecido a alivio.

—¿Y eso de dónde sale? —preguntó, pero lo dijo con una sonrisa.

—De que… —me encogí de hombros, incómodo— …me apetece. Y de que estoy harto de vivir todo como si fuera provisional.

Ella se rio bajito.

—Mira quién se pone profundo.

—No me provoques —murmuré.

Gala alargó la mano y me tocó la rodilla, suave.

—Me apetece —dijo.

Me quedé quieto.

—¿Sí?

—Sí —sonrió más—. Pero con una condición.

—Dime.

—Que no lo conviertas en un fin de semana de silencios raros y mirada intensa al horizonte. Quiero comer rico, pasear, reírme… y, si tú estás en modo serio, te ignoraré hasta que vuelvas a la Tierra.

Me salió una risa real, de esas que no controlo.

—Trato hecho.

Silvia volvió del baño y nos miró con sospecha inmediata.

—¿Qué habéis pactado?

—Nada —dijo Gala demasiado rápido.

Silvia entrecerró los ojos.

—Eso significa algo. Pero bueno, ya te lo sonsacaré. —Se acomodó la manta—. Hoy solo quiero helado y justicia divina.

Gala me miró otra vez, como si hubiera quedado algo dicho entre nosotros sin necesidad de hacerlo público. Y yo, por primera vez en días, sentí que el pecho no me apretaba.

No porque todo estuviera resuelto.

Sino porque, al menos por un momento, no estaba solo sosteniendo el peso.

Y eso, aunque no lo parezca, era muchísimo.

Capítulo 22

Gala

Hacer una maleta para un fin de semana debería ser algo sencillo, casi automático, de esos gestos que haces sin pensar porque sabes que no vas a necesitar gran cosa, pero ahí estaba yo, sentada en el borde de la cama, con la maleta abierta delante y la sensación clara de que el problema no era qué llevarme, sino todo lo que ese fin de semana prometía sin decirlo en voz alta.

—No seas dramática —me dije en voz alta—. Es un fin de semana.

Sí. Un fin de semana en un hotel precioso, con vistas al mar, con bañera enorme y con Asier. Detalles menores.

Al final, fui metiendo ropa sin demasiado orden: prendas cómodas, algo un poco más pensado para la noche, un vestido que no sabía si usaría, pero que me apetecía llevar por si acaso, ropa interior cómoda y sexi. Y cuando llegué al neceser pequeño, ese que no siempre viaja conmigo, dudé apenas un segundo antes de abrirlo y meterlo también. No lo pensé demasiado. Nunca he sido de hacer dramas con lo que puede ser divertido, y menos aún cuando el ambiente invitaba a la complicidad más que a la solemnidad.

—Por si acaso —añadí, como si alguien me estuviera escuchando.

Cuando bajé al portal, Asier ya estaba allí, apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos y esa postura suya que parece relajada pero que yo ya sabía leer un poco mejor: estaba tranquilo, sí, pero atento, como si el fin de semana empezara justo en el momento en que yo cruzara la puerta.

—¿Lista? —me preguntó al verme.

—Eso creo —respondí, levantando un poco la maleta—. Si se me ha olvidado algo, improvisamos.

Sonrió, arrancó y nos pusimos en marcha.

El trayecto hasta Getaria fue corto, pero lo suficiente para ir dejando atrás la semana sin necesidad de decirlo explícitamente. Hablamos de cosas triviales, sin peso: una canción que sonaba en la radio, lo poco que le apetecía conducir los viernes por la tarde, mi incapacidad para decidir qué quiero comer hasta que ya estoy sentada a la mesa con la carta delante. No había silencios incómodos, solo ese fluir fácil que aparece cuando no sientes la necesidad de llenar cada espacio.

—Eso no es indecisión —dijo en un momento—, es una estrategia.

—Exacto. —Le di la razón—. Yo nunca me equivoco si elijo tarde.

Llegamos a Getaria y lo primero que noté fue que todo iba más lento. No porque pasara algo especial, sino justo por lo contrario. El sitio no parecía tener prisa por nada, y eso se pegaba rápido. Decidimos aparcar cerca del centro antes de subir al hotel y, al bajar del coche, el olor a mar nos dio de lleno. De ese que no es sutil ni elegante, sino real. Y me gustó.

Caminamos sin rumbo fijo, callejeando, dejándonos llevar por las cuestas suaves, las casas de piedra, los balcones llenos de flores y esa mezcla rara de pueblo pequeño con sitio al que la gente viene a celebrar algo. Yo hablaba más de la cuenta, como siempre que estoy nerviosa y contenta a la vez, señalando detalles absurdos, comentando cualquier cosa que se me pasaba por la cabeza, y él escuchaba con atención tranquila, sin esa prisa mental que suele acompañarlo.

Nos quedamos un rato apoyados en la barandilla del puerto. El mar en calma, el sol cálido, las barcas flotando como si estuvieran en una postal. No tocamos el móvil ni para hacernos fotos. Solo miramos y respiramos.

—¿Helado? —propuse de repente, porque el día lo pedía y porque sí.

Acabamos en Dona Doni casi sin discutirlo. Pedí el sorbete de mango con pimiento Ezpeleta, con la seguridad de quien sabe que está eligiendo bien, y Asier me miró con esa cara suya de desconfianza contenida.

—Confía —le dije—. Esto es una experiencia.

Probó una cucharada y arqueó una ceja.

—Vale —admitió—. No lo habría pedido nunca, pero funciona.

—Siempre funciona —contesté, demasiado satisfecha.

Salimos de la heladería despacio, sin ninguna prisa, con ese punto de felicidad tonta que te deja algo dulce cuando no estás especialmente triste. Caminamos un buen rato más, sin rumbo fijo. Yo iba comentando cualquier tontería que se me ocurría y Asier seguía ahí, presente, sin adelantarse ni quedarse atrás.

Comimos tarde, en un sitio sencillo. Marisco, un txakoli frío, conversaciones suaves y la sensación clara de que el tiempo, por una vez, iba a un ritmo pausado. No hablamos de nada importante, y eso fue lo mejor.

Después, cuando ya el cuerpo pedía otra cosa, subimos al coche para ir al hotel.

El Iturregi apareció casi sin avisar, rodeado de verde, elegante sin resultar recargado. Nada de postureo. Hicimos el *check-in* sin prisa, con Asier respondiendo educado y yo mirando alrededor como buena interiorista. Cuando nos dieron la llave y subimos, tuve esa pequeña punzada tonta de ilusión que me da cuando sé que voy a estar a gusto.

La *suite* era una pasada. Amplia, luminosa, con una terraza que se abría al mar. Me acerqué al ventanal y apoyé las manos en el cristal, respirando hondo.

—Vale —dije—. Esto promete.

Asier se acercó por detrás y me rodeó con los brazos. Su cuerpo, el mar, el silencio. Todo empezaba a bajar de revoluciones. Y todo empezaba a subir por otro lado.

—Promete calma —murmuró.

Mientras yo deshacía la maleta, él entró en el baño sin decir nada, pero dejó la puerta entreabierta. Invitación más clara, imposible.

Me apoyé en el marco con los brazos cruzados.

—¿Te has metido sin mí?

—Pensé que igual querías acabar de colocar tus cosas —contestó, tan tranquilo.

Me quedé unos segundos dudando, fingiendo que lo pensaba.

—Pues no —dije al final—. He decidido que no.

Y ahí que fui. Me desnudé por el camino, sin mucha ceremonia. La camiseta al suelo, el sujetador por ahí, las braguitas volando… Lo justo para que, cuando llegué a la puerta de la mampara, él ya estuviera bajo el agua, con el pelo mojado y esa mirada que me decía que lo había sabido desde el minuto uno.

Entré sin decir nada. Me acerqué a él y el vapor nos tragó a los dos. Su piel mojada, caliente. Le puse las manos en el pecho y él me rodeó la cintura. Su erección era evidente. Estaba duro, tenso, completamente listo.

Nos besamos primero con lentitud, explorándonos bajo el agua como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Después el ritmo cambió. Me empujó suave contra la pared, con las manos en mi culo, besándome el cuello y la clavícula mientras yo lo recorría con las manos sin ninguna inocencia ni disimulo.

Se me escapó un gemido cuando su mano subió hasta uno de mis pechos y me apretó el pezón entre los dedos. Se notaba que sabía lo que hacía. Me arqueé un poco, pidiéndole más, y él respondió. Todo él estaba diciéndome que no aguantaba mucho más. Cuando le acaricié el pene, suave, bajo el agua, tembló contra mí. Estaba al límite.

Me dio la vuelta con cuidado, me pegó contra la pared mojada y se apoyó detrás de mí. Una mano me agarró del pecho, la otra bajó por mi vientre hasta rozarme justo donde lo necesitaba. Me mojó entera, tocándome lento. Yo no podía contener los jadeos.

—¿Puedo? —susurró en mi oído.

—Haz lo que quieras —dije, sin pensar.

Y lo hizo.

Me penetró con una fuerte estocada. Hasta el fondo. Tuve que agarrarme a la pared con ambas manos para no caerme. Me quedé sin aire. Él también. Se quedó quieto, pegado a mí, con la respiración descontrolada.

Y entonces empezó a moverse.

Lento, profundo, seguro. Me follaba como si no tuviera prisa, pero como si tampoco pudiera parar. Me apretaba el pecho con una mano, con la otra me tocaba el clítoris, marcando el ritmo, y cada vez que empujaba, yo sentía que el cuerpo me vibraba desde dentro.

Me corrí con un gemido ronco que se me escapó de la garganta sin filtro, con los muslos temblando, el corazón en la boca y las piernas a punto de fallarme. Y justo ahí, lo noté tensarse. Me agarró más fuerte, embistió una última vez y se corrió dentro de mí, con un gruñido bajo que me dejó tiritando.

Nos quedamos así. Mojados y exhaustos bajo el agua caliente.

Cuando salimos, nos secamos el uno al otro, riéndonos a medias, torpes y cómodos. La cama estaba ahí, enorme, invitando a no hacer planes más allá de tumbarse. Y eso hicimos.

La siesta llegó sola, sin proponérnoslo. Me desperté un rato después con su brazo alrededor de mi cintura y el sonido lejano del mar colándose por la terraza. Me quedé quieta, disfrutando de esa sensación rara de estar exactamente donde quería estar.

—¿Estás despierta? —preguntó, sin abrir los ojos.

—Un poco —respondí—. Lo justo para no querer moverme.

Nos quedamos hablando de nada y de todo, de lo bien que había estado la comida, de lo bonito que era el sitio, de lo raro que se sentía parar sin culpa. Sin conversaciones profundas ni discursos. Solo estar.

Cuando empezó a anochecer, ninguno tenía ganas de vestirse ni de salir.

—¿Pedimos algo al servicio de habitaciones? —propuse.

—Pescado a la brasa —dijo él—. Y otro txakoli. Creo que te ha conquistado.

—Te ha salido una dura competencia —admití—. Es peligroso lo rápido que me adapto a las cosas buenas.

Cenamos en la habitación, sentados en el sofá, descalzos, compartiendo platos y vino, riéndonos de cualquier tontería. Y, sin darnos cuenta, el ambiente volvió a cambiar. No de golpe. Poco a poco. Miradas que duran más, manos que buscan sin pedir permiso.

Cuando la cosa ya estaba claramente en otro punto, me levanté, abrí la maleta y saqué el neceser con toda la intención. Lo dejé sobre la cama como quien suelta un as bajo la manga. Asier lo miró, después me miró a mí, con las cejas levantadas, como si no tuviera del todo claro si iba a salir ganando o perdiendo.

—¿Eso significa que no soy suficiente?

Me reí, despacio, mientras me sentaba a su lado y le apoyaba una mano en el muslo.

—Significa que eres mucho más. Y que esto —dije, abriendo la cremallera con toda la teatralidad del mundo— va a subirnos de nivel.

Saqué primero el Satisfyer, con ese diseño de juguete inofensivo que ya había visto borrar sonrisas de un soplido. Luego, el consolador pequeño. No era de los que asustaban. Solo lo justo para calentar motores.

Asier me miró sin moverse. Pero la respiración le había cambiado. Ese gesto suyo que ya conocía: mandíbula apretada, los ojos fijos, pero la sangre bajándole al sur sin disimulo.

—Los he cargado antes de venir, por si tenías dudas —añadí, muy seria.

—Tú no juegas limpio —repitió, negando con la cabeza.

—Nunca he dicho que lo hiciera.

Me quité la camiseta mientras hablaba. Luego las braguitas. Sin prisas, pero sin pausa. Me subí a la cama y me arrodillé frente a él, completamente desnuda, con los juguetes al alcance de la mano y la mirada fija en su entrepierna. Asier solo llevaba una camiseta y el bóxer. Estaba duro como una piedra. Me mordí el labio.

—Quítatelo todo. No me gusta jugar con envoltorios.

Obedeció. Y una vez fuera la ropa, quedó de rodillas frente a mí, desnudo, con el cuerpo tenso y el glande brillante.

Me tumbé bocarriba, las piernas abiertas, los brazos apoyados tras la cabeza.

—Hoy te toca mirar —le dije—. Por ahora.

Tomé el Satisfyer y lo encendí. El zumbido bajito llenó la habitación. Asier tragó saliva.

Lo apoyé sobre mi clítoris y suspiré. Justo ahí. No necesitaba mucho más. Él no apartaba los ojos. Estaba mudo, hipnotizado. Sus ojos iban de mi cara a mis pechos, a la forma en que se me tensaban los muslos. Cuando empecé a gemir, bajito al principio, noté cómo se le tensaban también a él los músculos del abdomen.

—¿Te gusta mirar? —pregunté, sin abrir los ojos.

—Me está jodiendo la cabeza.

—Eso es que lo estoy haciendo bien.

Moví la muñeca con ritmo, respirando más fuerte. Lo sentía ya, esa presión en aumento, ese nudo en el vientre a punto de estallar. Subí una pierna, me toqué un pecho con la otra mano, tiré suavemente del pezón y, justo cuando el orgasmo me golpeó, lo miré. Él estaba moviendo su mano por todo el largo de su pene, en tensión, apretando el glande cuando llegaba a él.

—No te corras —le advertí, jadeando—. Esto es solo el principio.

Me incorporé, con las piernas todavía temblando, y me puse a cuatro patas en medio de la cama. El consolador estaba ahí. Lo tomé con una mano y lo pasé por mi sexo, empapado. Después, lo llevé a mi trasero y empecé a jugar con la punta, suave, solo para probar. Lo miré por encima del hombro.

—¿Hasta dónde quieres llegar?

Asier no contestó. Se acercó por detrás, se colocó de rodillas tras de mí, y me agarró de las caderas. Sentí su erección rozarme el muslo.

—Todo.

Lo dijo con la voz ronca, rota. Me empujó hacia abajo, pegándome más al colchón. Me acarició el culo, me separó un poco más, y empezó a besarme la espalda baja. Después, bajó. Me lamió entre las piernas, profundo, lento, mientras con un dedo me abría lo justo para jugar también con el consolador. Entró un poco. Lo giró. Yo ya estaba jadeando como si me faltara el aire.

—Joder, Gala…

—Tú sigue —le pedí—. No pares.

Y no paró.

Me sentí tan llena que me ardía todo. Cuando su pene me rozó el sexo, mojado, hinchado, supe que si me penetraba así, sin más, me iba a correr solo con la fricción. Se lo dije. Pero no me escuchó. O no quiso.

Entró de una estocada. Lento, hasta el fondo. Y me corrí otra vez, con el cuerpo convulsionando entre sus manos, el gemido en la garganta, el pecho pegado a las sábanas. Asier empujaba fuerte, con los dedos marcándome la cintura, follándome como si se le fuera la vida. Y en el punto justo, cuando ya no sabía qué era placer y qué era dolor, sacó el consolador y empujó, despacio, dentro de mi culo, mientras seguía embistiéndome y con el pulgar hacía círculos en mi clítoris, sin perder el ritmo.

Fue brutal.

Me sentí al borde de todo. De gritar. De llorar. De perder el conocimiento.

Me corrí otra vez. No sé cuántas iban ya. Él lo hizo justo después, con una sacudida que le hizo temblar. Se dejó caer encima de mí, jadeando como si hubiera corrido una maratón. Los dos empapados y con los músculos agarrotados.

Y una sonrisa en la cara que no se me iba a borrar en días.

—Nivel superado —murmuré.

Él rio, sin aire.

—¿Qué hay en el siguiente?

—Ya lo verás. Esto era solo el modo fácil.

Nos quedamos tumbados tal cual, medio enredados entre las sábanas revueltas, sudados y laxos. Me giré despacio y apoyé la cabeza en su pecho, sin decir nada, solo porque me apetecía estar ahí. Él me rodeó con un brazo, bajó la mano por mi espalda y se quedó quieto, como si ya no necesitáramos más. No hablamos, no hacía falta.

Entre el murmullo lejano del mar y el calor de su piel, noté cómo el sueño me iba arrastrando despacio. Cerré los ojos y respiré hondo.

—Con lo estirado que pareces cuando vas de traje… y lo que sabes hacer con lo que tienes entre las piernas —murmuré, medio dormida.

Asier soltó una carcajada baja.

—Duérmete ya, salvaje.

Y lo hice. Sonriendo. Con la sensación de que, por una noche, lo teníamos todo.

Capítulo 23

Asier

Me desperté antes que ella. No porque tuviera prisa ni porque algo me preocupara, sino porque su respiración tranquila me había tenido despierto sin darme cuenta, atrapado en esa quietud que solo aparece cuando todo está bien. Gala dormía bocarriba, con una pierna doblada y la sábana caída hasta la cintura, el pelo desordenado y los labios entreabiertos. Estaba completamente relajada, tan cómoda en esa cama como si llevara años despertándose ahí.

Y no sé si fue por eso, o por el simple hecho de tenerla así de cerca, pero en cuanto la miré, supe que quería hacerla disfrutar antes incluso de que abriera los ojos.

Me incliné hacia ella y dejé un beso suave en su clavícula. Otro, más lento, en uno de sus pechos, y luego fui bajando, sin prisa, saboreando cada centímetro de piel hasta quedar entre sus muslos. Separé sus labios vaginales y la lamí con lentitud, saboreándola. Mi lengua rodeó su clítoris con toda la intención. Ella se removió, todavía medio dormida, dejando escapar un suspiro bajo, casi un murmullo, y sus caderas se movieron de forma instintiva, buscando sin saber exactamente qué.

Entonces la escuché. Primero un jadeo bajo, luego un susurro, ronco:

—Joder… no pares.

Sonreí sin dejar de moverme. Sus dedos encontraron mi pelo y se enredaron con firmeza. Me apretó hacia ella. Quería más y yo también.

Empecé a acelerar y frenar. A dibujar círculos con la lengua, a lamerla como si lo que tuviera entre las piernas fuera un manjar, y lo era. La sentí tensarse, gemir sin filtro, sus caderas empujando contra mi boca, su espalda despegándose del colchón. Cuando llevé dos dedos dentro de ella, húmeda y abierta, se corrió con fuerza. Le dejé un beso en el pubis, me incorporé y subí por su cuerpo, dejando un reguero de besos. Se le dibujó una sonrisa floja en los labios.

—Buenos días… —murmuró, descolocada, con la voz rasgada.

—Buenos días.

Se giró hacia mí, aún sin fuerza, y deslizó una mano por mi nuca.

—¿Siempre desayunas así?

—Solo cuando lo sirven tan bien —contesté, besándola de nuevo.

Ella rio, ronca, satisfecha, y apoyó la cabeza en mi pecho como si no tuviera ninguna prisa por moverse.

—Pues que sepas que acabas de arruinarme el café para siempre.

—Me sacrifico —susurré, acariciándole el costado.

Nos levantamos y nos dirigimos a la ducha, que no fue del todo rápida porque nos volvimos a dejar llevar por la pasión.

Nos vestimos sin hablar demasiado y salimos del hotel con esa ligereza que solo aparece cuando ya ha pasado algo importante y no hace falta comentarlo.

Desayunamos fuera, en una terraza, con café fuerte y algo dulce. Gala estaba especialmente ligera, haciendo bromas, comentando cualquier cosa que pasaba delante como si el mundo fuera un espectáculo improvisado. Yo la miraba más de lo que hablaba. No porque no tuviera nada que decir, sino porque me resultaba fácil estar así. Cómodo.

No parecía un fin de semana robado. Parecía… normal. Y eso me descolocó más que cualquier intensidad.

Le propuse ir a Zarautz y ella aceptó encantada. No sabía que yo lo tenía planeado con anterioridad porque le tenía una sorpresa preparada. El trayecto fue corto y cómodo, con las ventanillas un poco bajadas y el aire del mar colándose dentro del coche.

Al bajar, lo primero que noté fue el espacio. La playa abierta, el ruido constante de las olas y esa sensación de que allí todo podía estirarse un poco más sin que nadie te mirara raro. Caminamos despacio, sin marcar rumbo, primero paralelos al agua y luego acercándonos a la orilla. Gala se quitó las deportivas casi de inmediato y hundió los pies en la arena húmeda con una mueca de placer exagerada.

—Está fría —dijo—. Muy fría.

La observé avanzar unos pasos delante de mí, con los vaqueros remangados y el pelo moviéndose con el viento. Encajaba ahí sin esfuerzo, como si formase parte del paisaje.

Anduvimos un buen rato sin hablar demasiado. A veces comentaba alguna tontería y otras simplemente caminábamos en silencio. En algún momento, sin darme cuenta, nuestras manos se encontraron. No fue un gesto buscado ni una declaración de nada. Simplemente ocurrió. Y ninguno soltó.

Me sorprendió lo natural que resultaba. No sentí la necesidad de analizarlo ni de preguntarme qué significaba. Estar ahí, con ella, mirando el mar y caminando sin objetivos, me parecía suficiente.

—¿Te das cuenta de que no estamos haciendo nada especial? —dijo de repente, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Sí.

—Y aun así está siendo un planazo.

Sonreí. Tenía razón.

Seguimos caminando hasta que el cuerpo empezó a pedir una pausa. Nos sentamos un rato en un banco, mirando el agua, apoyados el uno contra el otro sin invadir espacio. Me di cuenta de que estaba tranquilo. De verdad. Sin ese ruido de fondo que suelo llevar conmigo incluso en los días buenos.

Cuando finalmente nos levantamos para ir a comer, lo hicimos sin prisa, como si el día estuviera perfectamente colocado y no hiciera falta empujarlo en ninguna dirección.

Había reservado para comer en el restaurante de Karlos Arguiñano. Cuando entramos, Gala se quedó un segundo mirando alrededor, como si estuviera calibrando el sitio con ojos curiosos. Luego se inclinó un poco hacia mí y dijo en voz baja:

—Tengo que confesarte una cosa. Me encanta cómo cocina este hombre. Todo parece tan fácil que, mientras lo veo en la tele, llego a pensar que igual yo también sé cocinar bien.

—Eso es peligroso —respondí—. Genera expectativas irreales.

—Totalmente —sonrió—. Luego entro en mi cocina y la magia desaparece. Pero aquí… aquí todavía me lo creo.

Sonreí feliz al ver cómo ella disfrutaba de todo lo que la rodeaba.

—Te voy a decir una cosa —dijo en voz baja, una vez sentados en la mesa —. Es más guapo al natural que en la tele.

—Eso no se lo digas muy alto —respondí—. Que igual se lo cree.

—Déjale —rio—, se lo ha ganado.

Comimos tranquilos, sin prisa, disfrutando de la comida y del vino, hablando de viajes, de tonterías, de planes vagos que no necesitaban fecha. En algún momento, sin darnos cuenta, nuestras rodillas se tocaron bajo la mesa y ninguno de los dos se apartó.

Volvimos al hotel ya entrada la tarde, con el cuerpo cansado y la cabeza sorprendentemente despejada. Gala se quitó los zapatos nada más entrar y se

dejó caer en el sofá con un suspiro satisfecho, como si hubiera decidido que el día ya había cumplido su función. Yo fui directo al baño y preparé la bañera sin pensarlo demasiado: agua caliente, sales, luz suave. Me apetecía cuidarla. Punto.

—Ven —le dije cuando todo estuvo listo—. Relájate un rato.

Me miró desde el sofá con esa sonrisa suya que siempre parecía esconder algo.

—¿Desde cuándo eres así de romántico?

—Desde hoy —respondí.

Entró en el baño y se desnudó sin prisa, con esa naturalidad que siempre me desarmaba más que cualquier provocación evidente. Se metió en la bañera y se recostó, cerrando los ojos en cuanto el agua la cubrió. Yo la observé un segundo, memorizando la imagen, antes de entrar detrás de ella.

El agua estaba en su punto. Gala se apoyó en mi pecho y la rodeé con los brazos, dejando las manos sobre su vientre, sin moverme al principio. Solo quería sentirla ahí, contra mí. Su respiración empezó a cambiar, a hacerse más lenta. Entonces dejé que los dedos se movieran, despacio, recorriéndola bajo el agua. Bajé por su cintura, subí hasta sus pechos y me detuve justo el tiempo suficiente para notar cómo reaccionaba.

—Asier… —murmuró, sin abrir los ojos.

Le acaricié los pezones con los pulgares, despacio, sintiendo cómo se endurecían bajo mis dedos. Bajé después, con calma, entre sus piernas, tocándola como sabía que a ella le gustaba. Entonces, se giró para quedar frente a mí sentándose a horcajadas, nuestras bocas se encontraron. Fue un beso lento, profundo, con nuestras lenguas buscándose sin descanso.

Entonces Gala se levantó lo justo para agarrar mi pene con una de sus manos y posicionarlo en su entrada, comenzó a bajar despacio, con una calma que nos dejó a los dos sin aire. Sentí cómo me envolvía por completo y nos quedamos quietos un segundo, respirando hondo, como si el cuerpo necesitara acostumbrarse al momento. Gala apoyó las manos en mis hombros y empezó a

moverse con una cadencia suave, constante, mirándome a los ojos sin apartar la vista un segundo. No había urgencia, solo conexión. Yo la ayudaba a subir y bajar con mis manos en sus caderas.

Hasta que el deseo tomó el control y aceleramos juntos, sin decirlo, como si la necesidad nos hubiera atravesado al mismo tiempo. Sentí cómo su cuerpo se tensaba, cómo me apretaba con las piernas, cómo su respiración se convirtió en un jadeo irregular. Se corrió mirándome con una expresión que no olvidaré nunca. La seguí apenas un instante después, con una sacudida profunda que me dejó sin fuerzas.

Nos quedamos un rato así, juntos, con mi pene dentro de ella, y recuperando la respiración, hasta que el agua empezó a enfriarse. Entonces salimos y nos secamos el uno al otro.

Nos metimos en la cama poco después, completamente desnudos, sintiendo el calor de nuestros cuerpos, y caímos rendidos, sin hablar ni darle vueltas a la cabeza.

El domingo amaneció lento. Desayunamos sin mirar el reloj y volvimos a casa con esa sensación rara de haber vivido algo que no necesitaba explicación.

Ya casi llegando, Gala rompió el silencio.

—Oye… el sábado que viene es el cumpleaños de mi madre —dijo, como quien no quiere darle demasiada importancia—. Si te apetece, nos encantaría que vinieras. Hace un asado que está de muerte.

—Claro —respondí, sin pensarlo—. Me encantaría.

Me miró de lado, con esa media sonrisa que ya empezaba a conocer. Y por primera vez en mucho tiempo, no sentí que estuviera adelantándome a nada. Solo que iba en la dirección correcta.

Capítulo 24

Gala

El día del cumpleaños de mi madre siempre empieza igual. Da igual el año, el número o cómo haya caído la semana: yo voy temprano a su casa y desayunamos juntas. Es un ritual no escrito, una especie de tregua silenciosa antes de que llegue la comida, la gente, las risas forzadas y las fotos. Ese rato es solo nuestro. Café, tostadas, conversación tranquila y la sensación de que, pase lo que pase después, ya hemos cumplido.

Esa mañana, además, tenía la cabeza todavía en otro sitio. En una habitación con vistas al mar, en una bañera demasiado grande, en unas manos que me habían recorrido sin prisa. No nos habíamos visto en toda la semana; el trabajo nos había absorbido como suele hacer cuando todo empieza a encajar demasiado bien. Y aun así, Asier estaba ahí, presente, sin haber estado. Habíamos estado en contacto, con mensajes hasta las tantas y alguna que otra llamada.

Mi madre ya tenía el café puesto cuando llegué. Llevaba la bata de siempre, la que dice que está vieja, pero no se quita nunca, y tenía la radio apagada, cosa rara en ella.

—Has llegado pronto —dijo, mirándome por encima de la taza—. Eso es que estás contenta.

—O que no he dormido mucho —respondí, dándole un beso en la mejilla.

Nos sentamos una frente a la otra, como siempre. Ella empezó a preguntarme por la semana, por el trabajo, por cosas pequeñas. Yo contestaba, pero no con demasiada convicción. No porque no quisiera contarle, sino porque había cosas que ya no podía contar a medias.

—Te brillan los ojos —dijo de repente—. Y no es por el café.

Suspiré y con una sonrisa que se dibujó sola.

—Estoy enamorada, ama.

No lo dije a lo grande. No hubo música ni anuncio solemne. Lo dije como se dicen las verdades que ya no caben dentro. Ella me miró en silencio unos segundos y luego asintió despacio, como si lo supiera desde antes de que yo lo pronunciara.

—Ya era hora —contestó—. Se te nota tranquila. Eso no te pasa a menudo.

Después nos pusimos con la comida. Ella con su asado, yo ayudando en lo que podía, cortando verduras, poniendo platos, entrando y saliendo de la cocina. La tele estaba encendida de fondo, uno de esos programas que no eliges, pero tampoco quitas, donde la gente se reencuentra, se pide perdón, se abraza después de años sin verse.

En la pantalla, una mujer hablaba entre lágrimas de su hijo biológico, de la necesidad de saber, de cerrar algo que llevaba demasiado tiempo abierto.

Mientras colocaba los cubiertos sobre la mesa, pensé —sin dramatismo, sin juicio— en lo complicado que debe de ser querer a alguien sin saber dónde está. En cómo algunas preguntas no desaparecen nunca, solo aprenden a convivir contigo. Fue un pensamiento fugaz, casi distraído, sin más peso del que tenía en ese momento.

Cuando volví a la cocina, mi madre estaba apoyada en la encimera, un poco pálida.

—¿Te encuentras bien? —le dije—. ¿No te estará sentando mal cumplir años?

Se rio, quitándole importancia con un gesto de la mano.

—Será el hambre —contestó—. O los nervios por conocer a mi «yerno».

No le di más vueltas. Terminamos de preparar todo, la mesa quedó puesta, y el olor del asado que estaba en el horno llenaba la casa.

Entonces sonó el timbre.

Sentí ese pequeño vuelco tonto que se siente cuando sabes quién es antes de abrir.

—Yo voy —dije, y fui casi corriendo.

Asier estaba al otro lado, con una sonrisa que se me metió directa bajo la piel. No nos habíamos visto en días y se notaba. Le abracé sin pensar, él me besó como si no hubiera nadie más en el mundo, con calma, con ganas, con ese punto de hogar que me había desarmado desde el fin de semana.

—Hola —dijo, apoyando la frente en la mía.

—Hola —respondí—. Entra.

Cerré la puerta y, todavía agarrándole de la mano, dije en voz alta:

—¡Mamá! Sal, que ha llegado Asier.

Ella apareció desde la cocina, secándose las manos en el delantal.

Y todo se rompió.

Asier levantó la vista, la vio… y se quedó completamente rígido. Los ojos se le abrieron de golpe, como si acabara de reconocer algo imposible.

—No puede ser… —dijo.

Tres palabras. No hubo gritos. No hubo explicación. Solo eso. Y luego salió corriendo.

—¡Asier! —grité, soltándolo tarde—. ¡Espera!

Intenté ir detrás, pero ya estaba bajando las escaleras. Salí al portal. Nada. La calle estaba vacía. Volví a entrar con el corazón en la garganta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre, completamente descolocada—. ¿Quién era ese chico?

No supe qué contestar. No tenía ninguna respuesta que no fuera mentira o pánico.

Cogí el móvil. Le llamé. Le escribí. Otra llamada. Nada.

Mi madre seguía mirándome, preocupada, sin entender nada.

—Gala…

—Luego te explico —dije, con la voz rota—. Lo siento, ama.

Cogí el abrigo y salí de casa sin saber muy bien cómo llegué a la mía. Metí las llaves en la cerradura y en cuanto entré y cerré la puerta tras de mí, me derrumbé. Lloré como hacía años que no lloraba, sin frases completas, sin sentido, con el cuerpo doblado y la cabeza llena de preguntas que no tenían forma.

—No lo entiendo —repetía—. No entiendo nada.

Silvia no preguntó. Me abrazó fuerte, me dejó llorar, me sostuvo.

Y ahí, en ese abrazo, con todo lo que creía tener de repente hecho añicos, terminó el día del cumpleaños de mi madre.

Y empezó algo que todavía no sabía cómo nombrar.

Capítulo 25

Asier

No recuerdo exactamente cómo bajé las escaleras del piso de la madre de Gala, pero sí la sensación de tener que moverme, de no poder quedarme ni un segundo más en aquel espacio que, hasta hacía apenas unos minutos, había sido normal, incluso cálido, y que de repente se había vuelto irrespirable.

Salí a la calle caminando demasiado rápido, con esa forma de avanzar que no es huida abierta, pero tampoco calma, como si el cuerpo hubiera tomado una decisión antes de que la cabeza pudiera alcanzarla. El aire frío me dio de lleno en la cara y, aun así, no conseguí despejarme. Tenía el pecho apretado, la mandíbula rígida y una pregunta dando vueltas sin forma clara, golpeando por dentro con insistencia.

¿Puede ser la vida así de cruel?
¿Puede esperar justo a que bajes la guardia, a que empieces a sentirte bien, para devolverte una bofetada así?

Todo a mi alrededor era normal. Demasiado normal. Coches pasando, una persiana bajando, alguien hablando por el móvil con absoluta tranquilidad. El mundo seguía exactamente igual que cinco minutos antes, como si nada hubiera ocurrido, y esa indiferencia me resultó casi insoportable.

Cerré los ojos un segundo e inspiré hondo, pero el aire no entraba bien. Y entonces volvió la imagen, insistente, superponiéndose a todo lo demás sin pedir permiso.

Esa mujer.

No como una foto antigua ni como un recuerdo borroso al que el tiempo hubiera limado los bordes. Era real. Estaba allí. En una cocina. Con un delantal puesto, las manos ocupadas, los ojos vivos. Con esa cara que nunca había desaparecido del todo, aunque yo hubiera aprendido a no mirarla de frente.

No era una idea ni una posibilidad absurda que pudiera descartar con lógica. Era una presencia tangible. Y había estado allí. En la casa de Gala.

Me detuve en mitad de la acera y apoyé las manos en las rodillas durante un segundo, respirando mal, como si acabara de correr sin saber hacia dónde. La gente pasaba a mi lado sin mirarme, cada uno metido en su propio mundo, ajenos a que para mí algo acababa de romperse de una forma silenciosa pero irreversible.

Seguí andando. Llegué al coche casi por inercia, arranqué y conduje sin rumbo durante un rato, sin música, con la cabeza convertida en un hervidero de imágenes y pensamientos inconexos. No recuerdo el trayecto, pero cuando fui consciente, estaba ya en el aparcamiento de mi edificio.

Al entrar en casa, cerré la puerta con más fuerza de la necesaria. Me quité la chaqueta y la dejé caer en cualquier sitio. Fui directo a la cocina, abrí el mueble casi con rabia y saqué la botella de *whisky*. Un vaso. Serví sin medir y bebí de pie, sin hielo, sin ritual. El primero quemó. El segundo bajó sin resistencia. El tercero ya no tenía sabor.

No estaba bebiendo para disfrutar. Estaba bebiendo para callar algo.

Me dejé caer en el sofá con el vaso aún en la mano y cerré los ojos pensando que solo sería un momento, que necesitaba parar la cabeza aunque fuera a la fuerza. Pero entonces llegaron los pensamientos, atropellándose unos a otros, y Gala apareció en medio de todo: su risa, su forma de moverse por una casa que no era suya, pero como si lo fuera. El fin de semana. El hotel. El cuerpo relajado bajo el agua caliente. La manera en que me miraba cuando pensaba que no la estaba mirando.

Una náusea seca me subió al pecho.

No porque hubiera dejado de quererla.
Justo por lo contrario.

Me pasé una mano por la cara, apoyé los codos en las rodillas y bajé la cabeza. Había una culpa que todavía no tenía nombre, pero pesaba. No era un reproche claro, ni una frase completa que pudiera formular. Era una sensación densa, persistente, como si algo dentro de mí repitiera una y otra vez que no tenía derecho a nada de lo que había sido feliz.

Bebí otro trago.

El cansancio llegó de golpe, sin aviso. No recuerdo en qué momento dejé el vaso en la mesa ni cuándo me tumbé del todo. El cuerpo se rindió antes que la cabeza.

Dormí mal. A trompicones. No eran sueños del todo, sino fragmentos: una voz que no terminaba de entender, una cocina que se parecía demasiado a muchas cocinas, unos ojos mirándome desde un lugar al que no podía volver.

Me desperté sobresaltado, con la boca seca y el pecho apretado. Tardé unos segundos en recordar dónde estaba. En entender que estaba solo. Que la casa estaba en silencio. Que nada se había arreglado mientras dormía.

Me quedé tumbado, mirando el techo, con la certeza incómoda de que algo se había roto de una forma que todavía no sabía cómo explicar. No tenía palabras. No tenía decisiones. Solo esa sensación amarga de haber tocado algo bueno justo antes de que la vida decidiera recordarme que nunca había sido tan sencillo.

Me giré de lado y cerré los ojos otra vez. No para dormir. Solo para no pensar.

Todavía no sabía qué iba a hacer.

Solo sabía que no podía quedarme ahí.

Capítulo 26

Asier

No hice la bolsa con calma. Ni siquiera con criterio.

Metí ropa al azar, sin doblar, sin pensar si la necesitaría o no. Camisetas, un jersey, ropa interior. Todo rápido, torpe, como si quedarme un minuto más en casa pudiera hacer que me arrepintiera.

No había dormido casi nada. El *whisky* me había dejado la cabeza espesa y el cuerpo cansado, pero la decisión estaba clara desde que me desperté: tenía que irme. De allí. De mí. De todo lo que me estaba desbordando.

Conduje sin pensar demasiado en el destino. O quizá sí, pero no quise admitirlo. Cuando vi la señal, no frené.

El hotel. El mismo.

Aparqué con el estómago encogido. El edificio seguía igual: tranquilo, elegante, ajeno a cualquier drama. Entré, hice el *check-in* con educación automática y subí a la habitación como si estuviera repitiendo una escena que no me pertenecía del todo.

Cerré la puerta y me apoyé en ella unos segundos. El silencio era distinto al de mi casa. Más limpio. Más cruel.

Saqué el móvil.

Tenía varios mensajes de Gala. Llamadas perdidas. El nombre brillaba en la pantalla como una acusación muda. No pude abrirlos. No todavía.

Escribí a Héctor antes de que me fallara el pulso.

Asier: *Voy a estar unos días fuera. Necesito ordenar la cabeza. Ya te lo contaré. Perdón.*

Envié el mensaje, apagué el móvil y lo dejé bocabajo sobre la mesa, como si así pudiera apagar el mundo.

Me senté en la cama sin deshacer la bolsa.

Y por primera vez desde que había salido corriendo de aquel piso, me permití pensar lo que llevaba horas esquivando: no había huido de Gala. Había huido de lo que esa mujer había removido en mí, de un pasado que creía enterrado y del miedo brutal de perder lo único bueno que me había pasado en mucho tiempo.

Me tumbé bocarriba, mirando al techo, con la respiración lenta y el pecho apretado. No tenía palabras todavía. Tampoco un plan. Solo la certeza incómoda de que algo se había roto y de que iba a doler antes de poder entenderlo.

Cerré los ojos.

No para dormir.

Solo para no pensar.

✣ ✣ ✣

Gala

El silencio fue lo peor.

No el de la casa, ni el del móvil cuando no vibra. El otro. El que se te mete dentro y empieza a hacer preguntas sin dejarte responder ninguna.

Me desperté tarde, con la cara hinchada y el cuerpo pesado, como si hubiera pasado la noche peleándome con algo invisible. Tardé unos segundos en recordar por qué me dolía todo por dentro, y cuando lo hice, fue como si alguien me empujara de golpe contra la realidad.

Asier no había dado señales de vida.

Miré el móvil. Ninguna llamada. Ningún mensaje. Nada. Volví a mirar, como si el gesto pudiera cambiar el resultado.

Nada.

Le escribí: *¿Estás bien?*

Esperé. Nada.

Le llamé. Saltó el buzón de voz.

El nudo en el estómago empezó a apretar de verdad. No era enfado ni orgullo herido. Era miedo. Porque lo que había pasado no tenía sentido y, cuando algo no tiene sentido, la cabeza se llena de escenarios que no quieres imaginar.

Silvia estaba sentada en el sofá, en chándal, con el café frío entre las manos.

—¿Nada? —preguntó.

Negué.

—Nada.

—Genial. —Bufó—. Sale corriendo como si hubiera visto al demonio y desaparece. Manual del cobarde emocional, capítulo uno.

—Silvia…

—Vale, vale —suspiró—. Me callo. Pero algo gordo ha pasado.

Eso era lo único que tenía claro.

Cogí el móvil y llamé a Héctor. Contestó al tercer tono.

—Buenos días, Gala.

—Buenos días, Héctor. ¿Sabes algo de Asier?

Hubo un silencio breve, tenso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

Se lo conté todo. El cumpleaños. La puerta. La cara de Asier. Su huida.

—No me responde —dije—. A nada.

—A mí tampoco —admitió—. Y eso no es normal.

Se me encogió el pecho.

—Voy para allí —añadió.

Cuando llegó, traía la misma cara de preocupación que yo llevaba por dentro. Escuchó sin interrumpir, serio, tenso, con los brazos cruzados.

—Asier está pasando por algo complicado —dijo al final—. Algo del pasado. Y no tiene que ver contigo.

—Pues ha arrasado igual —saltó Silvia—. Eso también cuenta.

Héctor asintió, cansado.

—Lo sé.

Entonces su móvil vibró.

Lo miró. Leyó. Y levantó la vista despacio.

—Es él.

Sentí el corazón en la garganta.

—¿Qué dice?

Héctor leyó en voz alta:

—Voy a estar unos días fuera. Necesito ordenar la cabeza. Ya te lo contaré. Perdón.

Silvia soltó una carcajada amarga.

—Fantástico. Desaparece «unos días». Muy adulto todo.

Yo no dije nada. Tenía demasiadas cosas dentro como para elegir una sola.

Escribí a Asier con manos temblorosas.

Gala: *No entiendo lo que ha pasado, pero duele. Cuando estés preparado, aquí estaré. No desaparezcas.*

Envié el mensaje y dejé el móvil sobre la mesa.

Silvia me rodeó con los brazos. Esta vez sí lloré. Sin ruido. Sin palabras.
No porque se hubiera ido.

Sino porque, por primera vez desde que lo conocía, no sabía si iba a volver.

Capítulo 27

Asier

Regresé dos semanas después.

No fue una decisión meditada ni algo marcado en el calendario. Simplemente una mañana me desperté con la certeza de que seguir huyendo no estaba aclarando nada, solo alargando una herida que ya no sangraba menos por ignorarla. El hotel había dejado de ser un refugio y se había convertido en un recordatorio constante de todo lo que había pasado allí con Gala, así que hacer la bolsa fue casi un alivio.

La casa me recibió exactamente igual que la había dejado. Demasiado ordenada. Demasiado intacta. Como si el tiempo no hubiera pasado por ella, aunque a mí me hubiera atravesado por completo. Abrí las ventanas, dejé que entrara aire frío y me senté un rato en el sofá sin hacer nada. No estaba cansado del viaje; estaba cansado de mí.

No avisé a nadie al llegar. Ni mensajes, ni llamadas. Solo hice una cosa.

Llamé a Héctor.

Quedamos en mi casa. No podía tener esa conversación en un bar, y tampoco tenía cuerpo para salir. Cuando sonó el timbre, sentí un vuelco absurdo, como si fuera a abrirle a alguien que no debía estar allí. Pero era él. Con su cara de siempre, esa mezcla de ironía y preocupación mal disimulada.

—Ya era hora —dijo al entrar, dejándose caer en el sillón—. Pensé que te habías ido a vivir al monte.

—Casi —respondí—. Pero no me veo criando cabras.

No sonrió. Me miró con atención.

—¿Estás bien?

Negué despacio.

—No. Pero estoy aquí.

Asintió sin decir nada y me siguió a la cocina. Preparé café casi por inercia. Nos sentamos frente a frente y hubo unos segundos de silencio. No incómodo, pero sí cargado. De esos que aparecen cuando sabes que lo que viene después va a pesar.

—Tienes mala cara —dijo al fin—. Y no es solo por el *whisky*.

—No he bebido tanto.

—Eso es lo que me preocupa.

Suspiré. Me pasé una mano por la nuca. Ya no tenía sentido rodear lo inevitable.

—Héctor… lo que pasó ese día no tiene que ver con Gala. Pero la implica de una forma que no sé ni cómo decir en voz alta.

Se inclinó un poco hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Empieza por el principio. Y esta vez no te guardes nada.

Respiré hondo.

—¿Recuerdas el día que quedé con mi madre biológica en la cafetería? —dije al fin.

Héctor asintió despacio.

—Claro. El día que te ofrecí acompañarte y decidiste ir solo.

—Te conté que ella estaba allí. Que yo la vi. Que ella no me vio a mí.

—Sí.

Tragué saliva antes de seguir.

—Pues la volví a ver.

Héctor frunció el ceño.

—¿Cómo que la volviste a ver?

—En casa de Gala. El día del cumpleaños de su madre.

El silencio cayó de golpe.

—Asier… —Empezó, pero no terminó la frase.

—Mi madre biológica —seguí, sin darle margen— y la madre de Gala son la misma persona.

Héctor se quedó quieto. Esta vez no reaccionó enseguida.

—¿Estás seguro? —preguntó al fin, con la voz baja.

—No estaría diciendo esto si no lo estuviera.

—¿Y Gala?

—No lo sabe. —Me llevé una mano a la cara—. Y no puede saberlo. No puedo mirarla sin sentir que estoy cruzando una línea que no debería existir.

—Asier… que dos personas compartan madre no significa automáticamente…

—No necesito una explicación genética —le corté—. Necesito no volver a verla sin sentir que estoy haciendo algo que no debería.

Héctor se recostó en el sillón, pasándose una mano por la cara.

—Así que decides desaparecer.

—Decido apartarme.

—Para ella es lo mismo.

Asentí. Esa era la parte que más dolía.

—Necesito que no se lo digas a nadie —añadí—. Ni a Silvia. Ni a Gala. A nadie.

Me miró con seriedad.

—Si ahora has vuelto, Silvia no va a creer que no sepa nada. Y si me pregunta…

—No te estoy pidiendo que mientas —dije—. Solo que no cuentes esto. Es mío. —Le sostuve la mirada—. Sé que te pongo en una posición de mierda. Pero te lo pido.

Guardó silencio unos segundos.

—Esto me puede traer problemas con Silvia —admitió—. Y no pocos.

—Lo sé.

—Y aun así…

—Aun así te lo pido.

Suspiró hondo.

—Vale. —Cedió al fin—. No diré nada. Ni aunque no esté de acuerdo contigo. Pero esto no puede durar siempre.

—No lo hará. Solo… dame tiempo.

—El tiempo no sirve de nada si no haces algo con él.

—Lo sé.

Hablamos un rato más de cosas prácticas: el juicio que se acercaba, el trabajo pendiente, cómo organizar las semanas siguientes. Le dije que, de momento, no volvería al despacho. Trabajaría desde casa. No tenía fuerzas para dar explicaciones que no podía dar. Y lo entendió.

Cuando se fue, la casa volvió a quedarse en silencio. Pero ya no era el mismo. Algo había sido dicho. Algo había sido nombrado.

Dos días después, Helena llamó.

—Necesito que firmes unos documentos —dijo—. Son urgentes. No pueden esperar.

—Tráelos —respondí—. Estoy en casa.

No tardó mucho en llegar. Demasiado arreglada para una visita laboral, pensé cuando abrió la puerta. Llevaba el pelo suelto, un abrigo claro y esa seguridad ensayada que siempre había tenido conmigo.

—Vaya —comentó al entrar—. Nunca pensé que acabaría entrando en tu casa.

—Has venido por trabajo —le recordé.

La llevé al cuarto que hacía de despacho. Sacó los papeles y empezó a explicarlos con eficacia impecable. Firmé sin hacer demasiadas preguntas. Cuando terminó, no se levantó de inmediato.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo.

—Gracias.

—No tienes buena cara.

—No es un buen momento.

Sonrió de lado.

—Puedo ayudar a que lo sea un poco menos.

Ahí estaba. Sin rodeos.

—Helena —dije, con calma—. No.

—No he dicho nada.

—Lo has dicho todo.

Me sostuvo la mirada, buscando algo que no iba a encontrar.

—Pensé que…

—Nuestra relación ha sido lo que ha sido —la interrumpí—. Y no va a ser más. No ahora. No nunca.

El silencio que siguió fue tenso, pero breve. Se levantó y recogió su bolso.

—Entendido —dijo, con dignidad forzada—. Avísame si necesitas algo.

—Gracias por traer los documentos.

Cuando se fue, cerré la puerta despacio. Apoyé la frente en la madera un instante y respiré hondo.

Había vuelto. Había hablado. Había puesto límites.

Pero el verdadero problema seguía ahí, intacto, esperando.

Y sabía que, por mucho que me escondiera en casa, tarde o temprano iba a llamar a la puerta.

Capítulo 28

Gala

Cuando llegué, Silvia estaba en la cocina, en chándal, sentada en el taburete alto con el portátil abierto delante. No parecía estar trabajando de verdad. El café llevaba rato servido porque ya no humeaba. Entré sin saludar, dejé el bolso sobre la encimera y me quedé de pie, sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—Buenos días, Silvia. ¿Qué tal te ha ido el día? —dijo ella sin levantar la vista con retintín.

—Buenos días —respondí, más por inercia que por ganas.

Algo en mi voz la hizo alzar la cabeza. Me miró de verdad. Cerró el portátil despacio y se giró hacia mí.

—Vale —dijo—. Esa cara es nueva. Cuéntame qué pasa.

Me apoyé en la encimera, crucé los brazos y solté el aire como si lo llevara reteniendo desde hacía días.

—No me ha bajado la regla.

No reaccionó como esperaba. No abrió los ojos ni se llevó la mano a la boca. Simplemente ladeó la cabeza, observándome con atención.

—¿Cuánto llevas así?

—Una semana larga… casi dos.

—¿Y estás nerviosa?

Solté una risa breve, seca.

—¿En serio me lo preguntas?

Asintió despacio.

—Vale. No ha sido mi mejor pregunta.

Se levantó, fue directa a uno de los cajones y lo abrió con total naturalidad. Sacó una bolsita pequeña de farmacia y la dejó sobre la encimera, delante de mí, como quien deja las llaves al llegar a casa.

—Por si acaso.

La miré.

—¿Eso cuánto tiempo lleva ahí?

—Un par de días.

—A veces me da miedo lo que me conoces.

—Soy tu amiga —dijo—. Y llevas semanas rara.

Me quedé mirando la bolsita. No me temblaban las manos, pero tenía una presión extraña en el pecho, como si algo estuviera a punto de moverse de sitio.

—No sé si quiero saberlo —murmuré—. No me imaginaba que algo así pasaría sin que Asier estuviera a mi lado, emocionado.

Silvia no se anduvo con rodeos.

—Tenemos que salir de dudas. No quiero que dentro de un mes te marees sin saber por qué. Así que vamos a hacerlo como personas adultas.

—Eso ya es pedir demasiado.

—Calla y entra en el baño.

Entré con el test en la mano como quien entra en una habitación que no quiere mirar demasiado. Estaba alterada, con esa sensación de ir por inercia, como si mi cuerpo hubiera tomado decisiones sin consultarme.

Lo dejé sobre el lavabo mientras me lavaba las manos, aunque no lo necesitaba. El agua estaba tibia. Me quedé unos segundos mirándola correr, concentrada en ese gesto mínimo para no pensar en lo otro. En lo que estaba a punto de pasar. En lo que no quería que pasara.

—Es el estrés —me dije en voz baja—. Todo este mes ha sido un puto desastre.

Silvia hablaba desde el salón, algo sobre la compra o una serie que no estaba viendo nadie. Su voz llegaba amortiguada, normal, cotidiana. La vida seguía exactamente igual al otro lado de la puerta.

Cogí el test.

Ni siquiera lo miré de inmediato. Lo dejé bocabajo, como si así pudiera negociar unos segundos más con la realidad. Me senté en el borde de la bañera y respiré hondo. El corazón me iba rápido, pero pensé que era normal. Últimamente todo me aceleraba.

Cuando por fin lo giré, durante un segundo no entendí nada.

Dos rayas.

No eran especialmente intensas, pero estaban ahí. Paralelas. Innegables.

Parpadeé. Volví a mirar. Me incliné hacia delante, como si la distancia pudiera cambiar algo. No cambió.

Sentí primero calor y luego frío. Después, un vacío seco en el estómago que me obligó a apoyar la mano en la pared. No fue pánico inmediato, fue algo más lento, como si el cuerpo hubiera entendido antes que la cabeza.

—No… —murmuré—. No ahora.

Me reí sola. Una risa corta, nerviosa, que no terminó de salir.

Pensé en Asier sin querer. No como recuerdo feliz ni como reproche. Pensé en su ausencia. En su silencio. En la forma en que había desaparecido sin darme una sola explicación, dejándome con preguntas sin respuesta.

Y entonces el pensamiento se formuló entero, sin rodeos:

Estoy embarazada.

No puede que. No y si. Estoy.

Me llevé la mano al vientre por puro instinto, como si allí ya hubiera algo que pudiera notar. No sentí nada, solo una certeza nueva, incómoda, enorme.

Volví a oír la voz de Silvia desde el salón.

—Gala, ¿todo bien?

Miré otra vez el test. Las dos rayas seguían ahí, tranquilas, ajenas al terremoto que acababan de provocar.

—Sí —contesté, sin saber a qué me refería—. Ahora salgo.

Me quedé un minuto más sentada, respirando despacio, intentando ordenar pensamientos que no querían ordenarse. No pensé en decisiones. Ni en futuros. Ni en qué iba a hacer.

Solo pensé una cosa, con una claridad que me dio miedo:

No puedo no decírselo.

Y esa certeza pesó más que las dos rayas.

Abrí la puerta. Silvia estaba apoyada en el marco, mirándome como siempre, con ese cariño firme que no se cae ni en los peores días.

—¿Y bien?

Le tendí el test sin decir nada.

—Joder… —murmuró—. Vale.

—Estoy embarazada.

Decirlo en voz alta fue distinto. Las piernas me flaquearon y fui a sentarme al sofá. Ella vino detrás y se dejó caer a mi lado, sin tocarme todavía.

—Vale —repitió—. Esto es grande, pero no es el fin del mundo.

—No puedo no decírselo —dije casi de inmediato—. No puedo.

—Ya —asintió—. Eso lo sabía antes de que terminaras la frase.

—Aunque no quiera verme.

—Que no quiere.

—Aunque no me responda.

—Que tampoco lo hace.

—Aunque me haya dejado plantada como si no importara nada.

Silvia se giró hacia mí.

—Eso último lo hablamos luego —dijo—. Ahora estamos en otra liga.

Me pasé una mano por la cara, agotada.

—No voy a pedirle nada —dije—. No voy a exigirle nada. Solo… tiene que saberlo.

—Y lo sabrá —afirmó—. Pero no hoy desde el temblor.

—No estoy temblando.

—Estás mezclada —me corrigió—. Y con mezcla no se toman decisiones limpias.

Me callé. Porque tenía razón. Y porque odiaba que la tuviera.

Esa noche escribí su nombre en el móvil varias veces y borré el mensaje todas. No quería decirlo así. No quería soltarlo en una pantalla fría. Necesitaba mirarle a la cara, aunque doliera.

Sabía que había vuelto, así que tomé la decisión de ir al despacho. Me acosté con esa idea rondándome la cabeza, lloré en silencio y, sin darme cuenta, me dormí.

A la mañana siguiente me desperté con la certeza de que sí, que me debía esa visita. Me duché rápido, me vestí sin pensar demasiado. Nada especial. Nada que pareciera un anuncio. Abrigo, bolso, una respiración honda antes de salir.

—¿A dónde vas? —preguntó Silvia desde el sofá.

—Al despacho.

—¿Estás segura?

Negué.

—Pero es lo que me dicta el corazón.

Bajé a la calle con el pulso acelerado. No sabía si él estaría allí. No sabía si me recibiría. No sabía si dolería más verlo o no verlo.

Solo sabía que no podía seguir guardándome eso sola.

Aparqué cerca del edificio. Caminé hasta la puerta. Respiré hondo. Empujé. Y entré.

Capítulo 29

Helena

Siempre he sabido leer a las personas. No es un don extraordinario, es atención. Saber cuándo alguien está cómodo, cuándo está a la defensiva y, sobre todo, cuándo está roto. Y Asier estaba roto desde que había vuelto. No hacía falta que nadie me lo dijera; lo conocía demasiado bien.

Trabajaba desde casa, no cogía llamadas innecesarias y contestaba los correos con una frialdad quirúrgica. Educado. Correcto. Distante. Ese tipo de distancia que no es profesional es personal.

Y ahí es donde entré yo.

La excusa fue perfecta. Siempre lo es cuando tienes un despacho que depende de ti y un socio que necesita firmar documentos urgentes. Nadie sospecha de una secretaria eficiente. Nadie se pregunta si hay algo más cuando una mujer hace bien su trabajo.

Llamé antes de ir, por supuesto. No me convenía cabrearlo, y a Asier las improvisaciones lo ponen nervioso.

—Necesito que firmes unos documentos —le dije—. Son urgentes. No pueden esperar.

Su voz al otro lado sonó cansada, pero firme.

—Tráelos. Estoy en casa.

Sonreí.

Su casa decía mucho de él. Demasiado ordenada, demasiado silenciosa. Ese tipo de orden que no tranquiliza; solo confirma que alguien está intentando controlar lo poco que aún puede. Me recibió correcto, distante, como si yo fuera solo una extensión del despacho. Y aun así, no pude evitar soltarle una pullita.

—Vaya —comenté nada más cruzar la puerta—. Nunca pensé que acabaría entrando en tu casa.

—Has venido por trabajo —me recordó.

Me hizo seguirle hasta la habitación que había habilitado como despacho, me invitó a sentarme y saqué los papeles. Los firmó sin apenas mirarme. No levantó la guardia ni un segundo.

Cuando terminó, no me levanté de inmediato.

—Me alegro de que hayas vuelto —dije, como quien no quiere decir nada importante.

—Gracias.

—No tienes buena cara.

—No es un buen momento.

Ahí estaba la grieta. No en sus palabras, sino en el tono. No se defendió. No negó nada.

—Puedo ayudar a que lo sea un poco menos —añadí, cruzando las piernas con calma.

No reaccionó. Eso me molestó más que un rechazo brusco.

—Helena —dijo al fin—. No.

Directo. Sin crueldad. Sin ambigüedad.

—No he dicho nada —respondí, midiendo cada sílaba.

—Lo has dicho todo.

Me sostuvo la mirada. No había duda. No había juego. Solo un límite claro.

—Pensé que…

—Nuestra relación ha sido lo que ha sido —continuó—. Y no va a ser más. No ahora. No nunca.

Eso dolió. No porque estuviera enamorada de él —nunca lo he estado—, sino porque no me gusta perder terreno. Porque no me gusta que alguien decida que ya no me necesita.

Me levanté, recogí el bolso y sonreí lo justo.

—Entendido —respondí, con el ego tocado—. Avísame si necesitas algo.

—Gracias por traer los documentos.

Salí de su casa con la espalda recta. No estaba humillada, estaba molesta. Y cuando estoy molesta, soy peligrosa.

Dos días después, ella apareció.

Desde mi mesa la vi avanzar por el pasillo. No hacía falta que me dijeran quién era. Hay mujeres que llegan a un sitio como si ya hubieran estado antes. Como si algo allí les perteneciera. Gala era así.

No preguntó por mí. Preguntó por Asier.

—No está —le dije, con la voz más amable que pude fabricar.

La vi tensarse. No era solo decepción. Era urgencia.

—¿Sabes cuándo volverá?

Ahí supe que tenía una decisión que tomar. Y la tomé.

—Estamos bastante liados con los preparativos —dije, con naturalidad—. Últimamente no paramos.

—¿Preparativos?

Hice una pausa calculada. Abrí el cajón y saqué el anillo. No era de compromiso. Nunca lo había sido. Pero brillaba lo suficiente.

—Asier y yo vamos a casarnos.

La vi intentar procesarlo.

No me detuve ahí.

—Y bueno… —añadí, apoyando la mano sobre el escritorio—. También estamos esperando un hijo.

No levanté la voz. No busqué dramatismo. Lo dije como quien da una buena noticia en una oficina.

El golpe fue inmediato.

Primero, incredulidad. Luego, dolor. Después, una tristeza tan profunda que no intentó disimular. No gritó. No preguntó. Solo asintió, como si algo dentro de ella se hubiera roto sin hacer ruido.

—Entiendo —murmuró.

Mentía. No entendía nada. Pero se lo creyó todo.

—Lo siento —añadí—. No era mi intención que te enteraras así.

Era mentira.

La vi marcharse con los ojos brillantes, la espalda rígida y el corazón hecho trizas. Y sí, sentí algo. No culpa. Satisfacción.

No porque quisiera quedarme con Asier, sino porque había ganado. Porque cuando una mujer entra en un despacho buscando amor y sale convencida de

que ha sido una intrusa en una historia ya escrita, el golpe es limpio. Definitivo. No deja espacio para dudas.

Me senté. Ordené unos papeles. Bebí un sorbo de café frío.

Y pensé, sin remordimientos: hay guerras que no se ganan siendo honesta.

Y yo nunca he sido de quedarme al margen.

Capítulo 30

Gala

No recuerdo cómo salí del despacho. Solo sé que crucé la puerta y que el aire de la calle me golpeó la cara. Caminé sin mirar demasiado a dónde iba; todo lo demás quedó envuelto en una especie de niebla espesa, como si el cuerpo se hubiera hecho cargo de sacarme de allí antes de que la cabeza pudiera reaccionar.

Mi mente estaba en bucle, y las palabras no dejaban de repetirse: Helena. El anillo. Y, por encima de todas, una que resonaba con más fuerza que las demás: embarazada, flotando en el aire como una bofetada elegante.

No hice ninguna escena. Nada de gritos ni drama. Solo esa sensación absurda de haber llegado tarde a una historia que, según ella, ya estaba perfectamente escrita.

Me apoyé un momento en la pared del edificio de enfrente y respiré hondo. El estómago se me cerró del todo, como si hubiera decidido no colaborar más con el resto de mi organismo. Pensé en Asier sin querer: en su cara cuando sonreía sin darse cuenta, en la forma en que me miraba cuando creía que yo no lo estaba viendo. Pensé en aquel fin de semana. En la bañera. En todas esas cosas que nos dijimos sin palabras.

Y entonces pensé algo que me dolió más que todo lo demás: No le he importado lo suficiente.

No porque se hubiera ido, sino porque, según lo que acababa de escuchar, se había quedado con otra mientras yo seguía creyendo que lo nuestro era distinto.

Llegué a casa con el piloto automático puesto. Abrí la puerta cogiendo aire y dejé el bolso en cualquier sitio. Silvia seguía en el sofá, con una manta en las piernas y la tele puesta sin sonido.

Me miró.

Y no hizo falta decir nada.

—No —dijo directamente—. No, no, no. Esa cara no. Ven aquí.

Me senté a su lado y fue entonces cuando todo se vino abajo. No lloré bonito ni con frases completas. Lloré con hipo, con el pecho encogido y la respiración a trompicones, como si algo se hubiera descolocado por dentro y ya no encontrara su sitio.

—Es un cabrón —dijo Silvia, sin rodeos, rodeándome con el brazo—. Un cobarde emocional de manual. Nivel avanzado.

—Está con ella —conseguí decir—. Se van a casar. Está embarazada.

Silvia se quedó quieta un segundo.

—¿Perdona?

—Helena, está embarazada. Y me lo ha dicho así, sin más.

Noté cómo se tensaba a mi lado.

—Vale —dijo al cabo de un momento—. Vale. Respiro hondo porque si no, voy ahora mismo al despacho y hago algo que luego no voy a poder explicar en un juicio.

Sonreí sin ganas. Incluso en ese momento, su humor seguía siendo un salvavidas.

—Lo peor —seguí— es que no lo vi venir. Pensaba que… —me encogí de hombros— que lo conocía.

Silvia resopló.

—Eso es lo que más duele siempre. No que se vayan, sino que se lleven consigo una versión tuya que creías sólida.

Nos quedamos en silencio un rato. Yo con la mirada fija en un punto cualquiera del suelo. Ella, jugueteando con el borde de la manta.

—¿Y Héctor? —preguntó al fin—. Porque aquí alguien más sabía cosas.

Ese comentario me dolió de otra manera. Más lenta. Más incómoda.

—No creo que Héctor sea el malo —dije—. Ellos son como hermanos. Si Asier le pidió silencio, Héctor no iba a traicionarlo.

—Me ha traicionado a mí —replicó ella, dolida.

—Lo sé —respondí, mirándola—. Pero no tomes decisiones ahora. El juicio está encima. Y como abogado… es el mejor. Y como persona… —Me detuve—. Dale la oportunidad de explicarse cuando todo esto pase.

Silvia me miró con una mezcla de enfado y ternura.

—Eres increíblemente generosa para alguien a quien acaban de destrozar.

—No es generosidad —dije—. Es cansancio. No quiero perderlo todo a la vez.

Bajé la mirada. Me llevé la mano al vientre sin pensar, un gesto pequeño, casi inconsciente. Silvia lo vio.

—¿Y tú? —preguntó con suavidad—. ¿Qué vas a hacer tú?

Tragué saliva.

—Nada.

—Eso no es una respuesta.

—Sí lo es —respondí—. No voy a decirle nada. Ni a Asier ni a Héctor. A nadie.

Silvia abrió la boca, pero la cerró enseguida. Me dejó terminar.

—No voy a explicarle que va a ser padre a alguien que ha sido capaz de desaparecer así. No voy a suplicar su presencia ni aclaraciones. Mi hijo —dije, pronunciando por primera vez esa palabra— no va a crecer preguntándose por qué su padre decidió no estar.

Silvia me apretó la mano.

—No vas a estar sola.

—Lo sé.

Y era verdad. Pero también sabía que esa decisión me iba a cambiar para siempre.

Esa noche no dormí. O dormí a ratos, sin profundidad, con imágenes que venían y se iban sin permiso. Por la mañana, cuando me levanté, algo dentro de mí estaba distinto. No más fuerte. No más segura. Pero sí más claro.

Me miré al espejo y no vi a una mujer abandonada. Vi a alguien herido, sí, pero todavía en pie.

—Vamos a hacerlo —me dije en voz baja—. A mi manera.

Y por primera vez desde que todo se había roto, sentí algo parecido a una certeza. No felicidad. No calma. Pero sí la convicción firme de que, aunque él no estuviera, yo sí me iba a quedar.

Capítulo 31

Silvia

Si algo he aprendido en los últimos meses es que la vida no se detiene porque una esté hecha polvo. Sigue. A veces incluso con bastante mala leche. También he aprendido que hay silencios que protegen y silencios que hacen daño. Y que no siempre sabes en cuál estás hasta que ya es tarde.

El embarazo de Gala empezó siendo un secreto pequeño, casi doméstico. Entre ella y yo. Sin anuncios, sin planes grandilocuentes. Con náuseas por la mañana, sueño a horas absurdas y esa manera nueva de quedarse quieta de repente, con la mano en la barriga, como si el cuerpo le estuviera hablando en un idioma que todavía no entendía del todo.

Yo la observaba mucho. Más de lo normal. No porque dudara de ella, sino porque sabía que estaba sosteniendo demasiadas cosas a la vez: el trabajo, el abandono, el miedo, la ilusión que no se atrevía a nombrar. Gala siempre ha sido fuerte, pero no de las que hacen ruido. De las que siguen andando aunque por dentro se estén recomponiendo a base de alambre.

Siguió trabajando. Mucho. Como si el movimiento fuera una forma de no quedarse atrapada en la cabeza. Volvió a aceptar proyectos, a visitar obras, a discutir con clientes que pedían «algo moderno pero acogedor» sin saber qué demonios significaba eso. La decoración siempre ha sido su manera de ordenar el mundo. Esta vez no iba a ser distinto.

El cuarto del bebé fue lo primero.

—Así no pienso —me dijo un día, subida a una escalera, pincel en mano —. Si pienso, me hundo.

Y no pensó. Dibujó.

Diseñó ella misma los dibujos de las paredes. Líneas suaves, formas orgánicas, animales medio inventados que parecían sacados de un cuento raro pero bonito. Tonos cálidos, nada estridente. Cuando terminó el mural y se sentó en el suelo a mirarlo, con las piernas cruzadas y la barriga empezando a notarse, me miró y dijo:

—No sé si va a dormir bien aquí, pero yo me quedaría a vivir.

—Normal —le contesté—. Te ha salido un útero con ventanas.

Se rio. De esas risas que empiezan tímidas y acaban siendo de verdad.

Colocó una estantería pequeña con libros infantiles que había ido comprando sin darse cuenta. Un sillón cómodo. Una lámpara de luz suave. En una pared, enmarcó la primera ecografía. Luego la segunda. Luego otra más. Las miraba como quien observa un mapa nuevo: sin saber muy bien a dónde va, pero con curiosidad.

—¿Quieres saber el sexo? —le preguntó la ginecóloga en una de las revisiones.

—Sí —dijo Gala—. No para elegir colores. Para dejar de decir «el bebé» todo el rato.

—Pues… sin ninguna duda es un niño.

Gala me apretó la mano con fuerza. Nos miramos las dos con los ojos llenos de lágrimas y sonriendo como idiotas. Nunca he sentido una emoción tan limpia.

Sandra fue otro punto de inflexión.

Aquel día habíamos quedado en su casa para comer. Gala llevaba días nerviosa, no por el embarazo, sino por contárselo a su madre. No quería

hacerlo de cualquier manera. Nada de sobres ni pruebas envueltas en lazos. Quería decirlo como se dicen las cosas importantes en esa familia: de frente y sin rodeos.

Sandra estaba en la cocina, con el delantal puesto, protestando porque la carne todavía no estaba a su gusto.

—Ama —dijo Gala desde el marco de la puerta—. Siéntate un segundo.

Eso ya fue raro. Sandra se limpió las manos despacio y se sentó frente a ella, frunciendo el ceño, preparada para una mala noticia.

—Voy a tener un hijo —dijo Gala.

Así. Sin anestesia.

Sandra se quedó quieta. Literalmente quieta. Con las manos apoyadas en la mesa y la mirada fija en un punto que no estaba delante de ella.

—¿Un hijo? —repitió al cabo de unos segundos.

Gala asintió.

—¿Y el padre? —preguntó entonces.

—No está —respondió Gala, sin bajar la mirada.

Lo que pasó después no me lo esperaba.

Sandra se levantó de golpe, rodeó la mesa y abrazó a su hija con una fuerza que casi la desmonta.

—Vas a ser una madre increíble —dijo, con la voz rota—. Y yo voy a ser abuela.

Nada de reproches. Nada de juicios. Solo amor.

Luego se secó las lágrimas, se recolocó el delantal y añadió:

—Y ahora siéntate, que la comida se enfría y estar embarazada no es excusa para saltarse horarios.

Así es Sandra.

Desde entonces estuvo más protectora que nunca. A ratos demasiado. Le hablaba a la barriga a la menor oportunidad. Y, aun así, había algo en ella que se tensaba por dentro, como si cargara con un peso que no sabía cómo soltar. Ahora entiendo mejor por qué.

Durante esos meses, Héctor siguió apareciendo en nuestras vidas de manera extraña. Profesional. Correcto. Contenido. Venía por el juicio, por papeles, por estrategias. Nunca preguntaba de más. Nunca decía nada que no debiera.

Y yo empecé a sentir cosas. Eso fue lo que me descolocó de verdad.

Porque una puede entender errores, silencios, lealtades mal colocadas… pero cuando empiezas a implicarte emocionalmente, el listón cambia. Y yo los tenía a los dos —a Héctor y a Asier— colocados en el mismo sitio mental: hombres íntegros. Personas en las que confiar.

Hasta que dejó de cuadrar.

El día que Gala volvió del despacho, rota, no necesité muchos detalles para saber que algo se había torcido de verdad. Me contó lo justo. El anillo. El embarazo de Helena. La sensación de haber sido una intrusa en una historia que no conocía… y que alguien se había encargado de silenciar.

Me pidió que no dijera nada. Que no removiera. Que pensara.

Y lo intenté, de verdad que sí.

Pero a mí me pueden hacer lo que quieran, e igual me lo trago con un comentario ácido y una cerveza. Ahora bien, si le haces daño a alguien a quien quiero… ahí me cuesta ser elegante y no arrancar cabezas.

Nos vimos unos días después, Héctor y yo, para hablar del juicio. En una cafetería cerca del despacho. Todo normal. Demasiado normal. Hasta que dejé

la carpeta a un lado y lo miré de frente.

—Tengo que preguntarte algo —le dije.

—Eso suena mal —respondió, con media sonrisa.

—¿Sabías que Asier tenía una relación con Helena mientras estaba con Gala?

La sonrisa se le borró de golpe.

—¿Cómo?

—No te hagas el sorprendido —dije—. Anillo de compromiso, embarazo y boda. El pack completo. Muy idílico.

Parpadeó varias veces.

—Espera —dijo—. ¿De qué hablas?

—Gala fue al despacho para hablar con Asier. Y salió de allí hecha mierda.

Se recostó en la silla, pasándose una mano por la cara.

—Asier y Helena tuvieron algo —admitió—. Sí. Pero era sexo. Solo sexo. Nada serio. Y terminó en cuanto Asier empezó con Gala.

—¿Y tú lo sabías? —pregunté.

—Sí.

Me salió una risa sin humor.

—Entonces no solo ha sido él —dije, dolida—. Tú también.

Suspiró, con esa cara de «no me pises que ya voy mal».

—Silvia, no sabía nada de anillos ni de embarazos. Eso te lo juro.

—Pero sí sabías lo suficiente como para callarte —respondí—. Y eso también es elegir, Héctor.

Nos quedamos en silencio. Ese silencio incómodo que no se arregla con café.

—Has dicho que Gala fue a verlo —dijo él entonces, más despacio—. Al despacho. ¿Por qué?

Lo miré un segundo largo.

—Eso no me toca contarlo a mí.

Pagó y se levantó. Antes de irse, me miró con una seriedad nueva, sin ironía.

—Tengo que hablar con Asier —dijo—. Ya.

Y se fue.

Yo me quedé allí removida, enfadada, triste. Y con algo muy claro: aunque lo de Helena fuera mentira, el silencio de Asier había destrozado a Gala igual. Y eso yo no lo perdonaba o, al menos, no por el momento.

Y aun así, cuando lo vi levantarse de la mesa y marcharse con esa expresión tensa, supe algo que no me gustó reconocer: que Héctor tampoco estaba saliendo indemne de todo aquello. Que había lealtades que duelen cuando se estiran demasiado.

No sabía si lo nuestro tenía futuro. Pero tampoco estaba preparada para cerrarlo del todo. No todavía.

Intenté hablarlo con Gala después. Intenté, de verdad.

Pero ella fue tajante.

—No me importa nada que tenga que ver con Asier —me dijo—. Da igual si estaba con Helena o no. Él eligió desaparecer. Y eso ya es suficiente.

No había rencor en su voz. Había cierre.

Y ahí lo entendí todo.

Gala no estaba esperando explicaciones. Estaba construyendo una vida para ella y su hijo.

Y yo, aunque tuviera el corazón revuelto y las certezas hechas polvo, iba a quedarme a su lado.

Porque hay lealtades que no se negocian.
Y la mía con Gala, pasara lo que pasara después, estaba fuera de toda duda.

Capítulo 32

Asier

Héctor llegó a mi casa antes de las ocho.

No avisó. No llamó para quedar bien. Simplemente apareció con esa cara suya que no trae ironía ni chistes, la que solo saca cuando algo es serio de verdad. Abrí la puerta todavía con el café a medio hacer y supe, antes de que dijera nada, que aquello no iba a ser una conversación cómoda.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Buenos días, para ti también —respondí, apartándome.

—Déjate de tonterías, hoy no estoy para bromas —replicó demasiado serio.

Se dirigió directamente a la cocina, se sentó en uno de los taburetes de la isla, apoyó los codos en la mesa y me miró de frente. No como amigo, sino como alguien que está a punto de decirte algo que va a cambiar el tablero.

—Silvia me contó lo del despacho.

Sentí un golpe seco en el estómago.

—¿Qué exactamente?

—Que Gala fue a verte y que tú no estabas. Que la atendió Helena y le dijo que estabais prometidos y que estaba embarazada.

El silencio cayó como una losa.

—Eso es mentira —dije al instante.

—Lo sé ahora —respondió—. Pero Gala no.

Me pasé una mano por la cara. El café seguía haciéndose, olvidado, como si la casa no se hubiera enterado aún de que algo se estaba rompiendo.

—Héctor, Helena y yo…

—Ya sé —me interrumpió—. Sexo. Sin más. Y sé también que lo cortaste cuando empezaste con Gala. Eso no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es?

Se inclinó un poco hacia delante.

—Que alguien usó tu silencio para destrozar a la mujer de la que estás enamorado. —Tomó aire, y añadió—. Y que yo, por no saberlo, he quedado como un imbécil encubridor.

Tragué saliva.

—¿Por qué fue Gala al despacho? —preguntó—. Silvia no me lo quiso decir.

No respondí.

—Vale —asintió—. Lo imaginaba. Pero da igual. Lo que importa es que Helena mintió. Y lo hizo porque sabía que estabas roto y fuera de juego.

Me levanté.

—Voy al despacho.

—Bien —dijo—. Porque yo no pienso volver a cruzarme con ella.

Cogí la chaqueta sin terminar el café.

—Gracias por decírmelo.

—No me des las gracias —respondió—. Arregla lo que tengas que arreglar. Luego ya veremos qué hacemos con lo nuestro.

No sonó a amenaza. Sonó a límite.

✣ ✣ ✣

En el despacho todo parecía igual.

Demasiado igual.

Helena estaba en su mesa, impecable, tecleando con concentración quirúrgica. Levantó la vista cuando me vio entrar y sonrió, esa sonrisa suya que siempre había sabido usar como si fuera una ventaja competitiva.

—Buenos días —dijo—. No te esperaba tan pronto.

—Tenemos que hablar —respondí.

Se levantó despacio, cogió su libreta.

—¿En tu despacho?

—Ahora.

Cerré la puerta tras nosotros. No me senté.

—Helena —empecé—. ¿Qué le dijiste a Gala el día que vino a buscarme?

Ni pestañeó.

—Le dije la verdad —respondió.

La miré.

—No —dije—. Le dijiste una mentira muy concreta.

Se cruzó de brazos.

—Le dije que estábamos juntos.

—Y qué más.

—Que íbamos a casarnos.

—Ni en tus mejores sueños, y lo sabes.

—Y que estaba embarazada.

Ahí sí sonrió. Pero no fue la sonrisa de antes. Fue otra. Más fría.

—¿Y?

Sentí algo parecido al asco.

—Eso es falso.

—Claro que lo es —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero funcionó.

—¿Funcionó para qué?

Se acercó un poco más.

—Para que dejara de buscarte. Para que entendiera que no tenía sitio. Que contigo ya estaba todo decidido.

—No tenías ningún derecho. Y sabes desde el primer momento que no he sido tuyo, y que nunca lo seré.

—Tú tampoco tenías ningún derecho a hacer lo que hiciste —replicó—. Desapareciste sin más. Me dejaste aquí gestionando un despacho, un socio y un montón de silencios que no me pertenecían.

—Eso no te daba permiso para destrozarla.

—¿Destrozarla? —Rio—. Asier, por favor. Solo le conté una historia creíble. El resto lo hizo sola.

—Sal de aquí —dije.

—¿Perdón?

—Estás despedida.

La sonrisa se le congeló un segundo.

—No puedes hacer eso así.

—Puedo —respondí—. Y lo estoy haciendo. Recursos Humanos tendrá el aviso hoy. Recogerás tus cosas ahora.

—¿Por ella? —preguntó, con desprecio—. ¿Por una mujer a la que ni siquiera le diste una explicación?

—No —dije—. Por ti. Y porque en este despacho no se miente usando a otras personas.

Se quedó quieta unos segundos. Luego asintió despacio.

—Te equivocas —dijo—. Ella no va a volver y tú te vas a quedar solo.

—Eso ya lo estaba —respondí—. La diferencia es que ahora sé quién eres tú.

Se puso en pie, pero antes de salir, se giró.

—Cuando todo esto te explote en la cara —dijo—, acuérdate de mí.

—Créeme —contesté—. No lo haré.

Cerré la puerta.

Me quedé de pie, solo, con una certeza incómoda flotando en el aire: Gala había ido a buscarme. Y yo no había estado. Ni entonces, ni después.

Salí del despacho sabiendo que aquello no arreglaba nada. Pero por primera vez en meses, había dejado de mirar hacia otro lado. Y eso, aunque llegara tarde, era el principio de algo.

Capítulo 33

Asier

Habían pasado ya unos meses y, aun así, no habría sabido decir en qué momento exacto empezó esa nueva etapa que algunos habrían llamado normalidad. No hubo un día concreto ni una decisión consciente. Fue más bien una acumulación de gestos pequeños, de rutinas impuestas, de silencios que se fueron asentando como una capa fina de polvo sobre todo lo demás.

Volví al despacho poco a poco, con horarios irregulares, alargando jornadas sin necesidad real, evitando cualquier conversación que no tuviera un objetivo claro. Trabajaba mucho, hablaba lo justo y me marchaba sin mirar atrás. Nadie preguntó demasiado. Y, si alguien lo hizo, supo leer que no era el momento de insistir.

Yo tampoco ofrecí explicaciones.

Seguía sin hablar con Gala.

No porque ignorara lo que había pasado con Helena. Eso ya lo sabía. Sabía que había mentido, que había construido una historia lo suficientemente creíble como para hacer daño, y que lo había hecho aprovechando mi silencio, mi ausencia, mi incapacidad para enfrentarme a nada en aquel momento. Sabía también que Gala había ido a buscarme y que yo no había estado. Que había llegado al despacho esperando respuestas y se había encontrado con una mentira que la dejó sin suelo bajo los pies.

Y, aun con todo eso, no había dado un solo paso hacia ella.

La bloqueé en todos los sitios. El teléfono, el correo, cualquier resquicio por el que pudiera entrar una pregunta o, peor aún, una mirada. No lo hice desde el orgullo ni desde el enfado. Lo hice desde el miedo, uno de esos que no se explican bien, pero que gobiernan decisiones enteras. Hablar con ella significaba enfrentarme a la verdad completa, y yo todavía no sabía cómo sostenerla sin romperme.

La huida, aprendí entonces, no siempre es un acto espectacular. A veces es simplemente quedarse quieto.

Héctor no estaba de acuerdo. Nunca lo estuvo.

Una noche vino a casa después del trabajo. Trajo cerveza, como tantas otras veces, y durante un rato hablamos de cosas sin importancia. Del despacho, de algún asunto pendiente, de nada en particular. Esperó. Siempre ha tenido esa habilidad: saber cuándo dejar que el silencio haga su parte.

—Esto no está bien —dijo al final, apoyado en la encimera, sin dramatismos—. Y lo sabes.

No respondí. No porque no tuviera qué decir, sino porque cualquier respuesta habría sido una excusa.

—No hablo de Helena —continuó—. Eso ya está cerrado. Hablo de Gala.

—No puedo —dije, más bajo de lo que pretendía—. No ahora.

Me miró con una mezcla de cansancio y paciencia.

—Ese «ahora» se te está alargando demasiado, Asier.

Asentí. No tenía cómo rebatirlo.

—No voy a decirle nada a Silvia —añadió—. Te di mi palabra. Pero que mantenga el silencio no significa que esté de acuerdo contigo.

—Lo sé.

—Estás escondiéndote —dijo—. Y tú no eres así.

Esbocé una sonrisa breve, sin humor.

—Resulta que sí.

Volvimos a hablar de un tema seguro: el trabajo. De los cambios inevitables. De la nueva secretaria que había entrado hacía unas semanas: eficiente, discreta, profesional. Justo lo que necesitábamos. Nadie mencionó a Helena. Su nombre había desaparecido de las conversaciones como si nunca hubiera formado parte de nada. Y, sin embargo, su sombra seguía ahí, presente en todo lo que no se decía.

Cuando Héctor se fue, ya era tarde. Antes de cerrar la puerta, se giró hacia mí.

—Cuando decidas dejar de huir —dijo—, aquí estaré. Pero no confundas mi silencio con que me parezca bien lo que estás haciendo.

Me quedé solo.

Trabajé más. Me volví meticuloso, casi obsesivo. Todo tenía que estar en orden, bajo control. Desde fuera, probablemente parecía que estaba bien. No bebía más de la cuenta, no buscaba distracciones, no me metí en ninguna relación nueva. Ni siquiera lo intenté. Había decidido no tocar nada que se pareciera, ni de lejos, a la felicidad.

Una tarde, revisando papeles en casa, encontré la bolsa del hotel. La misma que llevaba meses arrinconada en un armario. La abrí sin pensar demasiado. Dentro, doblada de cualquier manera, estaba una camiseta suya. No recordaba haberla guardado allí.

La sostuve un momento entre las manos. Antes de darme cuenta, me la llevé a la cara.

Me senté en la cama con ella y dejé que ese pensamiento, el que llevaba meses evitando, terminara de formarse:

La he perdido.

No porque se hubiera ido, sino porque la había empujado yo mismo, paso a paso, con cada silencio. Y aun así, incluso entonces, no desbloqueé el teléfono. No escribí. El miedo seguía pesando más que cualquier impulso de reparación.

Guardé la camiseta, cerré la bolsa y la devolví al fondo del armario.

Aquella noche dormí mal, como casi todas. Soñé con luces blancas, con pasillos interminables, con voces que decían mi nombre sin llegar nunca a alcanzarme. De madrugada me desperté con el corazón acelerado y la sensación incómoda de que algo importante estaba a punto de suceder.

A la mañana siguiente, mientras estaba en la cocina preparando el primer café del día, el móvil sonó demasiado pronto.

Un número desconocido.

No lo cogí. Sonó otra vez.

Y entonces sentí ese vuelco familiar. El mismo de otras veces. El que siempre llega cuando la vida decide que ya has evitado suficiente.

Descolgué.

—¿Sí?

Todavía no sabía que esa llamada iba a romper el equilibrio precario que había construido.

Ni que todo aquello que llevaba meses esquivando iba a plantarse delante de mí sin darme opción a seguir escondiéndome.

Pero el cuerpo —ese traidor— ya lo sabía.

Capítulo 34

Asier

El móvil sonó cuando menos lo esperaba. Un número largo, desconocido. Estuve a punto de no cogerlo. Durante meses había entrenado el cuerpo para ignorar llamadas que no podía controlar. Pero algo —ese instinto traidor que siempre llega antes que la razón— me hizo descolgar.

—¿Asier Etxeberria? —preguntó una voz neutra, profesional.

—Sí.

—Le llamamos del Hospital Universitario. Usted figura como contacto de emergencia de Héctor Duarte. Debe venir al hospital en cuanto pueda. El señor Duarte ha tenido un accidente de tráfico.

El mundo se paró de golpe.

No recuerdo exactamente qué me dijeron después. Palabras sueltas: colisión, traslado urgente, quirófano. Recuerdo haber asentido en silencio, aunque nadie podía verme, y haber colgado con una sensación conocida, desagradablemente conocida: la de volver a ese lugar mental donde todo queda suspendido y solo importa llegar.

Cogí las llaves, el abrigo, salí de casa sin apagar luces. El trayecto hasta el hospital fue una sucesión de semáforos en rojo y pensamientos atropellados. Héctor. El coche. El juicio. Silvia. La promesa que me había hecho. Todo mezclado sin orden.

Aparqué mal. Corrí.

La sala de espera me recibió con el mismo olor de siempre: desinfectante, café recalentado y miedo. La reconocí al instante. La misma en la que meses atrás había esperado noticias de mi madre, sentado en una silla de plástico, con Héctor a mi lado.

Me senté. Las manos me temblaban.

Pasaron minutos que parecieron horas. Gente entrando y saliendo. Un niño llorando. Un hombre hablando por teléfono en voz baja. Yo no miraba nada en concreto. Solo esperaba.

Silvia llegó al poco rato.

La vi antes de que ella me viera a mí. Caminaba rápido, con el abrigo abierto y el gesto tenso. Cuando levantó la vista y me reconoció, se detuvo en seco. Nos miramos sin decir nada. No nos habíamos cruzado así desde antes de aquel fin de semana que lo cambió todo. En el bufete habíamos sido sombras, esquivas y educadas.

Aquí no había escapatoria.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al llegar, sin saludo.

—Un accidente —respondí—. Están operándolo.

Asintió, rígida. Se sentó a dos sillas de distancia. Entre nosotros, la sombra alargada de Gala. No su nombre, sino su ausencia. Un espacio lleno de cosas no dichas.

No tuvimos tiempo de decir nada más. Dos agentes de policía entraron en la sala y preguntaron por los familiares de Héctor Duarte. Nos levantamos casi a la vez.

Nos explicaron el accidente con precisión técnica: un coche que se saltó un stop, el impacto lateral en la puerta del conductor, velocidad moderada. Mala suerte. Siempre es mala suerte cuando no hay culpables claros.

Un rato después —no sé cuánto, pero sí horas— salió el cirujano que había llevado a cabo la operación. Su gesto era serio, pero contenido. Nos miró a los dos antes de hablar.

—La intervención ha ido bien. —Empezó—. Tiene una fractura en la pierna izquierda y dos costillas rotas. Pero lo que más nos preocupa es un edema cerebral.

Silvia se llevó la mano a la boca.

—¿Está…? —Intentó preguntar.

—Está estable —aclaró—. Pero por precaución lo vamos a mantener en coma inducido hasta que la inflamación baje. Estará en la UCI. Las próximas horas son cruciales.

Asentimos. Yo sentí cómo algo me desplomaba por dentro, lento, pesado.

—Solo puede pasar una persona a verlo —añadió el médico—. Unos minutos.

Silvia me miró, como si esperara que yo dijera algo. Y lo dije.

—Entra tú primero.

—Asier…

—Por favor —insistí—. Él te necesita más a ti ahora.

No sé si lo hice por generosidad, por culpa o por necesidad de redención. Solo sabía que era lo correcto. Silvia me sostuvo la mirada un segundo más, asintió y siguió al médico.

De nuevo me quedé solo.

Me senté y dejé caer la cabeza entre las manos. Pensé en Héctor, en su risa seca, en su lealtad silenciosa. En todo lo que había cargado por mí sin pedir nada a cambio. Pensé que no estaba siendo justo con nadie. Ni siquiera conmigo.

Algo me hizo levantar la cabeza.

Y entonces la vi.

Gala estaba de pie, a pocos metros, con el abrigo abierto y una mano apoyada en la pared, como si necesitara sujetarse. El tiempo se detuvo de una forma casi física. Lo primero que vi no fue su cara. Fue su cuerpo.

Estaba embarazada.

No había duda. No era una sospecha ni una posibilidad. Era evidente. Real. Avanzado.

Sentí un golpe seco en el pecho. Me levanté sin darme cuenta.

Y entonces ella también me vio.

El escalofrío que me recorrió no tuvo nada que ver con el frío. Fue reconocimiento puro. Miedo. Todo a la vez.

No dijo nada. Yo tampoco. Pero su silencio era una pregunta enorme, y la mía una cobardía sostenida durante meses.

—Gala… —Empecé.

Me miró entonces. Y en esa mirada no había sorpresa. Ni alivio. Solo cansancio.

—¿Has rehecho tu vida? —pregunté, sin pensar, señalando su vientre—. ¿O es mío?

El error fue la pregunta. El error fue creer que aún tenía derecho a algo.

Gala se quedó quieta un segundo. Luego habló, con una calma que dolía más que cualquier grito.

—Perdiste tu derecho a hacerme ninguna pregunta.

No levantó la voz. No lloró. No me dio ninguna explicación. Simplemente se giró y se marchó, caminando despacio, con la dignidad intacta y el corazón

—lo supe— blindado.

Me quedé allí, de pie, viendo cómo desaparecía por el pasillo.

Con la certeza brutal de que acababa de perder mucho más de lo que ya creía haber perdido. Y de que, esta vez, no había huida posible.

Capítulo 35

Gala

Fui a casa de mi madre a media tarde, convencida de que iba a ser una visita tranquila. Un café, un rato de charla, recoger algo para el bebé y volver a casa. Nada épico. Nada emocionalmente peligroso. Pero nunca sale nada según lo previsto.

Había terminado antes una reunión con un cliente y me pillaba de paso. La llamé desde el coche y me dijo que pasara sin prisa, que estaba en casa y que me tendría preparada una infusión. Café para mí, puntualizó, porque «eso no se negocia». Sonreí sola. Últimamente me agarraba mucho a esas pequeñas normalidades, como si fueran anclas.

Cuando llegué, la casa olía a siempre. A limpieza reciente, a algo caliente en la cocina y a ese fondo indefinible que solo tienen las casas donde has crecido. Mi madre estaba ya sentada a la mesa, con la taza entre las manos, esperándome como si llevara rato mirando el reloj.

—Siéntate un momento —me dijo—. No corras.

Me quité el abrigo, dejé el bolso en la silla y me acerqué a darle un beso. Ella me miró con atención, como hacía últimamente, evaluando si había comido bien, si tenía buena cara, si el cansancio era el normal o uno nuevo. Empujó la taza de la infusión hacia mí.

—¿Y lo que has comprado? —pregunté, rompiendo ese silencio cómodo.

—Está en el mueble —respondió—. En el cajón de la izquierda.

Asentí mientras soplaba un poco la infusión.

—¿Cómo te ha ido la reunión? —preguntó.

—Bien. Interminable, pero bien. Gente que quiere todo y lo quiere para ayer.

—Eso no es nuevo.

Me levanté para ir al mueble mientras ella seguía hablando de una vecina, de no sé qué oferta del supermercado. Cosas pequeñas que no necesitaban atención especial. Abrí el cajón que creí correcto… y no era ese.

Lo supe al instante, no por el contenido exacto, sino por esa sensación rara que aparece cuando reconoces algo antes incluso de entenderlo.

Dentro no había nada del bebé. Había papeles. Una carpeta vieja. Y una carta doblada con cuidado, metida en un sobre que ya había sido abierto.

Mi nombre no aparecía por ninguna parte, pero supe que no debía estar ahí. Y aun así, la saqué.

No la leí de golpe. Primero la sostuve entre los dedos, como si el cuerpo estuviera decidiendo antes que la cabeza si aquello era buena idea. Escuché a mi madre seguir hablando desde la cocina, ajena, o fingiendo estarlo. Abrí el papel.

No voy a reproducir la carta entera, porque no hace falta. Bastó con las primeras líneas. Bastó con el tono. Bastó con ese «no sé si debería escribirte» que ya venía cargado de demasiadas cosas.

La letra era de Asier.

Sentí un vuelco seco en el estómago, de esos que no te avisan. Seguí leyendo sin respirar del todo. Cada frase encajaba piezas que yo no sabía que existían, pero que, una vez colocadas, hacían un dibujo demasiado claro.

Cerré los ojos un segundo.

Cuando volví a la cocina, llevaba la carta en la mano. No la escondí. No la doblé. La dejé visible sobre la mesa, entre el café y la infusión.

—Ama —dije—. ¿Esto qué es?

Mi madre se quedó muy quieta. En ningún momento miró la carta, solo me miraba a mí.

—Déjalo ahí, Gala.

—No —respondí, con una calma que no sentía—. No voy a dejarlo ahí.

Levantó la mirada despacio, como si intentara ganar tiempo.

—No es el momento.

—¿Cuándo lo ha sido últimamente? —pregunté—. Porque llevo meses intentando entender cosas que nadie me explica.

Se giró hacia la encimera, apoyó una mano, respiró hondo.

—No es algo de lo que quiera hablar ahora.

Ahí fue cuando noté cómo algo dentro de mí se tensaba. No era rabia todavía. Era cansancio. El de no saber, el de intuir que todo el mundo sabe algo menos tú.

—Es una carta de Asier —dije—. Y está en tu casa. Eso no es normal.

—¿Qué?

—Asier —repetí—. El que escribió esta carta. El que vino el día de tu cumpleaños. El que salió corriendo al verte.

El silencio se volvió espeso, casi físico. Mi madre se llevó una mano al pecho, no de forma exagerada, pero lo suficiente para que algo se encendiera dentro de mí.

—No es lo que piensas —dijo rápido—. No puedes sacar conclusiones así.

—Entonces explícamelo —pedí—. Explícame por qué ese hombre te escribe una carta hablando de una madre biológica. Explícame por qué salió huyendo de esta casa. Explícame por qué me dejó sin una sola palabra.

Negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿No quieres?

—No puedo —repitió, más bajo.

Note cómo algo se rompía. No de golpe, sino como a cámara lenta. Como una grieta que empieza pequeña y al momento empieza a extenderse.

—Llevo meses sin entender nada —dije—. Pensando que había hecho algo mal. Que no había sido suficiente. Y ahora me encuentro con esto en un cajón.

La respiración de mi madre empezó a acelerarse. Se sentó de golpe en una de las sillas.

—Gala, para —dijo—. No sigas.

—No —respondí—. Esta vez no.

Y entonces pasó. Su cara se puso de un pálido feo, no de susto. Empezó a respirar mal, a llevarse la mano al pecho con más fuerza. Me acerqué enseguida.

—Ama —dije—. Mírame. Respira conmigo.

No podía. Las palabras se le atropellaban, el aire no entraba bien. El miedo me atravesó entero.

—No puedo… —dijo—. Me falta el aire.

Todo lo demás desapareció: la carta, las preguntas. Asier. Solo quedó ella.

Intenté que respirara conmigo, que bajara el ritmo, pero su cuerpo no respondía. Recordé entonces su corazón, los avisos médicos, las veces que nos habían dicho: *ante cualquier duda, no esperéis*.

—Vale, vale… —murmuré, ya marcando el número de emergencias—. Tranquila, estoy aquí.

La ambulancia llegó rápido. Demasiado rápido para lo que yo estaba preparada. Oxígeno, palabras tranquilizadoras, movimientos precisos. Subí con ella, con la carta todavía doblada en el bolsillo del abrigo, como una bomba que nadie había desactivado.

Cuando por fin la dejaron estable y me dijeron que esperara, me senté en la sala de espera con la cabeza a mil. Pensando en la carta. En mi madre. En Asier. En todas las piezas que empezaban a encajar demasiado tarde.

Me levanté para sacar una botella de agua de la máquina expendedora.

No lo vi de golpe. Antes sentí algo raro, un tirón seco en el estómago, esa sensación que aparece cuando sabes que alguien te está mirando incluso antes de levantar la vista. Y cuando lo hice, ahí estaba Asier, de pie, quieto, mirándome como si el tiempo no hubiera pasado y, al mismo tiempo, como si hubiera pasado demasiado sin él.

Durante un segundo pensé que era el cansancio, el susto de mi madre, el día demasiado largo acumulándose en el cuerpo. Pero no. Era él. Tan real como el peso nuevo de mi cuerpo, como la vida que llevaba dentro. Vi cómo su mirada bajaba sin querer, de forma automática, y supe que había visto mi barriga antes incluso de que yo pensara en ella. Sentí una mezcla absurda de pudor y orgullo, de ganas de explicarme y de desaparecer.

Dijo mi nombre, y me dolió más de lo que esperaba. No por el sonido, sino porque durante meses lo había imaginado pronunciándolo de otra manera, en otro lugar, con otras palabras alrededor. No allí. No así. No después de tanto silencio.

Me preguntó. Y fue en ese instante cuando algo dentro de mí se cerró despacio, sin ruido. No por la pregunta en sí, sino porque la hizo como si aún

tuviera derecho, como si no se hubiera ido, como si no hubiera elegido desaparecer mientras yo aprendía, a trompicones, a sostenerme sola.

Pensé en el despacho, en Helena, en las noches sin respuesta, en todas las preguntas que yo no hice porque no tuve a quién. Lo miré y supe que todavía lo quería, pero también que estaba cansada. Mucho más cansada que enfadada.

—Perdiste tu derecho a hacerme ninguna pregunta.

No lo dije fuerte ni segura. Lo dije como se dicen las cosas que llegan tarde, pero que aun así hay que decir. Luego me giré y me fui. No por orgullo ni por valentía, sino porque quedarme habría significado romperme otra vez. Y esta vez ya no estaba sola.

Capítulo 36

Asier

El hospital tiene una forma especial de desordenarte por dentro. No importa cuántas veces entres: siempre hay algo en el aire que te devuelve a un punto vulnerable, como si el cuerpo recordara antes que la cabeza. Yo ya conocía esos pasillos. Demasiado.

Volví varias veces en los días siguientes. A ver a Héctor, a preguntar por su evolución, a sentarme en una silla dura fingiendo que leer el móvil me distraía. Y también —aunque no lo admitiera— porque sabía que Silvia iba a aparecer en algún momento.

Y apareció.

La vi desde lejos, avanzando por el pasillo con ese paso decidido que siempre ha tenido, incluso cuando está hecha polvo. Llevaba el pelo recogido de cualquier manera y una carpeta bajo el brazo. Profesional hasta en el hospital. Cuando levantó la vista y me vio, no se detuvo. Tampoco aceleró. Simplemente siguió caminando hasta quedarse a un par de metros de mí.

—¿Cómo está? —pregunté, señalando la habitación de Héctor.

—Mejor —respondió—. La inflamación ha remitido del todo. Van a retirarle la sedación para que, cuando el cuerpo lo decida, despierte.

—Eso sí es una buena noticia.

Asintió, como si ese dato ya no necesitara más palabras. Se quedó de pie, esperando. Yo también. El silencio se tensó entre nosotros, lleno de cosas que ninguno iba a decir primero.

—Silvia… —empecé.

—No —me cortó—. Aquí no. Y tampoco sé si en algún momento.

No levantó la voz. No fue brusca. Fue un límite claro, limpio. Asentí, porque no tenía derecho a exigir nada.

Nos cruzamos varias veces más esos días. En la cafetería. En el pasillo. Frente al ascensor. Siempre educados. Siempre distantes. Y siempre con Gala en medio, invisible pero enorme.

Héctor despertó al tercer día. Tras hacerle todas las pruebas pertinentes, lo subieron a planta.

Entré en la habitación con cuidado, como si pudiera romper algo solo con respirar. Estaba pálido, más delgado, con la pierna inmovilizada y una vía en el brazo, pero vivo. Cuando me vio, esbozó una sonrisa torcida.

—Joder —dijo—. Vaya cara traes. ¿Me han dado por muerto y no me he enterado?

Solté el aire que llevaba días conteniendo.

—No hagas bromas —respondí—. No estás para eso.

—Precisamente por eso —replicó—. Si no bromeo, me deprimo. ¿Qué tal tú?

Me senté en la silla junto a la cama. Me pasé una mano por la cara.

—Fatal.

—Normal —dijo—. Te han pasado demasiadas cosas últimamente.

Asentí. Dudé un segundo antes de hablar, pero ya no tenía fuerzas para seguir guardándomelo todo.

—Sandra también está ingresada.

Frunció el ceño.

—¿La madre de Gala?

—Sí. Un ataque de ansiedad agravado por sus problemas de corazón. —Tragué saliva—. Mientras esperaba noticias tuyas en la sala de espera… la vi.

Héctor me miró con atención.

—¿A Gala?

—Está embarazada.

No hizo ningún gesto exagerado. Solo cerró los ojos un segundo, como si encajara una pieza.

—Vale.

—Le pregunté si había rehecho su vida o si el bebé era mío —seguí—. No me respondió. Ni ella ni Silvia. Me dejó claro que no tenía derecho a hacerle ninguna pregunta.

—¿Y qué esperabas? —dijo Héctor, sin dureza.

Lo miré, sorprendido.

—¿También tú?

—No te estoy juzgando —aclaró—. Te estoy diciendo que, desde su posición, tiene razón. Desapareciste.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —solté, con amargura—. Que no lo haya verbalizado lo suficiente, no significa que lo que nos separa no esté ahí: su madre es la mía.

—Lo sé —respondió—. Y lo entiendo. Pero eso no cambia cómo lo ha vivido ella.

Me dejé caer contra el respaldo de la silla.

—No sé por dónde empezar.

Héctor me observó unos segundos en silencio. Luego habló con esa calma suya que siempre llega cuando más la necesitas.

—Por el principio.

—¿El principio de qué?

—De todo —dijo—. De la verdad. Y ahora mismo la verdad no está en Gala ni en Silvia. Está en Sandra.

Negué despacio.

—No puedo ir allí y soltarle todo eso. No ahora. Está ingresada.

—Precisamente por eso —replicó—. Si pasa algo raro, estás rodeado de enfermeras. —Esbozó una media sonrisa—. Piénsalo como una conversación con red de seguridad.

No pude evitar una risa breve, rota.

—Eres un cabrón incluso con una pierna rota.

—Siempre he sabido elegir el momento.

Se puso serio.

—Asier, si no hablas con ella, todo esto se va a pudrir aún más. Y tú no estás hecho para vivir con secretos que no son tuyos.

Me quedé callado. Sabía que tenía razón. La había tenido casi siempre.

—Ve —añadió—. Y pase lo que pase, deja de huir.

Me levanté despacio. Le apreté el hombro con cuidado.

—Descansa.

—Hazlo tú también —respondió—. Y deja de hacerte el mártir, que no te queda bien.

Salí de la habitación con el pulso acelerado. Pregunté en el control de enfermería y una chica muy amable me indicó el número de habitación y cómo llegar.

Caminé despacio, como si cada paso pesara más que el anterior. Cuando llegué a la puerta, me detuve. Respiré hondo. Pensé en Gala. En su mirada cansada. En la carta. En qué hubiera pasado si no hubiera salido corriendo como un cobarde el día del cumpleaños.

Levanté la mano y llamé.

—Adelante —dijo una voz desde dentro.

Y supe que, pasara lo que pasara a partir de ese momento, ya no había vuelta atrás.

Capítulo 37

Sandra

Cuando llamaron a la puerta, supe que no era una enfermera.

Las enfermeras no llaman así. Tocan rápido, práctico, como quien no quiere molestar, pero tampoco puede esperar. Aquel golpe fue distinto. Dudoso. Me incorporé un poco en la cama y miré hacia la puerta con el corazón acelerado, sin saber muy bien por qué.

—Adelante —dije.

La puerta se abrió despacio.

Durante un segundo no lo reconocí del todo. Estaba más delgado que la última vez que lo vi, con la cara tensa y los ojos cansados, como si llevara demasiado tiempo sin dormir bien. Entonces encajó. El mismo hombre que había visto en mi salón el día de mi cumpleaños. El que levantó la vista, me miró… y salió huyendo.

—Hola —dijo—. ¿Puedo pasar?

Asentí despacio.

—Sí… claro.

Cerró la puerta tras de sí con cuidado, como si temiera hacer ruido incluso allí. Se quedó de pie, sin saber muy bien dónde colocarse, y sentí de golpe una

incomodidad extraña, un peso antiguo en el pecho.

—Soy Asier.

—¿El Asier de Gala? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Tragó saliva.

—El Asier de Gala… y el Asier que te escribió la carta.

Sentí cómo algo se rompía dentro de mí.

—¿La carta? —murmuré—. ¿Tú…?

Asintió.

—Sí, soy yo.

No hizo falta que añadiera nada más. Me llevé una mano a la boca y cerré los ojos un segundo. Cuando los abrí, la vista se me había nublado.

—Siéntate —le dije—. Por favor.

Obedeció. Se sentó en la silla junto a la cama, rígido, con las manos entrelazadas. Lo miré con atención por primera vez desde que había entrado. Y entonces lo vi de verdad. No al hombre que había hecho daño a mi hija. Al niño que había perdido.

—Explícame —dije—. Todo.

Y lo hizo.

Me habló de una carpeta azul. De los papeles que contenía. De las dudas. De su mejor amigo. De la decisión de pedirle ayuda a un detective, David, pronunciando su nombre con mucho cariño. Me contó cómo dio conmigo, cómo supo que yo era la mujer que había estado esperando en aquella cafetería.

—Te escribí porque no sabía hacerlo de otra manera —dijo—. Pensé que si te veía de frente… no sería capaz de hablar.

La garganta se me cerró de golpe.

—Aquel día fui a la cafetería —continuó—. Cuando llegué, te vi sentada en una mesa; estabas releyendo la carta. Vi tu cara y me quedé paralizado, me asusté. Pensé que no estaba preparado, que necesitaba más tiempo.

Cerré los ojos. Apreté los labios.

—Yo ya conocía a Gala —dijo—. Pero después de ese día, la relación se afianzó.

No necesitó entrar en detalles. El fin de semana. El hotel. El amor. Todo estaba ahí, en la forma en que se le quebraba la voz.

—Cuando me invitó a tu cumpleaños… pensé que la relación estaba dando un paso más, que era lo que tocaba. Y cuando te vi… —Cerró los ojos con fuerza—. Ahí la cabeza me explotó.

Levantó la vista hacia mí.

—Somos hermanos —dijo—. Y aunque no nos hemos criado juntos, no he sabido cómo lidiar con eso.

El silencio cayó como una losa.

—Ahora sé que Gala está embarazada —añadió—. No sé si el bebé es mío. Y tampoco tengo derecho a preguntarlo. Pero si lo es… —La voz se le rompió —. Estoy muerto en vida.

Ahí fue cuando lloré.

No fue una lágrima discreta. Lloré de verdad, con el cuerpo entero. Con ese llanto que llevaba décadas esperando salir.

—Dios mío… —susurré—. Todo este dolor…

Me cubrí la cara con las manos.

—¿Te fuiste porque crees que sois hermanos? —pregunté al fin, mirándolo —. ¿Por eso la dejaste así?

Asintió, derrotado.

—Asier… si solo hubiéramos hablado… —dije entre sollozos—. Si yo me hubiera explicado…

Respiré hondo. Sabía que no había marcha atrás. Sabía que, dijera lo que dijera, nada volvería a ser sencillo. Pero también sabía que el silencio ya había hecho demasiado daño.

—Escúchame bien, Asier —dije, secándome las lágrimas—. Sí, soy tu madre.

Vi cómo su cuerpo se tensaba. Cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Te di en adopción —continué—. Y no fue porque no te quisiera. Fue porque no podía darte una vida digna.

Tuve que hacer una pausa para respirar y reordenar las ideas.

—En los papeles pone que te dejaron en la puerta de una iglesia —añadí, anticipándome a algo que vi pasar por su cara—. Y no es mentira.

Asier levantó la cabeza, desconcertado.

—Pero tampoco es toda la verdad —continué—. Yo no aparezco en ningún sitio. No podía. Era joven, estaba asustada y mi padre quiso que todo se hiciera sin ruido, sin nombres, sin preguntas. Para protegerte. Para protegernos.

Tragué saliva.

—Te dejaron allí, sí. Pero no fue un abandono al azar. Había personas esperando. Todo estaba hablado. Y la foto… —sonreí con tristeza—. Esa foto

la puse yo. Era lo único que podía darte sin romperlo todo. Una forma de decirte «estoy aquí», aunque no pudiera estarlo de verdad.

Se lo conté todo. No me guardé nada.

Que era una cría. Que mi madre nos había abandonado tres años antes. Que mi padre estaba hundido, deprimido, roto. Que no podía hacerse cargo de un bebé cuando apenas podía levantarse de la cama algunos días. Que una vecina nos habló de un matrimonio amigo que llevaba años intentando tener hijos. Que sabía que te cuidarían. Que mi casa no era un lugar feliz para criar a un niño.

—Te di en adopción sabiendo que estarías bien, que estarías rodeado de amor —dije—. Y eso fue lo único que me permitió seguir respirando.

Asier lloraba en silencio.

Respiré hondo antes de seguir.

—Cuando mi padre murió, me fui a vivir con una tía. Allí conocí a una vecina. De mi edad, era extranjera y estaba aquí sola, sin familia, y además embarazada. Yo le decía que no se preocupara, que a su bebé no le faltaría de nada.

Levanté la vista.

—En la recta final del embarazo le diagnosticaron cáncer de mama. Muy avanzado. Cuando nació la niña… me pidió que fuera su tutora legal. Me dejó ponerle mis apellidos.

Hice una pausa. Necesitaba que lo entendiera despacio.

—Esa niña es Gala.

Asier levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué…?

—No sois hermanos —dije con firmeza—. Gala es mi hija en todos los sentidos que importan. Pero no lo es biológicamente.

Lo vi atar cabos en tiempo real. Empezó a abandonarle el color; entonces, se llevó las manos a la cara y rompió a llorar.

—La he cagado… —murmuró—. Dios… la he cagado a lo grande.

—Sí —dije—. Pero por amor, no por maldad.

Lo miré con ternura.

—Gala no sabe nada de esto —añadí—. Nunca se lo he contado. Y cuando lo sepa… no sé si me perdonará. Quizá la pierda. Pero si la verdad sirve para que vosotros podáis estar juntos… entonces habrá valido la pena.

Asier no podía dejar de llorar, roto en mil pedazos.

—Es cabezona —continué, con una media sonrisa triste—. Mucho. Pero tiene un corazón enorme. Y sigue enamorada de ti, aunque ahora esté blindada.

Negó, inseguro.

—No sé si me perdonará.

—Te costará —admití—. Pero si hay alguien capaz de hacerlo, es ella.

Se secó la cara. Me miró con una determinación nueva.

—Te lo prometo —dijo—. Aunque sea lo último que haga, voy a intentar que me perdone. Y si el bebé no es mío… lo querré igual. Porque la sangre no decide a quién amas.

Extendí la mano y la puse sobre la suya.

—Entonces —susurré—, quizá todo este dolor no haya sido en vano.

Nos quedamos así, en silencio. Madre e hijo. Puede que demasiado tarde. Pero, por fin, en el mismo lugar.

Y supe que, pasara lo que pasara después, la verdad ya no volvería a esconderse en ningún cajón.

Capítulo 38

Gala

Llegué al pasillo con el corazón acelerado, sin saber muy bien por qué. Tal vez porque el hospital se había convertido en un lugar donde las verdades aparecían sin avisar. Tal vez porque llevaba horas con la sensación de que algo más estaba a punto de romperse.

Al levantar la vista, lo vi. Asier salía de la habitación de mi madre.

Fue un cruce de miradas breve, incómodo. Él se detuvo un segundo, como si fuera a decir algo. Yo no le di tiempo. Ni siquiera sé si habría sabido escucharlo. Pasó a mi lado con los hombros tensos, la cara desencajada, como alguien que acaba de atravesar una tormenta sin paraguas.

No dijo nada. Yo tampoco.

Entré en la habitación con esa sensación amarga de haber llegado tarde a una conversación importante.

Ama estaba incorporada en la cama, más pálida de lo normal, con los ojos hinchados. No hacía falta preguntar. Había estado llorando.

—Lo has visto —dijo.

Asentí despacio. Me senté en la silla junto a la cama y dejé el bolso en el suelo. De repente, me sentía más cansada de lo que nunca había estado. Y no

era por el embarazo. Era otro tipo de cansancio. Uno que no se arregla durmiendo.

—Ha estado aquí —continuó—. Necesitaba hablar conmigo.

No respondí. Esperé. Había aprendido, a base de golpes, que a veces el silencio era la única forma de no romperse del todo.

Mi madre respiró hondo varias veces, como si estuviera ordenando palabras que llevaban demasiados años mal colocadas.

—Gala… —Empezó—. Tengo que contarte algo. Y no sé cómo hacerlo sin hacerte daño.

Ahí supe que ya no había marcha atrás.

Me apoyé en el respaldo de la silla. Me llevé una mano al vientre, un gesto automático, casi defensivo.

—Dímelo sin rodeos —le pedí—. Ya no puedo con más medias verdades.

Me miró largo rato. Y cuando habló, no fue solo mi madre quien lo hizo. Fue una mujer cansada. Asustada. Una mujer que había tomado decisiones difíciles creyendo que protegía.

—Asier no ha estado huyendo de ti por falta de amor —dijo—. Ha estado huyendo porque creía que erais hermanos.

Tuve que agarrarme a la silla. Las palabras no me golpearon de repente, sino de una forma más lenta, más confusa. Como si el cuerpo no supiera muy bien cómo reaccionar.

—¿Qué…? —murmuré.

—Cuando murió su madre encontró una carpeta en un cajón —continuó—. Allí descubrió que es adoptado. Contrató al detective del bufete para encontrar a su madre biológica.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunté, perdida.

—Que la encontró. Y decidió escribirle una carta.

—Una carta…

—Sí. La carta que tú encontraste. Esa carta la escribió Asier para su madre.

La miré.

—¿Y por qué la tenías tú?

Mi madre bajó la mirada un segundo.

—Porque yo soy la madre biológica de Asier.

Negué con la cabeza, incapaz de encajar nada.

—Eso no tiene sentido.

—Él creía que vosotros dos erais hermanos —dijo—. Pero escúchame, por favor.

Y entonces me lo contó todo.

Su historia.
La de Asier.
La mía.

Me habló de un hijo dado en adopción cuando ella era casi una niña. De una casa que no podía sostener a nadie más. De una decisión tomada desde el miedo y la necesidad. Me habló de una mujer sola, enferma, embarazada. De una promesa. De unos apellidos puestos con amor. De una verdad guardada durante años porque parecía innecesaria… hasta que dejó de serlo.

—Tú eres mi hija —dijo—. En todo lo que importa. Pero no lo eres biológicamente.

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores. No estaba lleno de reproches ni de gritos contenidos. Estaba lleno de vacío. Como si el mundo se hubiera movido unos centímetros y nadie me hubiera avisado.

No lloré. Y eso fue lo más desconcertante.

—¿Nunca pensaste que tenía derecho a saberlo? —pregunté al fin.

Bajó la mirada.

—Pensé que te protegía.

Ahí fue cuando algo se rompió. No del todo, pero lo suficiente.

—¿De qué me protegías, ama? —dije—. ¿De mi propia historia?

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenía miedo de perderte.

La entendía. De verdad que la entendía. Pero entender no era lo mismo que perdonar.

Me levanté despacio y empecé a caminar por la habitación, como si necesitara comprobar que el suelo seguía ahí.

—Asier se fue porque pensó que éramos hermanos —dije, más para mí que para ella—. Me dejó sin una sola explicación. Me dejó creyendo que no había sido suficiente.

—Él también estaba roto —respondió—. No supo hacerlo mejor.

Me giré hacia ella.

—¿Ahora vas a defenderlo? —pregunté—. Tú también guardabas una verdad. Y también elegiste el silencio.

No había acusación en mi voz. Había algo peor: decepción.

—Os entiendo a los dos —continué—. Entiendo el miedo, las decisiones, incluso los errores. Pero eso no hace que duela menos.

Me sentí traicionada de una forma nueva. No por la biología. Eso, curiosamente, era lo que menos me importaba. Me dolieron los silencios, las

historias a medias. Haber sido la última en enterarme de mi propia vida.

—Ahora mismo duele demasiado —dije—. No puedo perdonar. Ni a él… ni a ti.

Ella asintió, derrotada.

—Lo sé.

Me acerqué a la ventana. Afuera, la gente seguía entrando y saliendo. El hospital no se detenía porque mi mundo acabara de cambiar de forma.

Estaba rodeada de personas que me querían. Mi madre, Silvia e incluso Asier, a su manera torpe y rota. Y aun así, me sentí profundamente sola.

No lo odiaba. No podía. Pero tampoco estaba preparada para abrazarlo. Hacerlo ahora habría sido traicionarme a mí misma.

Salí de la habitación con cuidado, como si dejara atrás algo frágil.

No sabía qué iba a pasar después.

Solo sabía una cosa con absoluta claridad: el perdón, si llegaba, tendría que venir más tarde. Cuando el ruido se calmara. Cuando el dolor dejara de ocuparlo todo.

Ese día, lo único que podía hacer era sostenerme.

Por mí.

Y por el hijo que llevaba dentro.

Capítulo 39

Asier

Regresé a la habitación de Héctor con la cabeza embotada y el cuerpo cansado, como si hubiera corrido una maratón sin moverme del sitio. Cerré la puerta despacio tras de mí y me quedé unos segundos de pie, apoyado en ella, intentando ordenar todo lo que acababa de escuchar.

Héctor estaba medio incorporado en la cama, con el portátil abierto sobre las piernas y una expresión de concentración que no engañaba a nadie. Levantó la vista en cuanto me vio.

—Por tu cara, diría que ya sabes todo —dijo.

Asentí y me senté en la silla de siempre, la que ya conocía mi espalda mejor que el sofá de casa.

—He hablado con Sandra.

No hizo ningún comentario irónico. Eso ya decía mucho. Cerró el portátil con cuidado y lo dejó a un lado.

—¿Y?

Me pasé las manos por la cara. Notaba los ojos calientes, pero no tenía fuerzas para llorar otra vez.

—No somos hermanos —dije al fin—. Gala no es su hija biológica.

Héctor exhaló despacio, como si soltara una tensión que llevaba horas acumulando.

—Vale.

—Sandra es mi madre biológica —continué—. Me dio en adopción siendo casi una cría. Y Gala… Gala es hija de una mujer que murió. Sandra la crio como suya. Todo ha sido verdad y mentira a la vez.

Héctor negó despacio.

—Joder.

—Sí —respondí—. Joder, es la palabra exacta.

Me quedé mirando al suelo un rato, sin saber muy bien cómo seguir. Cuando levanté la vista, lo vi observándome con atención, sin prisas, como siempre que sabía que venía algo importante.

—La he perdido —dije—. No por todo esto. Por no haber hablado. Por haber salido corriendo una y otra vez.

—Eso ya lo sabías —dijo—. Pero ahora lo estás aceptando.

—No puedo pedirle que me perdone —añadí—. No ahora. Ni siquiera sé si algún día lo hará.

—No —asintió—. Pero sí puedes decidir qué vas a hacer tú, independientemente de eso.

Me quedé callado. Algo empezó a colocarse dentro, lento pero firme.

—Héctor… —dije—. Ya sé por qué fue Gala al despacho aquel día.

Levantó una ceja.

—Ajá.

—Está embarazada —dije—. Fue a decírmelo.

No hubo sorpresa en su cara. Solo una especie de confirmación tranquila.

—Lo imaginaba.

—Y yo no estaba —continué—. Y cuando volví, ya era tarde. Helena hizo lo que hizo, yo seguí escondiendo la cabeza y Gala… Gala se quedó sola con todo.

Sentí un nudo en el pecho.

—Ese niño podría ser mío —añadí—. Y aunque no lo sea… da igual. Lo importante es que ella tuvo que vivirlo sin mí porque yo no fui capaz de enfrentarme a la verdad.

Héctor me miró largo rato.

—Escucha bien lo que te voy a decir —dijo—. No puedes arreglar el pasado. Pero sí decidir qué haces con él a partir de ahora.

—¿Y si no me perdona?

—Entonces tendrás que aprender a vivir con eso —respondió—. Pero no desde la huida, sino desde la presencia.

Me recosté en la silla, agotado.

—Tengo miedo —admití—. De acercarme y hacer más daño. De no estar a la altura. De volver a equivocarme.

—Claro que tienes miedo —replicó—. Sería raro que no lo tuvieras. Pero ya has comprobado lo que pasa cuando eliges desaparecer.

Asentí.

—No voy a huir más —dije, casi en voz baja—. Aunque no me perdone. Aunque me diga que no. No voy a volver a esconderme.

Héctor sonrió, esa sonrisa suya que no celebra, pero acompaña.

—Eso ya es un cambio importante.

—Quiero estar —añadí—. Como padre, si me deja. Como apoyo. Como lo que haga falta. Sin condiciones. Sin exigencias. Si el perdón llega, bienvenido sea. Y si no… al menos no volveré a ser el que salió corriendo.

Se inclinó un poco hacia delante.

—Entonces escucha otro consejo, de amigo pesado —dijo—. No vayas a salvar nada ni a convencer. Ve a decir la verdad y aguanta.

—¿Aguantar qué?

—Lo que venga —respondió—. El enfado. El silencio. El tiempo. Eso también es estar.

Nos quedamos callados unos segundos.

—Siempre eres el sensato —murmuré.

—No —replicó—. Solo he aprendido a no huir antes que tú.

Me levanté despacio.

—Gracias.

—Para eso estamos —dijo—. Ahora vete a casa, duerme algo y deja de castigarte un rato. Mañana también será un día largo.

Asentí y caminé hacia la puerta. Antes de salir, me giré.

—Héctor.

—¿Sí?

—Si ese niño no es mío… —dije—. Voy a quererlo igual.

Sonrió de medio lado.

—Eso ya te define más que cualquier apellido.

Salí de la habitación con el corazón todavía compungido, pero por primera vez en mucho tiempo, ligero, sin esa sensación de estar huyendo de mí mismo.

No sabía si Gala me perdonaría, ni siquiera si me dejaría acercarme. En realidad, no sabía casi nada.

Pero sí sabía algo con absoluta claridad: esta vez me iba a quedar.

Pasara lo que pasara, esta vez no iba a desaparecer.

Capítulo 40

Héctor

No estaba del todo recuperado, y lo sabía. Apenas habían pasado dos meses desde el accidente y la pierna se empeñaba en recordármelo cada vez que daba un paso de más. El cuerpo tampoco respondía como antes. Pero había cosas que no se delegan, y el juicio de Silvia era una de ellas.

Podría haberlo llevado cualquiera del despacho. Teníamos abogados brillantes, gente preparada, con hambre de sala. Pero ese caso lo había trabajado yo desde el principio. Conocía cada documento, cada contradicción, cada mentira mal contada de Marcos. Y, aunque no me gustara admitirlo en voz alta, también había algo personal en todo aquello. Quería estar allí cuando se cerrara esa etapa. Para ella. Y quizá, sin saberlo del todo, también para mí.

Entré en la sala apoyándome más de lo que me habría gustado en el bastón, pero con la cabeza fría. Marcos ya estaba sentado junto a su abogado, aparentando una tranquilidad que no se sostenía demasiado bien si uno sabía mirar. Era ese tipo de calma impostada que tienen los que se creen más listos de lo que son, los que piensan que siempre habrá una salida elegante para todo.

No la hubo.

El juicio fue limpio. Metódico. Fuimos sacando pruebas una a una: mensajes, correos, movimientos bancarios, fechas que no encajaban, excusas recicladas. La infidelidad no fue difícil de demostrar; Marcos nunca había sido especialmente cuidadoso, solo confiado. Demasiado.

Mientras declaraba, lo observé con atención. No vi arrepentimiento. Vi fastidio. El de alguien al que le están desmontando el relato delante de todo el mundo. El de alguien que empieza a comprender que ya no controla la historia.

Silvia estuvo impecable.

No lloró. No se derrumbó. Respondió con firmeza, sin dramatismo, sin entrar en el juego de la provocación. Yo la miraba desde mi sitio y pensaba que, pasara lo que pasara después, aquel hombre ya no tendría poder sobre ella. Y eso, más allá de la sentencia, ya era una victoria.

Cuando el juez falló a su favor, sentí un alivio que iba más allá de lo profesional. Una sensación de cierre. De justicia bien hecha.

Salimos de la sala y Silvia se giró hacia mí.

—Gracias —dijo.

Solo eso. Pero en esa palabra cabía mucho más.

—Para eso estoy —respondí, intentando que no se me notara demasiado lo que se me había removido por dentro.

Fue más tarde, ya fuera del juzgado, cuando me di cuenta de algo que llevaba tiempo gestándose sin que yo quisiera mirarlo de frente. No hubo fuegos artificiales ni revelaciones de película. Simplemente lo supe, con una claridad incómoda y serena a la vez.

Estaba enamorado de ella. Y no como me había enamorado antes de nadie.

Yo, que siempre había defendido mi soltería como si fuera una forma de vida irrenunciable. Yo, que había confundido durante años libertad con no implicarse. No solo eso, me había convencido de que el amor era una complicación innecesaria, una trampa elegante que siempre acababa pasando factura.

Y lo más desconcertante fue darme cuenta de que no lo había visto antes porque tenía una excusa perfecta: el juicio.

Mientras hubo papeles que revisar, estrategias que ajustar, reuniones obligatorias, todo parecía encajar. Pero ahora el juicio había terminado. Ya no había nada que nos obligara a vernos.

Y eso me dio miedo.

Porque significaba que, si quería seguir teniéndola cerca, tenía que mover ficha. Sin escudos. Sin bromas. Sin esconderme detrás del traje.

No era el mejor momento. Lo sabía. Había demasiadas cosas aún sin cerrar, demasiadas ausencias pesando en el aire, demasiadas historias cruzadas que no dependían de nosotros. Pero también sabía otra cosa: que seguir esperando a que todo estuviera bien y no hacer nada, era exponerme a perderla.

Así que no le di más vueltas y la invité a tomar algo. Nada especial. Un bar tranquilo. Ella aceptó con naturalidad, como si no intuyera —o quizá sí— que aquella conversación iba a marcar algo.

Hablamos primero de cosas ligeras. De la sentencia. De planes vagos. De cualquier cosa que no fuera lo importante. Hasta que me cansé de rodear lo evidente.

—Tengo que decirte algo —le dije al final.

Me miró con atención, sin ponerse a la defensiva.

—Eso suele empezar regular —respondió.

Sonreí, nervioso, y decidí no adornarlo.

—No sé ni cómo ni cuándo, pero me he enamorado de ti.

El silencio que siguió no fue incómodo, pero sí intenso. Silvia no apartó la mirada. Me sostuvo los ojos durante unos segundos que se me hicieron largos.

—Vale —dijo por fin—. Eso no me asusta.

Respiré.

—Pero —añadió— tampoco me vale así sin más.

Asentí. No esperaba menos.

—No quiero promesas grandilocuentes ni discursos —continuó—. Quiero tiempo. Hechos. Y saber que no soy una más en tu historial.

—No hay historial —respondí—. Al menos no como antes.

—Eso tendrás que demostrarlo —dijo—. Y sin prisa.

No fue un no, pero tampoco fue un sí fácil.

Y, sorprendentemente, eso no me dio miedo.

—Estoy dispuesto —le dije—. A hacerlo siguiendo tus pautas. A hacerlo bien, aunque no sepa del todo cómo.

Sonrió entonces. Una sonrisa pequeña, pero sincera.

—Bien —respondió—. Empezamos despacio.

Caminamos un rato después. Sin cogernos de la mano. Sin cerrar nada. Pero con una certeza nueva flotando entre los dos.

El juicio había terminado. El pasado estaba, al menos, ordenado. Y por primera vez en mucho tiempo no sentí la necesidad de salir corriendo.

Quizá no estaba hecho para el amor rápido. Pero, quién lo iba a decir, sí, para el que se construye.

Y eso, para alguien como yo, ya era bastante.

Capítulo 41

Silvia

Hay un momento en el que acompañar ya no es suficiente.

No es algo que decidas de golpe, ni por impulso. Es algo que se va gestando poco a poco, a base de observar, de escuchar sin interrumpir, de ver cómo las personas a las que quieres se van quedando atrapadas en sus propios silencios. Yo llevaba meses ahí, en ese lugar incómodo donde sabes que no puedes forzar nada, pero tampoco puedes seguir mirando hacia otro lado.

Asier estaba haciendo lo que sabía hacer: intentarlo sin saber cómo.

No había vuelto a desaparecer, eso era cierto. Se presentaba cuando podía, preguntaba por el embarazo a través de Héctor —y a mí me costaba tragarme el comentario cada vez que escuchaba su nombre—, se ofrecía para lo práctico, para lo logístico, para todo aquello que no implicara invadir el espacio emocional de Gala. Era una presencia constante pero contenida, como alguien que camina por el borde de una piscina sin atreverse a tirarse de cabeza por miedo a que no haya agua.

Gala, en cambio, seguía blindada.

No estaba fría ni distante. Simplemente, blindada. Había aprendido a vivir con el dolor sin permitirle decidir por ella, y eso la hacía fuerte, pero también terriblemente sola. Hablaba del bebé con ilusión, organizaba su vida con una eficacia casi quirúrgica y, cada vez que el nombre de Asier aparecía —aunque fuera de refilón—, algo en su mirada se cerraba un poco más.

No estaba castigándolo. Se estaba protegiendo.

Y Sandra… Sandra vivía en una cuerda floja constante. Cargaba con su propia culpa, con el miedo a perder a Gala cuando la verdad terminara de asentarse, y con ese vínculo nuevo, frágil y tardío con Asier, que todavía no sabía muy bien cómo nombrar. La veía intentar no intervenir, respetar los tiempos de su hija, pero cada día le costaba más sostener ese equilibrio.

Fue Héctor quien puso la primera palabra en voz alta.

—Esto así no se va a resolver —dijo una tarde, sentados los tres en la cocina de Sandra—. Se están queriendo desde esquinas opuestas.

Nadie lo contradijo.

—No podemos obligarlos —respondió Sandra, casi en un susurro—. Si Gala siente que la empujamos…

—Pero no empujar es una cosa y no hacer nada, otra —intervine—. A veces solo hace falta que estén en el mismo sitio, sin escapatorias.

Héctor nos miró con esa mezcla suya de ironía y lucidez.

—¿Estamos hablando de una encerrona?

—Estamos hablando de darle una oportunidad real a Gala —dije, sin suavizarlo—. De que tenga delante a la persona que decidió desaparecer y que, por una vez, no pueda esconderse detrás de nadie.

Sandra cerró los ojos un momento.

—Si esto sale mal… —empezó.

—¿Es que ahora no está mal? —respondió Héctor—. Esto no está funcionando para ninguno de los dos.

El plan no fue sofisticado. Nunca lo son. Fue una comida «casual», una de esas reuniones familiares que nadie cuestiona demasiado. Sandra fue la encargada de traerlos. Por un lado, invitó a Gala con la excusa de revisar unas

cosas del bebé. Y por otro, le dijo a Asier que necesitaba que pasara por su casa para hablar de una cosa.

Tanto Héctor como yo también estaríamos allí para hacer de muro de contención si hacía falta, ser ese apoyo si lo necesitaban. O, como mínimo, para evitar que alguien saliera corriendo otra vez.

Cuando llegaron, el ambiente era tenso pero educado. Demasiado educado. Gala saludó a Asier con corrección, sin dureza, pero sin calidez. Él respondió igual, con los hombros rígidos y esa expresión suya de estar siempre a punto de decir algo que no termina de salir.

Comimos casi en silencio.

Sandra hablaba de banalidades. Yo asentía. Nadie estaba realmente allí. Todo el mundo esperaba el momento en que algo ocurriera. Y yo, que me sé de memoria la cara de Gala cuando está aguantando, no dejaba de mirarle las manos: quietas, juntas, como si se estuviera obligando a no temblar.

Fue después, cuando recogimos la mesa, cuando ejecutamos la parte menos elegante del plan.

—Silvia, ¿me puedes ayudar a traer algo de la cocina? —dijo Sandra.

—Claro.

Entonces Héctor se levantó.

—Yo voy a hacer una llamada —dijo, guiñándome un ojo—. Ahora vuelvo.

No volvió.

Sandra y yo intercambiamos una mirada breve, cómplice y culpable a partes iguales. Luego salimos del salón para dirigirnos a la cocina, dejando a Gala y a Asier solos, de pie, frente a frente, con el silencio como único mediador.

Cerré la puerta despacio.

Me apoyé en la pared y solté el aire que llevaba horas conteniendo.

—Ahora ya no es cosa nuestra —murmuré.

Sandra asintió, con los ojos brillantes.

—Nunca lo fue del todo.

Esperamos con los nervios instalados en el estómago.

No se escucharon voces elevadas. No hubo gritos ni portazos. Solo el tiempo pasando con esa lentitud espesa que tienen las decisiones importantes. Me di cuenta de que estaba nerviosa como si fuera yo la que tuviera que perdonar algo.

Pensé en todo lo que habían atravesado. En cómo el amor, cuando llega en el momento equivocado, puede ser igual de devastador que una pérdida. Pensé en Gala, en su capacidad infinita para sostener a los demás, y en lo poco que se permitía a veces ser sostenida.

No sabía cómo iba a terminar aquello.

Solo sabía que, pasara lo que pasara, ya no habría más huidas posibles ni lugar donde esconderse.

Capítulo 42

Gala

Supe que era una encerrona en cuanto se cerró la puerta.

No hizo falta que nadie dijera nada. Lo noté en el silencio, en la forma en que el aire cambió de densidad, en esa sensación conocida de que alguien había decidido por mí creyendo que me hacía un favor.

Me quedé de pie frente a Asier, con los brazos cruzados de manera instintiva. Él estaba igual de quieto, como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera romper algo invisible entre nosotros.

—No han sido muy sutiles —dije.

Asintió.

—No.

No sonrió ni intentó bromear. Y eso, de alguna manera, me desarmó un poco.

—Si quieres irte… —Empezó.

—No —lo interrumpí—. No quiero irme. Pero tampoco quiero que esto se convierta en una escena.

Respiré hondo. Me llevé una mano al vientre, un gesto que ya no intentaba disimular.

—Hablemos —añadí—. Pero habla tú primero.

Asier tragó saliva. Lo vi dudar, ordenar pensamientos, como alguien que ha ensayado mil veces una conversación que nunca termina de empezar.

—No voy a justificarme —dijo al fin—. Ni a pedirte que entiendas nada. Solo quiero explicarte qué pasó por mi cabeza… aunque llegue tarde.

Asentí apenas.

—Enterré a mi madre y ese mismo día descubrí que era adoptado —continuó—. Encontré los papeles por casualidad. Sentí que todo lo que creía sólido se desmoronaba a la vez.

Cerré los ojos un segundo. No para huir. Para escuchar.

—Le pedí a David que encontrara a mi madre biológica. Cuando lo hizo, no supe qué hacer con esa información. Le escribí una carta. Quedamos en una cafetería. La vi… y no entré. Me quedé fuera. Y en medio de todo eso, me enamoré de ti cuando no estaba preparado para amar a nadie.

Me miró entonces, sin bajar la mirada.

—Cuando el día del cumpleaños vi a Sandra en el salón… pensé que el mundo se estaba riendo de mí. Creí que eras mi hermana. Y no supe cómo decirte nada sin destrozarte.

Sentí un nudo en el pecho. No de rabia. De algo más espeso.

—¿Y pensaste que desaparecer era la mejor opción? —pregunté.

Negó despacio.

—No. Creí que era la menos mala. Y elegí mal.

Ese matiz importaba.

—Fui al despacho para decirte que estaba embarazada —dije.

Cerró los ojos. Esta vez no pudo disimular el golpe.

—Lo supe tarde.

—Ese día —continué— salí de allí creyendo que había sido un error. Que había llegado fuera de tiempo a una historia que no era la mía. Que tú habías elegido otra vida sin siquiera mirarme a la cara.

Me tembló la voz, pero no me detuve.

—Luego supe la verdad. Lo de Helena. Lo tuyo. Todo. Pero saberlo no borró lo otro. Solo le puso contexto.

Asier dio un paso hacia mí y se detuvo a medio camino, respetando el espacio que no le había dado antes.

—No espero que me perdones —dijo—. Sé que te estoy pidiendo algo enorme. Pero tenía que mirarte a los ojos y decirte que no he dejado de quererte ni un solo día. Ni siquiera cuando me escondía.

Lo miré largo rato.

No lo odiaba. Eso era lo más desconcertante. Tampoco estaba lista para abrazarlo como si nada hubiera pasado.

—Entiendo lo que te ocurrió —dije—. Entiendo el miedo. El *shock*. La confusión. Pero entender no borra el abandono, Asier.

Asintió.

—Lo sé.

—Me dejaste sola en el momento más vulnerable de mi vida —añadí—. Y eso no se arregla solo con explicaciones.

Me acerqué a la ventana. Necesitaba aire.

—No puedo prometerte nada —continué—. Ni reconciliación, ni finales felices. Pero tampoco quiero vivir desde el rencor.

Me giré hacia él.

—Voy a darte una oportunidad —dije—. No porque todo esté resuelto, ni porque te haya perdonado. Te la doy porque no quiero que nuestro hijo crezca sabiendo que no lo intentamos. Y porque yo también merezco saber si esto puede ser distinto.

Las lágrimas le cayeron sin hacer ruido.

—Gracias —susurró.

—No —respondí—. No me des las gracias. Demuéstralo. Con presencia. Con verdad. Sin desaparecer cuando duela.

Asintió, sin discutir.

No hubo beso. No hubo promesas. Solo una decisión consciente, imperfecta y frágil.

Cuando salimos del salón, Silvia levantó la vista de inmediato. Héctor también. Nadie preguntó nada.

No hacía falta.

No era felicidad. No era perdón.

Era un comienzo incómodo, sostenido desde la verdad y no desde el miedo.

Y por primera vez en mucho tiempo, no me sentí completamente sola.

Todavía dolía, pero ya no estaba vacía.

Capítulo 43

Asier

El parto no empezó con una escena dramática ni con prisas descontroladas, sino con Gala mirándome desde el sofá con esa expresión suya que siempre anuncia que algo importante está a punto de suceder y que, haga lo que haga, probablemente lo haré mal.

—Asier —dijo, apoyando una mano en el respaldo—. Creo que esto ya no es un ensayo general.

Lo dijo tranquila. Demasiado tranquila. Esa calma suya me puso en alerta de inmediato.

—¿En qué sentido? —pregunté, intentando no sonar como alguien que estaba a punto de entrar en pánico—. ¿En plan «vamos preparándonos» o en plan «corre si aprecias tu vida»?

Me miró de lado, con una ceja ligeramente levantada.

—En plan «deja de hacer preguntas estúpidas y tráeme el móvil».

Mientras ella comprobaba con parsimonia la aplicación de las contracciones, yo ya había abierto la bolsa del hospital, la había cerrado, vuelto a abrir y sacado un bodi diminuto que observé con auténtica perplejidad, como si no acabara de creer que eso fuera para una persona real.

—Esto… ¿esto es nuestro? —pregunté.

—Si no lo es, tenemos un problema serio de organización familiar —respondió sin mirarme.

La primera contracción fuerte llegó sin previo aviso. Lo supe porque Gala dejó de hablar, cerró los ojos y cuando los abrió, me clavó una mirada que prometía consecuencias si decía una sola palabra fuera de lugar.

—No hagas nada —dijo entre dientes—. No hables. No me toques. No respires.

—Si dejo de respirar, tendremos un problema.

—El problema lo vamos a tener de igual forma.

Me quedé completamente inmóvil, ni siquiera me atreví a pestañear, no fuera a ser que le llegara el aire del movimiento y se transformara en la niña del Exorcista.

Unos segundos después, soltó el aire despacio.

—Vale. Ya pasó. Puedes volver a existir.

—Gracias —respondí, sincero.

—Hasta la siguiente, así que no te pongas cómodo.

Cuando la app de contracciones le indicó que ya eran lo suficientemente seguidas, cogimos todo lo que teníamos preparado y salimos disparados.

En el coche entendí que había perdido cualquier ilusión de control. Gala daba instrucciones entre contracción y contracción con una precisión militar, mientras yo intentaba conducir sin provocar su ira ni un accidente de tráfico.

—No corras. Pero no frenes así, que nos van a dar por detrás. ¿Y ahora por qué pones el intermitente como si estuvieras enfadado con él?

—No voy a hablar si no es en presencia de mi abogado.

—Asier, como vuelvas a decirme «tranquila», te juro que parimos aquí mismo solo para llevarte la contraria.

—No lo he dicho.

—Pero lo has pensado. Se te nota.

Yo sudaba. Ella no. Ella parecía disfrutar, dentro de lo que cabe, de verme completamente superado por la situación.

—¿Te das cuenta —dijo de repente— de que siempre pensé que tú serías el calmado y yo la histérica?

—Estoy replanteándome todo mi concepto de mí mismo —respondí.

En el hospital todo se volvió confuso y rápido a la vez. Gente entrando y saliendo, instrucciones contradictorias, papeles, preguntas. Yo asentía a todo como si entendiera algo, aunque mi cerebro ya funcionaba a medio gas.

—Respira —le dije en un momento.

Me miró como si acabara de cometer un delito.

—No me digas lo que tengo que hacer —respondió—. Dame la mano y cállate.

Y, sorprendentemente, esa vez hice exactamente lo correcto.

Pasaron horas. Gala alternaba el dolor con ese humor afilado que siempre ha sido su forma de mantenerse a flote.

—Si alguna vez se me ocurre repetir esto —me dijo en un descanso—, recuérdame que te haga un nudito antes.

—¿Repetir?

—He dicho «si». No te vengas arriba.

En un momento me miró con una seriedad que me atravesó.

—No te vayas.

No era una súplica ni una petición frágil. Era una condición clara, firme.

—No me voy —respondí—. Ni aunque me caiga redondo.

—No te desmayes —añadió—. Hoy no tengo paciencia para eso.

Cuando llegó el final, todo se redujo a su respiración, a mi mano entre las suyas y a una certeza brutal: nunca había estado tan exactamente donde tenía que estar. Y supe, sin miedo esta vez, que no había ningún sitio mejor al que huir.

El llanto lo cambió todo.

Gala lloraba, reía, buscaba mi mirada como si necesitara asegurarse de que seguía allí.

—Hola —dijo—. Ya está aquí.

Yo asentí, incapaz de articular nada mínimamente coherente.

—Míralo —añadió—. Es pequeño, pero tiene carácter. A mí me recuerda a alguien.

—No sé a quién —respondí—. Yo soy una persona muy razonable.

Me miró como solo ella sabe hacerlo.

—Claro que sí, cariño.

Cuando por fin nos dejaron solos un momento, me apoyé en la pared, derrotado, feliz y completamente desbordado.

—He sobrevivido —murmuré.

—No —corrigió—. Has aprendido.

Me acerqué y le besé la frente con cuidado.

—Gracias por dejarme estar —dije.

—No te he dejado —respondió—. Te he exigido.

Sonreí.

✣ ✣ ✣

La habitación se fue llenando poco a poco, como si nadie quisiera ser el primero en romper algo invisible. Yo estaba sentado junto a la cama, con Gala agotada pero serena, y el niño dormido en la cuna transparente, ajeno a todo el terremoto que acababa de provocar.

Sandra fue la primera en acercarse. Siempre lo era.

Se inclinó sobre la cuna con una delicadeza casi reverencial, como si aquel gesto lo hubiera ensayado toda la vida. Sonrió, emocionada, y luego nos miró a los dos.

—Es precioso —dijo—. Y está tranquilo… como si supiera que todo va a estar bien.

Gala le devolvió la sonrisa, cansada pero luminosa. Yo no dije nada. Tenía la sensación de que, si hablaba, algo se me iba a romper por dentro.

Silvia apareció después, apoyándose en Héctor, que fingía estar más relajado de lo que realmente estaba. Ella se acercó a la cuna, la miró unos segundos y luego levantó la vista hacia Gala, con esa media sonrisa suya que siempre va un paso por delante.

—No me lo has dicho —comentó—, pero creo que sé cómo se llama.

Gala arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Sí —respondió Silvia—. Y si no es ese, me llevaré una decepción importante.

Yo las miré, confuso.

—¿De qué habláis?

Gala giró la cabeza hacia mí despacio. Me miró con una calma que no había visto en ella en mucho tiempo.

—Se llama Iñaki.

Me quedé en silencio.

Durante un segundo no supe qué decir. No porque no me gustara, sino porque no lo había visto venir. Sentí el impacto primero. Luego, algo mucho más profundo.

—¿Iñaki, como mi padre? —repetí.

Asintió.

—Sí.

Miré al niño. Volví a mirarla a ella. Y entonces lo entendí.

Silvia me observaba en silencio, sin intervenir, como si quisiera dejarme ese momento a solas conmigo mismo.

—Gracias —dije al fin, con la voz más baja de lo que esperaba—. No sabía que… —Negué despacio—. Gracias.

Gala me apretó la mano.

—Fue importante para ti —dijo—. Y lo es para nosotros.

Sandra se acercó un poco más, emocionada. Puso una mano sobre mi hombro y otra sobre la cuna.

—Tuviste suerte —dijo—. Mucha. Y ahora este niño la va a tener también.

La miré. Había tantas cosas que no necesitábamos decir ya.

Silvia carraspeó, rompiendo el momento justo lo necesario.

—Bueno —añadió—, solo espero que no salga tan escapista como el padre.

Sonreí, cansado pero sincero.

—Prometo quedarme.

—Más te vale —respondió Gala desde la cama—. Ahora ya no tienes margen de error: te has quedado sin comodines y sin escapatorias.

Héctor soltó una risa breve y se inclinó un poco sobre la cuna.

—Bienvenido al club —murmuró—. Aquí nadie sabe lo que hace, pero todos lo intentamos.

Después de pasar un rato con nosotros y cuando Gala empezó a dar muestras evidentes de cansancio, poco a poco fueron abandonando la habitación. Cuando la puerta se cerró por fin, el espacio se llenó de un silencio distinto. No era vacío; era un silencio tranquilo.

Gala se quedó dormida casi al instante, exhausta, con el rostro relajado como no lo había visto en mucho tiempo. El niño también dormía, saciado, pequeño y frágil, completamente ajeno a todo lo que nos había costado traerlo hasta allí.

Me senté despacio, sin hacer ruido, en el sillón junto a la cama y me quedé contemplándolos.

Y entonces, sin quererlo, eché la vista atrás.

En todo lo que había hecho mal.

En todo lo que había callado creyendo que así la protegía.

En lo fácil que me había resultado huir cuando el miedo me desbordó.

Pensé en Gala perdonándome. Porque sí, me perdonó. Pero no fue un perdón cómodo ni inmediato. No fue de esos que se dan para pasar página rápido. Fue un perdón trabajado, exigente, lleno de límites claros y silencios incómodos. De los que se cuecen a fuego lento.

Me obligó a quedarme cuando lo fácil habría sido desaparecer otra vez. A estar presente sin garantías. A aceptar que amar no me daba derecho a nada, solo responsabilidad.

Hubo días en los que pensé que no llegaría hasta aquí. Que quizá había llegado demasiado tarde. Que algunas heridas, por mucho que se entiendan, no se cierran del todo. Pero ella me dejó quedarme. No porque fuera perfecto, sino porque fui constante. Porque dejé de huir, incluso cuando quedarse dolía.

Nada había sido fácil ni había salido según lo planeado y, aun así, nunca había estado tan exactamente donde tenía que estar.

Me incliné un poco hacia la cama, apoyé la mano con cuidado sobre el borde y me acerqué a Gala para darle un beso en la frente.

Y en ese momento me hice la promesa de que, pasara lo que pasara, me iba a quedar. No porque ya no doliera nada, sino porque por fin había aprendido que quedarse también es una forma de amar.

Epílogo

Tres años después…

Gala

Entramos en la habitación del hotel arrastrando la maleta y riéndonos a medias, como si el simple gesto de cruzar esa puerta tuviera algo de *déjà vu* incómodo.

—No somos los mismos que la primera vez que vinimos aquí —dijo Asier, dejando la maleta junto a la pared.

Lo miré mientras me quitaba los zapatos.

—Menos mal —respondí—. Porque si llegamos a ser los mismos, seguro que salíamos corriendo antes de pedir el postre.

Sonrió. Esa sonrisa tranquila que no tenía al principio, cuando necesitaba tenerlo todo bajo control. Yo tampoco era la misma. Entonces no creía mucho en el amor. O sí, pero con la desconfianza de quien ya ha leído demasiadas veces la letra pequeña.

La habitación seguía siendo preciosa. Demasiado blanca, demasiado perfecta. La misma terraza frente al mar. El mismo olor a hotel caro que promete descanso, aunque no siempre lo cumpla. Solo que esta vez no imponía. Esta vez era solo un sitio bonito donde estar.

—Quién nos iba a decir —añadí— que volveríamos aquí celebrando un aniversario de boda y no un fin de semana improvisado.

—Y vivos —apostilló él—. Eso ya es un logro.

Nos miramos un segundo y los dos supimos que hablábamos de más cosas de las que estábamos diciendo.

La cena llegó puntual. Mesa bien puesta, velas, comida demasiado elaborada para alguien que ahora mide las noches por horas de sueño. Nos sentamos uno frente al otro, como si estuviéramos jugando a ser adultos responsables.

—¿Te acuerdas de que antes nos arreglábamos más? —le dije, señalando su camisa—. Ahora esto ya es ir de gala.

—Habla por ti —respondió—. Yo me he puesto colonia.

—Eso explica muchas cosas.

Comimos despacio, brindamos, hablamos del niño —porque siempre acabábamos hablando del niño—, de cómo Sandra se había empeñado en quedarse con él esos días como si fuera un tesoro nacional, de Silvia y Héctor preparando la habitación para la niña que estaba a punto de llegar.

—¿Te das cuenta de que ahora somos una pandilla bastante rara? —dije—. Tú, yo, Héctor, Silvia… y una secretaria maravillosa que se ha convertido en imprescindible.

—Marina —corrigió—. Y sí, somos raros. Pero funcionamos.

Asier seguía en el bufete junto a Héctor. Lo habían ampliado, cambiado muebles, aireado inercias. Yo seguía con mis proyectos, y desde que incorporé a un ayudante podía decir, sin culpa, que me iba bien. Así que no, no nos habíamos salvado mutuamente. Simplemente nos habíamos quedado. Que, visto lo visto, ya era bastante.

Después de cenar, nos metimos en la cama con esa mezcla de cansancio y ganas que solo aparece cuando el deseo ya no necesita demostrarse nada. Nos

reímos más de lo que nos besamos al principio. Hubo manos, piel conocida, confianza. No fue épico. Fue íntimo. Y fue mejor así.

Asier fue el que cambió el tono. Primero desapareció la ropa. La suya, la mía. No hubo urgencia, solo esa determinación tranquila de quien ya no necesita promesas porque sabe exactamente a dónde va. Asier me tumbó con suavidad y empezó a bajar por mi cuerpo, dejando un reguero de besos que me desarmaban uno a uno. Se entretuvo en mis pechos, saboreándolos a conciencia. Cuando llegó entre mis piernas, me abrió con las manos y se tomó su tiempo.

Su lengua y sus dedos trabajaron juntos, en silencio, con esa precisión de saber dónde tocar y el deseo bien enfocado. Yo ya estaba mojada, pero él me llevó más allá, sin descanso. Me acariciaba por dentro mientras su lengua se encargaba del resto, y cuando lo sentí cambiar el ritmo, más firme, más rápido, supe que estaba perdida. Me corrí con las piernas tensas, las manos apretando las sábanas, el cuerpo arqueado y su nombre escapándoseme de la boca.

Él no se apartó. Aguantó cada sacudida de mi cuerpo como si fuera lo que más le gustaba hacer en el mundo. Cuando por fin levantó la cabeza y subió sobre mí, me besó lento, dejándome saborear lo que acababa de arrancarme.

—Joder, Gala… —susurró contra mi boca—. No me voy a cansar nunca de tu sabor. Es lo más adictivo que he probado nunca.

Me reí un poco, sin aire. Pero me incorporé con él. Se sentó contra el cabecero y yo me acomodé sobre su regazo, a horcajadas, con las piernas abiertas alrededor de su cuerpo. Lo noté tan duro que me temblaron las piernas solo de sentirlo así.

Nos miramos un segundo, sin palabras. Luego lo guie dentro de mí, despacio, hasta el fondo. Me sentí completamente llena. Lo sentí mío.

Empecé a moverme primero yo, marcando el ritmo con las caderas, rotándolas, disfrutando de cada embestida profunda, de cómo me agarraba por la cintura, de su boca abierta buscando aire. Cuando el ritmo se volvió más intenso, más desordenado, él tomó el control, empujando desde abajo, con fuerza, con ganas, con todo.

Una de sus manos bajó hasta mi clítoris y empezó a acariciarme de nuevo, directo, sin compasión. Cerré los ojos, rendida, ya sin saber cuánto más me podría resistir.

—Mírame —dijo, ronco—. Quiero verte bien cuando te corras.

Lo miré. Y ese fue el detonante.

Me corrí otra vez, diciendo su nombre, el cuerpo completamente descontrolado, las manos aferradas a sus hombros. Asier empujó dos veces más, se tensó bajo mí, y se corrió también con un gruñido grave que me hizo vibrar por dentro.

Nos quedamos así, sudados, aún unidos, con el corazón desbocado. Y fue justo ahí, con la respiración entrecortada y sus dedos aún clavados en mi piel, cuando lo dijo:

—Te quiero.

No era nuevo. Pero cada vez que lo decía, un escalofrío me recorría como si fuera la primera. Como si esas palabras tuvieran el poder de reordenarlo todo.

—Yo también —susurré, sin apartar la mirada—. Siempre.

Se dejó caer un poco hacia atrás y me atrajo con él, enredándome en sus brazos. Apoyé la cabeza en su pecho, con la piel aún ardiendo, y me dejé sostener.

Porque esta vez, lo sabíamos los dos: no había nada que demostrar. Solo quedarnos.

Asier se quedó dormido antes que yo, como siempre. Bocarriba, respiración tranquila, completamente ajeno al mundo. Lo miré un rato y pensé, no sin ironía, que aquel hombre que antes huía ahora era incapaz de irse ni siquiera en sueños.

Me levanté sin hacer ruido y salí a la terraza.

El mar estaba oscuro, sereno. No pensé en grandes verdades ni en frases bonitas. Pensé en cosas concretas. En que la vida no había salido como yo la había planeado. En que había sido más complicada, más desordenada… y mucho más rica.

Pensé en Sandra, mamá gallina de todos. Al principio fue raro descubrir que era madre de los dos, pero ahora era algo que nos hacía especiales. Una familia construida a base de decisiones difíciles y amor constante.

Pensé en Silvia, feliz de una manera que nunca creyó posible, embarazada, exigiendo a Héctor que se quedara porque, por una vez, él quería hacerlo.

Pensé en Asier y en mí. En todo lo que no nos dijeron. En todo lo que no supimos preguntar. En lo fácil que habría sido no llegar hasta aquí.

Pensé también en lo cerca que estuvimos de no llegar. En lo fácil que habría sido rendirse cuando dolía demasiado. En todas las veces que tuve miedo y seguí adelante igual. No por valentía, sino porque ya no quería vivir desde la huida.

Aprendí que amar no es dejar de tener dudas, sino no hacerles caso todo el rato. Que quedarse no es una promesa romántica, sino levantarte cada día y no salir corriendo, incluso cuando todo pesa.

Nada fue como lo imaginé. Y aun así, si alguien me lo hubiera ofrecido antes, no habría sabido ni qué pedir.

Oí la puerta corredera abrirse.

—No te encontraba —dijo Asier, medio dormido—. Pensé que te habías ido.

—Tranquilo —respondí—. Ya no hago esas cosas.

Se acercó y me rodeó con los brazos desde atrás, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Vuelve a la cama —murmuró—. Hace frío.

—Ahora voy.

Me giré hacia él antes de entrar.

—Por cierto… no te he dado tu regalo de aniversario.

Abrió un ojo.

—¿Debería preocuparme?

—No —sonreí—. Bueno, depende. Vas a ser padre otra vez.

Se quedó quieto un segundo. Luego sonrió como si el mundo acabara de recolocarse. Alargó la mano y la apoyó suavemente sobre mi vientre, como si con ese gesto pudiera empezar a creerlo.

—Entonces sí —dijo—. Definitivamente, no somos los mismos.

Volvimos a la cama. Me acurruqué a su lado.

—Asier —susurré antes de dormirme—. Hay cosas que nunca nos dijeron… y mira, igual tampoco hacía falta saberlas todas desde el principio.

Me besó el pelo.

Y sonreí. Porque, por fin, estábamos donde teníamos que estar.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor
Facebook: Aitor Ferrer
Amazon: relinks.me/AitorFerrer